HARLEQUIN

JAZMIN

LOS MAS BELLOS ROMANCES DEL MUNDO

Imagina que me amas

Patricia Wilson



Para Diego Alvarez, el amor sólo existía en la imaginación de aquellos que, estúpidamente, se creían enamorados. Pero Kathryn ya sabía que era un hombre sin corazón y estaba acostumbrada a sus dogmáticas y altaneras ideas. Lo que, desde luego no estaba dispuesta a consentir era que él volviera a manipularla, Kathryn no quería ir a España y no tenía ninguna intención de reconciliarse con la familia de su difunta madre. Si entre Kathryn y Diego sólo había una profunda antipatía, ¿por qué la joven no podía dejar de pensar en él?

Título original: *Stormy surrender*
Patricia Wilson, 1995

Editor digital: LDS
ePub modelo LDS, basado en ePub base r1.2





Patricia Wilson

Imagina que me amas

Jazmín - 1110

ePub r1.0
LDS 23.10.16

Capítulo 1

HABIA un hombre observándola y Kate sabia que estaba allí desde hacía rato. Ese descubrimiento fue lo único que la distrajo de su tristeza. Apenas si lo vio por el rabillo del ojo, sin siquiera molestarse en volver la cara. No era peligroso estar allí, sola en el cementerio, aunque estuviera silencioso y casi vacío. Al otro lado del muro se oía el incesante rumor de las calles de Londres que invadía la tranquilidad de aquella fría tarde de febrero.

Por lo menos, el sol brillaba y sus tibios rayos hacían relucir el pelo rojizo de Kate como fuego otoñal. Su piel era cálida y suave como una magnolia y sus ojos azules estaban casi cerrados.

Se estremeció al sentir una ráfaga de viento y se alzó el cuello del abrigo.

No era sólo el viento. Tenía frío en su interior, mucho frío… y su entusiasmo normal por la vida había disminuido. Los dos estaban muertos… con sólo unos cuantos meses de diferencia. Eso los habría alegrado, pues siempre se adoraron, pero para Kate ahora sólo había un abismo. Miró la lápida sin poder llorar más.

A la memoria de John Hari, quien murió el 17 de sepliemhre… y de su amada esposa Lucía, muerta el 22 de enero…

Era como si hubiera pasado mucho tiempo, pero sólo hacia unas semanas que los párpados de su madre se habian cerrado por ultima vez. Kate suspiró y se dirigió hacia la verja, ignorando al hombre que la observaba, demasiado acongojada por el duelo y la soledad como para interesarse por los motivos de su presencia.

El desconocido se irritó. Era un extranjero y algo en su elegante postura, en su pelo negro y en el brillo de sus ojos, revelaba a un ser impaciente con el frío de una tarde inglesa de febrero; entonces, sus ojos negros relampaguearon con ira.

Vio que Kate trataba de ignorarlo, así que tomó una resolución, pues no pensaba seguir esperando en ese lugar frío y desolado.

—¡Señorita Hart! —el tono apremiante hizo que Kate se volviera reacia, el viento le alborotó el largo y rizado pelo y ella se lo echó hacia atrás.

—¿Qué quiere? —su cerebro registró la dureza de su propia voz y eso la hizo sentirlo de inmediato.

—¿No sería mejor preguntar primero quién soy?

—Creo que no es algo que me importe.

La miró con tal frialdad que Kate se ruborizó por su falta de cortesía.

Estaba muy bronceado, su pelo era negro y grueso, sin embargo, no brillaba tanto como los ojos oscuros que estaban fijos en ella. Parecía una estatua de bronce, su ropa era muy elegante y su aspecto le llamó la atención por un momento. Había algo en él que le despertó recuerdos dormidos y alarmada lo observó con mayor detenimiento.

—Lo siento. No suelo ser grosera. Me temo que me ha molestado la interrupción.

—No la he interrumpido, señorita. He esperado a que terminara su vigilia.

—¿Mi vigilia? —la mirada de Kate se tornó distante —. Sí, supongo que eso era —respiró hondo—. ¿Quiere hablar conmigo?

—Sí. He venido a llevarla a España, con su abuela —dijo en español y con dureza, y la alarma de Kate se convirtió en furia.

¡Diego Álvarez! Debió estar muy conmocionada para no reconocerlo. Habían transcurrido cerca de ocho años y casi no había cambiado… aún era arrogante y autoritario.

—No tengo ninguna abuela, señor —le contestó en el mismo idioma sin darse cuenta casi y lo miró con la misma frialdad.

Él sonrió, satisfecho.

—Sí, tiene una, señorita. Por lo menos, ella insiste en que así es. Es un asunto que a mí me es del todo indiferente, pero doña Elvira también es mi abuela y me gusta complacerla. Usted no ha cambiado mucho… su pelo sigue siendo una luz en la oscuridad y habla español tan bien como siempre. Puede que ahora ya sea adulta, pero sigue siendo la hija de Lucía y me acompañará a España. He venido a llevarla con su abuela.

—Quizá habría sido mejor hablar en inglés, señor Álvarez —Kate reaccionó con aspereza Es obvio que no hablo español tan bien como creí. Tendré que repetirle que no tengo ninguna abuela.

—Puedo hablar en cualquiera de los dos idiomas, señorita Hart, y usted es la hija de Lucía. Por lo tanto, tiene una abuela; una abuelita española y tengo la intención de llevarla ante ella sin tardanza.

— ¡Váyase al infierno! —su arrogancia la enfureció.

—Ésa no es forma de hablarle a su… primo adoptivo.

—La adopción no nos convierte en primos y me quite toda la responsabilidad de tener una abuela —replicó Kate, dándose la vuelta para marcharse. Pero no llegó lejos. Una mano como de acero la agarró del brazo con fuerza.

—¡Basta ya! He aguantado en este gélido viento y le he explicado por qué estoy aquí. Así que ahora el tema está cerrado.

—En eso estoy de acuerdo —Kate se interrumpió al notar que un par de personas los observaban, sin duda esperando una pelea. Kate solía alejar a los hombres con rapidez, intimidándolos, pero Diego Álvarez era mucho más alto que ella y tenía todas las ventajas. Seguía siendo el mismo de siempre—. Venga a casa —susurró con ira—. Allí podremos gritar.

No creyó que fuera un problema invitarlo a la casa que habitaron sus padres y que ahora estaba desprovista de vida, pues Diego Álvarez nunca usaría la fuerza física para hacerse obedecer, ya que su carácter bastaba para ello. Cuando Kate tenía diecisiete años, la fascinó y atemorizó al mismo tiempo, pero ahora, las cosas habían cambiado y ella también.

El padre de Kate era médico y su madre tenía muchos amigos, por lo que la gente saludaba a Kate en la calle mientras caminaba junto a ese extraño moreno que ajustaba su paso al de ella.

La joven podía sentir que Diego estaba furioso y eso la molestó. Le enfadaba estar con un hombre dominante, pues aún se encontraba deprimida por su duelo y resentía cualquier intromisión en su vida. ¿Quién se creía que era Diego Alvarez, apareciendo de pronto y amenazándola como si todavía fuera una chiquilla?

Kate abrió la puerta de la casa de un tirón. Había ignorado a Diego Álvarez durante el trayecto y él había hecho lo mismo. El frío del interior causó un fuerte impacto en ambos. Hacía semanas que

Kate no entraba, por lo que la calefacción no estaba encendida.

—¡Dios! No me sorprende que esté tan pálida como un lirio —la miró con furia, como si ella lo hubiera invitado a congelarse.

—No hay calefacción, señor Álvarez —replicó—. No vivo aquí. Esta era la casa de mis padres… mi antiguo hogar. Yo tengo un apartamento en el centro de Londres.

—Debe ser muy caro —la miró con desaprobación y contempló el Audi Quattro aparcado frente a la casa—. ¿Es suyo, señorita?

—¡Sí! Ahorré mucho para comprarlo, señor. Tengo un trabajo de gran responsabilidad y con un buen sueldo, en el centro de la ciudad —se alejó, con las mejillas sonrosadas.

¿Cómo pensaba él que se ganaba la vida? ¿Y por qué se creía con derecho a interrogarla? Hacía años que se conocían, pero él le hablaban como si fuera su tutor.

—Encenderé la calefacción y después podremos seguir discutiendo —ofreció, sarcástica.

—Creo que sería mejor ir directamente a su apartamento. La casa tardará en calentarse y usted tiene que preparar su equipaje. No tengo tiempo que perder en Inglaterra. Me espera mucho trabajo en España.

—Estoy de acuerdo, sería mejor irnos. La casa se venderá, pero no hasta que pasen unos meses. No tengo por qué estar aquí ahora —se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta. Mientras cerraba con llave, Kate percibió la satisfacción de Diego Álvarez y recordó que estaba acostumbrado a ser obedecido.

Kate miró con disimulo hacia la calle. No había señales de ningún automóvil lujoso, digno de ese hombre. Apretó los labios y se metió con rapidez en su propio coche. Bajó el cristal de la ventanilla al poner en marcha el motor.

—Adiós señor —lo miró con ira—. Salude de mi parte a su abuela y dígale que no necesito ningún familiar.

Con gran velocidad, giró el volante y se marchó, sin volverse. Nadie la irritaba tanto como Diego Álvarez y lo único que deseaba era alejarse lo más posible. Esos brillantes ojos negros parecían estar grabados en su mente.

Él se había entrometido en su vida y se comportaba como si Kate no tuviera por qué quejarse. Era un hombre sin ninguna gentileza, un extraño que esperaba que ella lo obedeciera de inmediato y lo

siguiera a España. ¿Cómo se atrevía? Kate apretó los dientes y se concentró en la carretera. Su último día de soledad estaba arruinado y se sintió culpable por no poder seguir pensando en sus padres. Ese rostro sombrío e iracundo había borrado todo lo demás de su mente.

Al día siguiente, Kate regresó al trabajo y se alegró de volver. Merrol y Iones era una prestigiosa compañía de diseñadores y decoradores que sólo trabajaban para gente con un alto nivel adquisitivo y Kate era la empleada estrella.

—Ya estás de vuelta, Kate —Félix Merrol la cogió del brazo y la llevó a su oficina—. Parece que estás mejor. El día que te fui a visitar a tu apartamento parecías muerta de tristeza. Me alegro de que ya lo estés superando.

No lo había superado… hasta el día anterior y gracias a ese irritante español, pues el antagonismo, la hizo salir de su congoja en cierto modo. Aquello le dio en qué pensar y se había pasado toda la noche anterior enfurecida y resentida.

—Tuve una discusión —le informó a Félix con sequedad—. dad —. Eso me dio otra cosa en qué concentrarme, además de en mí misma.

—No pareces haber perdido la batalla y nunca has sentido lástima de ti misma. Cuéntame lo de la discusión.

—Más tarde —de pronto, Kate no quiso hablar de Diego Álvarez. Félix se reiría y no era algo gracioso, sino una mezcla de vergüenza pasada y tristeza y rabia actuales.

—¿Quieres tomar una copa conmigo después del trabajo? —inquirió Félix, esperanzado y Kate asintió. Por el momento ansiaba volver a su trabajo, a su tablero de dibujo.

Después, le tuvo que contar todo a Félix Merrol. Estaban en un bar cercano y como Kate había supuesto, Félix estaba muerto de risa.

—Debiste ir, Kate —sonrió—. Hace años que tratamos de establecernos en España. Todas esas hermosas propiedades, las viejas mansiones, los castillos… ¿conoces el lugar?

Sí, y de cualquier modo he oído hablar de ese sitio durante toda mi vida. Se llama el Monasterio de las Águilas. Está entre las montañas y el mar, en el sureste de España y es muy bonito. Mi madre siempre lo echó de menos.

¿Nunca volvió allí?

—No hasta que yo cumplí diecisiete años. Antes hubo una pelea familiar y el regreso fue un fracaso —se encogió de hombros—. Volver fue un error y no hizo más feliz a mi madre. Es la única vez que he visitado España.

—Yo creí que hablabas español con mucha fluidez.

—Si, pero sólo porque mi madre era española. Bueno —. adió para cerrar el tema—, no tengo ninguna abuela y no iré. Punto.

—¿Acaso lo he sugerido yo? —se sorprendió Félix—. Quiero que estés donde pueda verte.

Kate lo miró con burla.

—Si alguna vez te dijera que sí cuando me pides que me case contigo, echarías a correr.

—¡Inténtalo! —se rió Félix.

—Vamos a esperar a que hayamos madurado más —sugirió Kate con una sonrisa.

Félix la acompañó hasta su apartamento y cuando llegaron, la chica negó con firmeza al ver su mirada esperanzada.

—No te invitaré a pasar, Félix. Hablarás durante horas.

—¿Por qué habría de hacer algo semejante? Y si así fuera, sólo serían halagos. Anoche fui a Belton; están encantados, fue un excelente trabajo y les costó un dineral también. Eres brillante. Katc —al verla sonreír, añadió—: ¿Sabes que estoy enamorado de ti?

—Sí. Buenas noches, Félix. Eres un jefe muy peculiar. A propósito, me agradó decorar el castillo Belton y tus felicitaciones sí son bienvenidas.

—Dame una oportunidad, preciosa —suplicó con expresión teatral, luego trató de darle un beso, pero Kate escapó riendo a su apartamento.

Gracias a Dios que existía Félix. Él podía sacarla de su tristeza. Y todo lo que decía acerca de casarse sólo eran bromas, puesto que era un soltero empedernido.

Kate se quitó el abrigo y entró en la cocina y al oír el timbre de la puerta se sorprendió gratamente. Sabía que se trataba de Félix con otra broma y fue a abrir con una gran sonrisa.

—¡Félix! —exclamó, con calidez, pero su diversión desapareció al ver el rostro moreno y duro de Diego Álvarez. Lo miró fijamente y se dio cuenta de que estaba furioso, y de que su atlético cuerpo

vibraba de

rabia contenida. Entró sin decir nada y sus ojos amenazadores se clavaron en la chica.

—Sugiero que empecemos de nuevo, señorita Hart —cerró la puerta de un portazo—. Empezaré de nuevo. He venido a llevarla con su abuela.

—He estado pensando en usted —le informó Kate, tensa—, y he llegado a la conclusión de que está loco.

—Sus conclusiones no me interesan, señorita —la agarró del brazo con fuerza—. Sólo me importa llevarla a España y entregarla a su abuela.

—No soy un paquete —rugió Kate, forcejeando para soltarse—. ¡Suélteme! No tiene derecho a estar aquí, ni a tocarme.

—No tengo la intención de que me vuelva a eludir —la condujo al salón—. Ahora estamos en su apartamento. Prepare su equipaje y cuando su amante regrese, ya no la hallará aquí.

Kate lo miró sin entender. ¿Amante? De pronto, se dio cuenta de que se refería a Félix. Ese irritante español debió acechar entre las sombras y presenciar el beso de despedida. Kate decidió que no lo desilusionaría.

—Estamos en Londres, señor Álvarez —le recordó con frialdad —. No quiero ir a ninguna parte y cuanto antes lo acepte, antes podrá regresar a atender su trabajo en España. Mi empleo está en Londres y no me iré de la ciudad.

—Doña Elvira es una mujer muy anciana —la soltó y la miró fijamente—. Ya no vivirá mucho tiempo.

—Mi madre ya ha muerto —señaló con amargura—. Y no logró ser una anciana. No cambié de táctica, señor Álvarez. Ya no tengo más lágrimas que llorar. No temo nada que darle a una anciana que se conformó con ver a mi madre marcharse, una anciana que nunca trató de localizarla y a quien no le agradó mucho su regreso.

—¡Dieciocho años después! De cualquier forma, no pudo hallar a Lucía.

—Pero me encuentra a mí, cuando parece que le conviene, ¿verdad? —lo miró con furia.

—Yo la he encontrado, señorita —hizo una mueca—. Sin embargo, Lucía me ayudó; sin su cooperación, habría sido imposible —sacó una carta en la que Kate reconoció la letra de su madre—.

Antes de morir, Lucía le escribió a mi abuela, pidiéndole perdón y deseando que ustedes dos se conocieran mejor. Estoy aquí porque su madre y mi abuela así lo quisieron. Su madre deseó que usted se reuniera con su familia en España; somos conscientes de que no tiene más parientes que nosotros.

—No tengo familia —la voz de Kate tembló al invadirla otra vez la pena por el fallecimiento de su madre—. Todo lo que tengo y todo lo que hago está en Londres.

—Lea la carta —contempló sus labios temblorosos—. No espero que confíe en mi palabra y casi entiendo su resentimiento, aunque debo admitir que no creí que fuera tan tajante. Claro —añadió con un suspiro—, es la hija de Lucía y no ha cambiado mucho.

—¿Qué quiere decir con eso? —adoptó una actitud retadora.

—¿Siempre reacciona así? —le contempló, intrigado—. Mi comentario es un halago. Lucía era española y las españolas están dispuestas a luchar por el hombre al que aman. Es obvio que usted no desea separarse de su amante. Lo entiendo.

—¡No entiende nada de nada! —replicó Kate, molesta por escuchar otra vez que Félix era su amante—.Usted ha venido aquí con la intención de salirse con la suya y…

—Lea la carta, señorita —sugirió con sarcasmo—. Partamos de esa base.

—¿Cómo me ha localizado? —inquirió con la intención de no ceder en nada—. Esta carta tiene la dirección de mi antiguo hogar.

—La gente en Inglaterra tiene una gran debilidad por los pobres extranjeros que casi no hablan su idioma. Si uno tartamudea unas cuantas palabras en inglés, están dispuestos a revelar cualquier cosa.

—¡Usted habla muy bien el inglés! —replicó Kate, escandalizada.

—Sólo cuando es necesario, señorita —le aseguró, socarrón—. Ahora, hablemos de cosas más importantes —le tendió la carta y Kate se la arrebató. Se sentó a leer y, rígida, invitó a Diego Álvarez a que se sentara también.

Se le nubló la vista al ver la escritura de su madre. La señora Elvira Álvarez era la mujer que adoptó a Lucía cuando ésta era sólo una niña. Kate conocía la historia. Su madre huyó a Inglaterra, un gesto que a Kate le pareció muy romántico, pero, con el paso del

tiempo, se dio cuenta de lo mucho que su país y su familia significaban para ella y lo sintió mucho. La familia Álvarez la había adoptado, pero era obvio que su fría aristocracia nunca les permitió perdonarla por su huida. En opinión de Kate eso no era amor. El amor era perdón y Kate creció con la idea de que los Álvarez eran demasiado rígidos y orgullosos, algo que confirmó durante el breve viaje que hizo a España, con su madre.

Sin embargo, la carta contaba una historia distinta. Lucía estaba invadida por un sentimiento de culpa, le aseguró a la señora Álvarez que lamentaba haberse marchado de esa manera y que su reencuentro no hubiera sido dichoso y le suplicaba que, por favor, conociera bien a su nieta.

Diego Álvarez había dicho la verdad, pero Kate aún estaba intrigada, pues había algo más. Lo sabía por instinto.

—Lo creo —admitió al fin al mirar al hombre que estaba frente a ella—. Pero hay algo mas, ¿no es cierto?

—No lo sabe, ¿verdad? —inquirió él después de contemplarla—. ¿Acaso su madre se volvió tan inglesa que perdió toda su pasión? —sonrió al mirarla—. Quizá no, puesto que hay fuego dentro de usted, aunque lo use como un arma y también lo había cuando tenía diecisiete años. Lucía se fue furiosa de España, perturbó al monasterio y a su madre adoptiva. Por poco destruye la vida de mi padre y en ese caso, yo no habría nacido.

—Mi madre fue muy gentil y amable…

—Porque es obvio que halló al hombre adecuado —la interrumpió—. Fue muy afortunada. Durante algún tiempo, estuvo obsesionada con mi padre. Esperaba casarse con él y se comportó como un huracán al descubrir que mi padre ya estaba enamorado… de mi madre.

Era… muy tranquila… no puedo creer…

—Debe creerlo, señorita, porque usted vivirá en la misma casa que mi madre y, sin duda, ella no estará muy tranquila junto a la hija de Lucía, que ya es una mujer. Un huracán en la vida es más que suficiente.

—Su padre… —empezó Kate—. Pero ellos debieron crecer como hermanos.

—Sin embargo, sabían muy bien que no estaban emparentados entre sí —concluyó—. En teoría, usted es mi prima, pero no

tenemos ningún lazo sanguíneo. Gerardo, mi padre, fue una obsesión para Lucía, quien creyó amarlo —sonrió con ironía—. Después de todo, el amor sólo existe en la imaginación.

—No para mis padres —replicó Kate—. Se amaban mucho y han muerto con pocos meses de diferencia. Mi madre no soportó la vida sin él —sus ojos se anegaron de lágrimas—. ¿Qué tiene que ver todo eso conmigo? —se irritó.

—Al final, Lucía se arrepintió, pero, está muerta y ya no puede consolar a mi abuela, pero usted lo hará, señorita. Vendrá a España y hará que una anciana vuelva a confiar en su propio juicio. Se ha aferrado a pensar sólo en su amor por Lucía, y usted le devolverá esa confianza.

—No pareció querer mucho a mi madre cuando fuimos a España…

—Usted sólo era una chiquilla y estaba demasiado ensimismada en sus sueños como para darse cuenta —dijo él con dureza y la chica se puso de pie, confundida. En la carta, Lucía aclaraba que doña Elvira era abuela de Kate y también de Diego Álvarez. En esos momentos, se sintió como la adolescente que quedó embelesada ante Diego Álvarez hacía tanto tiempo. Pero eso ya pertenecía al pasado.

—Le prepararé un café —escapó a la cocina y él no hizo nada por detenerla. Kate se miró en el espejo del vestíbulo. No parecía tener ni una gota de sangre española en las venas, pues todos sus rasgos eran los de su padre. Claro que eso no le impidió querer mucho a su madre. Y ahora, ¿quería Lucía que ella enmendara su error?

Llenó la cafetera y sacó las tazas. Se apoyó en el armario y miró al techo. Todo la invadía de nuevo: la soledad, el dolor. Las lágrimas rodaron por sus mejillas, pero se sobresaltó y avergonzó cuando se dio cuenta de que Diego Álvarez la contemplaba desde el umbral de la cocina.

—No me voy a escapar —se enjugó las lágrimas con rabia.

—No esperaba nada semejante —susurró él—. No ha perdido a toda su familia; tiene otros parientes, aunque no sean sanguíneos. Quizá la abuela pueda consolarla.

—No quiero consuelo —murmuró Kate, volviéndose.

—Pero mi abuela si —su amabilidad momentánea desapareció

—. Usted no tiene por qué ser consolada si así lo desea. Sin embargo, esto es por la paz mental de ella, así que no tiene alternativa. Usted irá a España.

Después, mientras bebían el café, Kate tomó una decisión. Empezaba a sentirse culpable. Evocó el dolor de la anciana, a quien su madre le gritó. Ahora, después de leer la carta, se daba cuenta de que tenía una deuda con su abuela y que ella misma debía solucionar unas cuantas cosas también; así, después de una breve visita, podría olvidar el pasado…

—Iré, pero no ahora. Tengo un empleo y responsabilidades.

—He investigado su empleo —observó su tenso rostro—. Usted es la estrella de la compañía, ¿verdad? Entiendo que deba pedir permiso para marcharse.

—Espero que no haya problemas —dijo sin pensar, concentrada en otros asuntos—. Félix me dejará ir a España.

—,Félix? Ah, sí, el hombre que esperaba cuando toqué el timbre, y que la acompañó hasta aquí. Al parecer, es un amante muy comprensivo.

—Es mi jefe —lo cortó furiosa.

—Qué conveniente. Entonces, creo que todo está arreglado, pues no parece poder negarle nada. ¿Cuándo irá a España?

Kate lo miró con ira, casi dispuesta a decirle que no iría. Ese hombre la enfurecía, aunque ya no la atemorizaba ni podía tampoco avergonzarla. Diego clavó lo ojos negros en los de ella.

—Si tenemos que empezar de nuevo, estoy dispuesto a hacerlo —le aseguró, amenazador—. También esto, dispuesto a volver si rompe su promesa. Claro que entonces no vendré de buena gana— ¡Vaya! Era u¡ hombre imposible y estaba peor que nunca.

—Iré —afirmó—. Iré dentro de una semana, si logro que me den permiso para más días de vacaciones —lo miró con rabia—. Y no me amenace, señor Álvarez

—¿Amenazarla, señorita? Soy muy cuidadoso con usted. Es mi prima.

—No soy nada suyo —replicó.

—No se subestime, Kathryn —sonrió él con burla

—La providencia tiene la habilidad de hacerse sentir cuando

menos la espera uno —comentó Félix con satisfacción—. Puedes marcharte. Es probable que te conviertas en mi punto de apoyo en España. Supongo que muchas cosas buenas surgirán de esta piadosa misión.

Fue un alivio que su jefe se lo tomara tan bien, dado que hacía poco tiempo Kate había pedido permiso para asistir al entierro de su madre y poder estar sola.

—¿Te está esperando? —inquirió Félix con inocencia y miró con malicia por encima del hombro de la chica, quien se encontraba en tal estado de ansiedad en lo que se refería a Diego Álvarez, que se volvió inmediatamente—. ¿Te preocupa, no es así? —preguntó, tenso.

—Es un hombre imposible —replicó Kate y frunció el ceño. No la habría sorprendido hallarlo parado en silencio a sus espaldas, aunque sabía muy bien que había regresado a España… después de amenazarla por si rom15ía su promesa de ir a ese país en el plazo de una semana.

—No importa —la tranquilizó Félix—. Ve allá, visita a su abuela y trae de regreso muchos negocios interesantes.

—No tengo ninguna abuela —le recordó Kate, agitada. Tampoco tenía un primo alto, moreno y arrogante, pero era imposible eludirlo. Diego Álvarez la hizo suspirar hacía mucho tiempo y sin duda, planeaba hacerlo de nuevo. Bueno, pues que lo intentara.

Capitulo 2

UNA semana después, Kate llegó a España y, al verla. dos mozos se apresuraron a llevar su equipaje. La chica se tensó de nuevo. No estaba segura de quién iría a buscarla, pero sabía que alguien acudiría, pues ahora ya estaba allí, era poco probable que Diego Alvarez le permitiera escapar.

Frunció el ceño, preocupada. Toda esa situación era muy difícil y no le causaba ningún placer. Estaba irritada, pues por primera vez en su vida la obligaban a hacer algo que no deseaba.

Los recuerdos de su estancia cuando era adolescente, la invadían. Durante años, trató de reprimir esa época en particular, el sentimiento de injusticia y la vergüenza. Hubo un tiempo en que por nada del mundo habría vuelto a ver a Diego. Ahora que estaba allí y después de discutir con él, tenía la certeza de que él seguiría tratándola como si fuera alguien insignificante.

Álvarez acudió a recibirla. Kate lo vio y, por un momento, el corazón le dio un molesto vuelco. Él la observaba con detenimiento, parado detrás de la barrera y con una satisfacción que revelaba que casi había esperado que Kate olvidara su promesa.

La joven parecía hipnotizada. Contempló el cuerpo alto, los anchos hombros, las caderas estrechas y la impreolfnante gracia masculina, vestía pantalones grises y camisa de sport y estaba más atractivo que nunca.

Kate conocía hombres guapos, pero tuvo que reconocer que ninguno se podía comparar con Diego Álvarez. De nuevo, se sintió como si tuviera diecisiete años y lo admiró como lo hizo entonces.

Él la observó con frialdad y con tal sarcasmo que la hizo sonrojarse. La recorrió con la mirada y al fin fijó la vista en su cara y en las cascadas de pelo rojizo. Kate jadeó y evocó cuando ocho

años antes, se tuvo que enfrentar a esa dura mirada que le aclaraba que no era apta para mezclarse con el clan de los Álvarez. En aquella ocasión se le empezó a acelerar el corazón y ella se ruborizó, al ver a Diego sonreír, consciente de su confusión.

Diego Alvarez le hizo una señal al mozo para que lo siguiera.

—Tengo el coche afuera. Si no está muy cansada después del vuelo, iremos directos al monasterio.

—Estoy muy bien —se tensó Kate.

—No hay nada de qué preocuparse —le aseguró en un susurro —. Le esperan en casa para darle la bienvenida.

—Gracias… es un poco desconcertante, enfrentarse de pronto a…

—… ¿una familia? Mi abuela ansía verla.

—Pero usted no —sabia que no era un comentario prudente, pero no pudo evitar hacerlo.

—Yo no siento ansia por nada —afirmó burlón—. Sin embargo, estoy muy complacido de ver que ha venido, pues no tengo tiempo de andar detrás de usted otra vez.

—¡No estoy acostumbrada a que anden detrás de mí! —replicó.

—¿En serio? Me sorprende —murmuró con sequedad—. En lo que a mí se refiere, soy inmune a los ojos aterciopelados de color azul intenso y a las cascadas de pelo como de fuego, pero sé que otros no lo son tanto.

—No soy una muñeca de adorno, señor Álvarez —replicó Kate —. Mi trabajo requiere concentración y habilidad y soy muy inteligente.

—¿Acaso lo he puesto en duda? —observó él—. Y si fuera una muñeca de adorno, no se vendería fácilmente, pues su lengua garantizaría que se quedara en la repisa de la tienda. Incluso quizá mi hermano ya no sienta la misma atracción por usted.

Kate tuvo ganas de golpearlo y de gritarle, pero se contuvo. Así que Diego no había olvidado nada y además, tenía la intención de volver a sacar todo aquello a la luz.

No la sorprendió en absoluto ver un Lamborghini, ya que Diego era un hombre muy rico. Kate entró en el coche, mientras él metía la maleta en el portaequipajes y daba una propina al chico.

—Bueno —Diego se sentó al volante y la miró—, creo que es obvio que seguimos sin entendernos. Todo esta es muy divertido,

pero tenemos que tener consideración con la abuela. En presencia de ella será necesario ocultar nuestras diferencias y portarnos como parientes…

—Lo cual no somos —lo interrumpió Kate.

—Lo cual no somos — asintió—. Sin embargo, seremos civilizados. Puedes empezar por llamarme Diego y no «señor». Y yo te llamaré Kathyrn.

—Si vamos a fingir bien, será mejor que me llames Kate. Todo el mundo lo hace —afirmó la chica, muy tensa.

—Eso lo puedes reservar para tu amante. Yo te llamaré Kathryn como hacía antes. No veo motivos para cambiar eso.

Dijo con desinterés y miró su reloj antes de poner en marcha el coche. Kate supuso que ya no diría nada más, así que se relajó y trató de respirar pausadamente. ¿Por qué la alteraba tanto? Ya no tenía diecisiete años y solía entenderse bien con la gente; sin embargo, estaba segura de que se pelearía todos los días con Diego, hasta irse de España.

Una hora después, mientras subían por una escarpada pendiente, Kate vislumbró de vez en cuando el azul del mar. Conforme proseguían con el trayecto, el paisaje se tornaba más y más árido, hacía calor y había mucho polvo. A Kate le pareció increíble que apenas esa mañana hubiera abordado el avión en un país cubierto de nieve.

Parecía que Diego podía permanecer en silencio, pero Kate necesitaba cierto compañerismo, aunque proviniera de ese hombre.

—¿No ha llovido? —se aventuró a preguntar.

—Muy poco. Tuvimos unas cuantas tormentas y volverá a llover dentro de unas semanas. Entonces, todo tendrá un aspecto distinto. Esta es una de las partes más calurosas y secas del país, las montañas no son tan altas y llenas de nieve como en Sierra Nevada, pero tienen su propia belleza; además aquí tenemos una gran ventaja: no nos molestan los turistas. Te acostumbrarás al clima seco.

Kate no recordaba que hubiera sido así antes. Se sentía incómoda. Quizá no había sido una buena idea ir a ese lugar; tal vez debió ser firme y negarse.

—Dudo que me quede lo suficiente como para acostumbrarme —estaba muy tensa. Diego no contestó nada y ella lo miró. Tuvo

que admitir que era guapo e inteligente y que no había cambiado en absoluto. Su silencio la puso nerviosa—. Nunca pude saber muchas cosas acerca del monasterio.

Era cierto, pues estuvo demasiado atenta al ambiente que lo permeó todo y luego tratando de evitar el contrarse con Diego.

—Hay poco que contar. Hace más de cien años que no pertenece a la iglesia. Estaba abandonado y casi e ruinas cuando entró en posesión de mi familia. A lo largo de los años, ha sido restaurado y amueblado. Pero fuera sigue siendo lo que es, un monasterio, pero pc dentro, es una casa muy amplia y cómoda. No ha nada que temer. Sin duda, tus recuerdos te puede asegurar que no serás alojada en una celda.

—No soy una persona temerosa —se irritó Kate.

—No, eso es obvio. Tampoco lo eras de adolescente El tiempo no te ha hecho cambiar mucho —no parecí muy complacido ante la idea y guardó silencio.

El solo hecho de estar sentada a su lado la preocupaba. Diego podía ser un enemigo muy peligroso. Había logrado que Lucía y Kate se marcharan del monasterio, adoptando una actitud implacable y no daba muestras de ser más flexible ahora; no había ni siquiera un rasgo de suavidad. Kate observó las manos moreno que controlaban el volante con facilidad y por un momento se imaginó lo que sentiría si Diego la tocara. La recorrió un estremecimiento, se ruborizó y apare la cabeza.

—¿Estás nerviosa? —susurró Diego.

—No. Sólo cansada. No ha sido un vuelo agradable

—Ya falta poco. Si miras al frente en vez de oculte la cara, verás nuestro destino.

Kate se volvió y se olvidó de todo al ver de nuevo el antiguo hogar de su madre. En la distancia, divisaba las colinas más altas que dominaban el paisaje. La tierra era rojiza y dorada y había árboles. Encaramada en un risco encontraba una construcción de increíble belleza. Era impresionante y la piedra rosada parecía ser parte de las rocas de alrededor. Kate lo veía todo con claridad, incluso el abismo que daba al valle.

Al otro lado del valle, en un risco que era aún más alto, se erguía una estatua de Cristo con los brazos extendidos. Era blanca, tal vez de mármol y su tamaño era difícil de calcular. Era tan

hermosa que Kate contuvo el aliento como la primera vez que la vio.

El monasterio y el Cristo dominaban el valle, las montañas, cl más brillante; era una vista que debía ser asombrosa desde esa altura.

Kate no comentó nada y Diego siguió conduciendo. —¿Sigue siendo tan hermoso, Kathryn?

La voz suave la sorprendió y le contestó de la misma

manera, sin pensar:

—No recuerdo haber visto algo tan hermoso antes ni después. Mi madre siempre echó de menos este lugar.

—No lo echó de menos lo suficiente como para desear regresar y hacer las paces con su familia, sino hasta dieciocho años después.

Kate contestó con la misma dureza que había adoptado Diego:

—Quizá no se atrevió a hacerlo.

—Quizá —concedió él—. Me han dicho que el amor debilita la mente.

—Como parece que recibes toda la información al respecto a través de intermediarios nunca lo sabrás, ¿verdad? —lo retó.

—Espero que no —se burló él—. No me gustaría perder el control de mis emociones y mi mente y como tú pareces tener profundos conocimientos sobre el tema, quizá puedas ilustrarme mientras estés en España.

—Olvídalo —murmuró Kate, con sarcasmo—. Nunca trataría de lograr lo imposible. Estoy segura de que tus emociones son tan duras como esas montañas y seria necesaria una descarga de dinamita para conmoverte un poco —se sorprendió al ver que Diego se quedaba silencioso. De pronto, él se echó a reír, y eso la alarmó.

—Sólo deseas pelea. Tu carácter es tan fogoso como tu pelo. Por costumbre, todavía me darían ganas de sacudirte y enviarte de regreso en el primer avión; sin embargo, me sorprende mucho descubrir que me agradas. Debe ser porque eres mi prima y al fin has crecido.

—Te ruego que no me hagas ningún favor —Kate se enfureció al oír la condescendencia de sus palabras—. Ahora que has sido sincero, yo haré lo mismo. Aún me pareces arrogante, dominante e imposible. Para quedarme bajo el mismo techo que tú, tendré que usar gafas oscuras y tapones en los oídos. En cuanto a ser tu prima,

no lo soy. Como primo serías inaceptable y como hombre eres…

—¿Aterrador? —sugirió con burla—. Quizá estás dejando que el pasado matice tus opiniones. ¿O acaso se debe a que tu amante es débil e indulgente? Noté que no sabía si besarte o no y que tú no lo aceptaste de buen grado.

—La gente que espía a los demás sólo obtiene una visión distorsionada —señaló Kate.

Diego echó la cabeza hacia atrás y se rió con ganas. Eso hizo a Kate callar de inmediato. La risa lo transformaba; lo hacía volverse otra persona. Su rudeza desaparecía y su atractivo rostro volvía a la vida. Era un hombre peligroso… fascinante. De pronto, Kate se alarmó al sentirse observada. Aún lo odiaba, tenía que estar segura de eso, ya que él fue su enemigo hacia mucho tiempo.

Añora el coche atravesaba un bosque y la carretera bordeaba un precipicio. Por un momento sólo se pudieron ver los hermosos árboles, pero ascendieron más y Kate pudo contemplar el monasterio otra vez.

A cada lado, había jardines que desaparecían en el bosque. Unas verjas de hierro forjado marcaban la entrada. La casa, tenía forma de herradura y delimitaba tres lados del patio y, a la luz del ocaso, era más imponente y grande de lo que Kate recordaba.

Por fin, llegaron. El coche se detuvo en el patio, frente a la puerta principal. En el centro había una fuente grande y alta, rodeada de arbustos floridos y palomas. El olor de las flores, el murmullo del agua y el trino de las aves, hicieron que Kate casi cayera en un estado de trance.

—Mete el coche en el garaje, José —ordenó Diego a un sirviente que acudió, presuroso—. Ya no lo necesitaré más hoy.

—Sí, don Diego.

El tono deferente hizo que Kate se volviera a Diego. Cuando era adolescente, la impresionaba mucho que lo llamaran así. Pero él estaba acostumbrado y sólo le dio las llaves a José, quien sacó el equipaje del coche. Luego Diego acompañó a Kate al interior, como si ésta fuera a escapar.

Cuando Kate vio el amplio vestíbulo y el techo con esculturas y frescos, sus dudas acerca de su visita desaparecieron por un momento. Dos escaleras partían del salón y se reunían en el piso superior, donde había una galería con cuadros y banderas. Caminó

despacio y su rostro mostró alegría y aprobación artística al contemplarlo todo. Esa casa fue lo que la inspiró a elegir su profesión actual. Nunca había podido olvidarla.

—Veo que aún te gusta mi hogar —susurró Diego—. Tal vez te des cuenta de que ha cambiado un poco desde la época en que lo visitaste. Hace algún tiempo que toda la casa fue amueblada otra vez, salvo la sala grande, lo cual fue demasiado espectacular y difícil para la compañía decoradora. Mi abuela no quiso dejar una tarea tan delicada en manos de alguien que no fuera un genio. Quizá permita que tú hagas alguna sugerencia.

Parecía escéptico en lo referente a las habilidades de Kate y ella contuvo la tentación de enumerar sus éxitos. Si Félix se enterara de lo de la sala grande, los convencería de que ella era una excelente profesional. En el pasado, Kate no se atrevió a aventurarse en esa habitación, para evitar estar cerca de Diego Álvarez.

Una mujer salió de una de las habitaciones y Kate se inquietó, pues supo de quién se trataba antes de que Diego las presentara.

—Mi madre, la señora Liliana Álvarez-anunció con formalidad y sonrió—. He capturado a Kathryn y la he traído al hogar, mamá. Sin embargo, a ella no le parece que haya sido una buena idea.

—Entonces debemos impresionarla —sugirió Liliana Álvarez con suavidad—. Eres ya una mujer, Kathryn. La última vez que te vi, eras una adolescente delgada. Ocho años nos han cambiado a todos, pero tú estás más hermosa que nunca. Tu abuela ha adquirido un nuevo entusiasmo por la vida al pensar en tu regreso y todos estamos un poco nerviosos por tener a una experta en decoración entre nosotros. Espero que te agraden los cambios del monasterio. Diego nos ha dicho que eres la mejor empleada de una compañía de renombre.

—Por lo que he visto, está precioso —aseguró Kate. Se preguntó qué otras cosas habría dicho Diego sobre ella; la vanidad por su propio talento debía ser mencionada en su lista de defectos. Era un alivio enorme descubrir que esa mujer se portaba tan amablemente… comparada con su agresivo hijo. Antes, Liliana Álvarez

era distante y cortés y ahora Kate entendía el motivo. Debió dolerle mucho tener de nuevo en casa a Lucía.

—¿Llevarás a Kathryn con doña Elvira? —preguntó Liliana.

—No hasta que yo haya visto primero a la abuela. Esto significa mucho para ella y debo ver cómo se siente esta tarde. Además, creo que Kathryn está agotada. El trayecto desde el aeropuerto ha sido largo y cansado —con un ademán, señaló el contenido de una bandeja de plata—. Descansa un momento y bebe algo. Ahora iré a ver a tu abuela.

No añadió: «y recuerda que debes ser civilizada cuando la veas», pero no fue necesario, pues con la mirada casi hipnotizó a Kate, quien sólo tomó asiento. Diego le sirvió una taza de té y la hizo sentirse como una niña regañada, pero eso tampoco era nada nuevo: muchas veces, hacía ocho años, la miró así.

Kate alzó la vista y sus ojos se encontraron. Había una sensualidad primitiva en ese hombre, ahora se daba cuenta, pero dudaba que él lo supiera.

—Supongo que querrás ir a tu dormitorio, Kathryn —observó Liliana y Diego las miró con cierta diversión—. Le diré a alguien que te muestre dónde está.

Kate sonrió. Estaba muy tensa. Hacía poco se había quedado destrozada al perder a su madre, lo cual la dejó con un gran vacío interior y requirió de toda su fuerza de voluntad para salir adelante. Ahora, estaba otra vez en el sitio donde Lucía pasó gran parte de su vida y la imaginó sentada en esa habitación. Incluso se descubrió a sí misma allí, insegura e impresionable.

Diego la miró de modo penetrante y se marchó a ver a la abuela. Kate se puso de pie cuando Liliana hizo sonar una campanilla.

—Mi madre… ahora lo sé… Diego me contó que…-pero se interrumpió cuando Liliana Álvarez le puso una mano en el brazo.

—Fue hace mucho tiempo —susurró—. Todos éramos muy jóvenes. Por un momento, la paz de este lugar se perturbó, pero las cosas se resuelven siempre. Tuve muchos años felices con Gerardo y ahora tengo a mis hijos. Lucía también vivió un matrimonio dichoso. Ya pasó todo, Kathryn. No dejes que eso te altere. Doña Elvira espera con gran alegría volver a ver a su nieta.

—Yo no… —se interrumpió al ver que la otra mujer sonreía.

—Serás lo que ella se imagina que eres, querida. Todos cedemos mucho con ella. Adivino que no ansías tener relación con gente que no conoces bien y adivino también que Diego ya se ha enfrentado a ti. Trata de perdonarlo. Con la muerte de Gerardo, toda la

responsabilidad de este lugar cayó en él: los diferentes intereses financieros de la familia y el cuidado de dos mujeres y un hermano menor. Hace años que lleva a cuestas eso y apenas tiene treinta y seis años, Javier es más despreocupado y puede serlo porque Diego se lo permite. Supongo que le brinda la libertad que él no tuvo.

—Es amo y señor de todo lo que lo rodea —comentó Kate con dulzura y Liliana asintió, dándose cuenta del oculto sarcasmo.

—Es cierto. Pero el poder conlleva responsabilidades y Diego no le teme a eso —de pronto se rió—. Supongo que te sorprende que me tome el tiempo de justificar a mi hijo mayor, pero alguien debe hacerlo. El nunca dará ninguna explicación y yo intuyo que hay problemas entre vosotros dos. Lo resentiste cuando apenas eras una chiquilla, pero ahora ya puedes enfrentarte a él. Tu estancia aquí debe ser muy tranquila… por el bien de doña Elvira, quien adoraba a Lucía. Como yo, no tuvo una hija y una mujer lo necesita. No obstante, también adora a Diego y sufriría mucho si supiera que él te desagrada.

—Suelo tomar mis propias decisiones —Kate estaba un tanto avergonzada ante la franqueza de Liliana—, y su hijo, señora Alvarez, es muy autoritario.

—Llámame Liliana —sonrió—. Y en cuanto a ser autoritario, Kathryn, es su carácter. Te acostumbrarás a ello.

Ni en un millón de años, pensó Kate y siguió al sirviente hasta su habitación. Todo lo que quería era salir de allí y volver a Londres y a su empleo. Ni siquiera la hermosa habitación que le asignaron la animó. La ventana daba al patio y Kate miró las palomas que iban y venían alrededor de la fuente. Aunque el lugar era la casa de la familia Álvarez desde hacía mucho tiempo, aún se respiraba la paz del antiguo monasterio. Su enfado desapareció al ver la luz del sol poniente reflejada en el agua. Su madre debió añorar mucho ese sitio.

La pena por la muerte de su madre amenazó con invadirla de nuevo y sus ojos se anegaron de lágrimas. Pero ya había llorado bastante y no podía ablandarse. Todavía le faltaba enfrentarse a Javier y si él continuaba con sus mismas inclinaciones, la enfurecería, pues estaba segura de que como siempre, la culparían a ella.

Llamaron a la puerta y Kate se volvió, esperando ver a una de

las sirvientas.
—¿Sí? —se enjugó las lágrimas y se quedó atónita al ver entrar a Diego. Entonces se secó las mejillas con mayor rapidez.
— La abuela desea verte inmediatamente —informó—.Si no tienes inconveniente, te llevare a su lado. Diego no espero contestación y avanzó. Hacia sentir incomoda a Kate y ella no sabia porque salvo que eso la irritaba mucho. Le habria gustado pedirle que regresara más tarde, pero intuyó que eso le desagrada. ría a Diego. Ya habría tiempo para las discusiones, eso era algo seguro.
—Ya voy. Si me puedes dar un momento para…
—He venido a interrumpirte antes de darte siquiera tiempo de que abrieras la maleta —susurró, avergonzado—. Perdona, Kathryn, ha sido desconsiderado de mi parte. Estoy seguro de que la abuela puede esperar un poco más… por lo menos hasta que te hayas refrescado.
—No. No, está bien, ahora voy.
Kate se acercó a él y se arregló el pelo, incómoda. Eso hizo que Diego la mirara a los ojos y de inmediato se detuvo. Él fijó la vista en sus mejillas húmedas y Kate se ruborizó.
—Viajar es agotador —fue sorprendente, pero su boca se suavizó —. Mañana podrás ver a la abuela.
—Prefiero verla ahora. Puedo descansar después. No querrá que la haga esperar.
—Es impaciente, pero podemos hacerla ceder con facilidad.
—No es necesario. Ahora voy —estaba muy tensa y no logró suavizarse tanto como él. Diego también se endureció y la miró con frialdad.
—Muy bien. Te llevaré a su lado —dejó que Kate se adelantara y se detuvo—. Pero entiende que cualquier reto, palabra brusca…
—No soy una bárbara —lo interrumpió Kate—. No estoy aquí para retar a nadie. Sólo quiero terminar con esto para poder volver a Londres y a mi empleo.
—Parece que tienes poder. Sé que eres muy apreciada por Merrol y Jones, sobre todo por Merrol —la recorrió con la mirada —. No pareces ser una mujer poderosa, pero quizá mi impresión esté influida por el pasado. Las apariencias engañan, ¿no te parece?
—¡Desde luego! —afirmó Kate. irritada al notar su divertida sonrisa. La trataba como a una chiquilla insignificante, pero se

llevaría una gran sorpresa.

—¿Acaso no eres aún muy joven para hacerte cargo de un trabajo tan importante? —preguntó de pronto Diego mientras cerraba la puerta—. Creo que restauras castillos en Inglaterra, ¿no es cierto?

—Entre otras cosas, y no soy tan joven —señaló, confirmando su opinión sobre él—. Ya tengo casi veinticinco años.

—Lo sé. No lo he olvidado.

Kate se ruborizó al darse cuenta de que Diego le recordaba con mucha sutileza la forma tan ridícula en que se había comportado en el pasado. Fue muy fácil herirla antes, pero ya no lo sería tanto.

Lo siguió y fijó la vista en los anchos hombros y el brillante pelo negro. Caminaba como un atleta… con mucha seguridad. Era probable que siempre hubiera tenido ese aire de sensualidad, pero antes, Kate no tenía la suficiente edad como para notarlo. Estaría muy contenta de volver a Inglaterra. No le gustaba nada la idea de estar bajo el mismo techo que Diego Alvarez.

—La abuela ya no puede subir las escaleras —señaló Diego mientras bajaban al vestíbulo—. Tiene sus habitaciones en la planta baja. Eso es menos cansado para su edad y también le permite estar más cerca de la capilla.

—¿Hay una capilla aquí? —se sorprendió Kate.

—Sí. Esto era un monasterio. La capilla fue restaurada hace muchos años. Es un consuelo para la abuela poder ir allí. Me sorprende que no lo supieras. Parecía que estabas en todas partes cuando tenías diecisiete años. Es curioso que no la hayas visto.

—Nunca logré fisgonear tanto —comentó Kate con sarcasmo—. Sin duda recordarás que nos tuvimos que marchar con mucha precipitación.

¡Maldición! ¡Maldición! ¿Por qué no podía estarse callada?

—Tuvo que ser así. Este tranquilo lugar no puede ser perturbado. Si os hubierais quedado, habría habido muchos problemas y mi deber es asegurarme de que la abuela tenga una vida serena.

Aunque habló con tranquilidad, molestó mucho a Kate.

—Mi madre no armó ningún escándalo…

—¿Acaso he mencionado a tu madre? Quizá ya has olvidado la forma en que Javier reaccionó ante ti. Eras sólo una chiquilla, casi

una niña. De cualquier manera, habría sido… poco conveniente.

—Estoy de acuerdo. Él por lo menos tenía veintitrés años.

—Veintiuno —sonrió al oír el tono de voz de Kate.

—Casi de tu misma edad —murmuró ella, con rabia.

—Casi. Yo tenía veintiocho años y me acercaba con rapidez a la edad de la razón. Ahora ya la he alcanzado y te miro, Kathyrn, y veo un pelo de fuego y un carácter que hace juego con él. No soy más indulgente ahora que antes, así que recuerda que la abuela es una mujer muy vieja. Permítele ver tan sólo a la rosa. ¡Yo me haré cargo de las espinas!

Se detuvo en la puerta y sus ojos negros como la noche estudiaron el pálido y enfurecido rostro de Kate.

—Al verla, demostrarás la misma alegría que ella sienta por verte —ordenó.

—Lo intentaré, señor Álvarez —de inmediato se puso a la defensiva.

—Me llamarás Diego… soy tu primo.

—No eres nada semejante y lo sabes muy bien —dijo con fastidio. Diego le alzó la barbilla con dedos firmes.

—Soy todo lo que deseo ser —declaró, y recorrió con la mirada la cremosa belleza de su piel—. Lo descubrirás por ti misma después de algún tiempo.

Kate no tuvo tiempo de señalarle que no se quedaría allí lo suficiente, ya que Diego abrió la puerta de dos hojas y la hizo enfrentarse a la abuela.. o al menos, a la mujer que deseaba ser su abuela. Y el hombre que decía ser su primo, cuando así lo creía conveniente, la agarró con fuerza del brazo a modo de advertencia.

Capítulo 3

KATE no tenía una idea clara de la persona a quien vería. Hacía mucho tiempo que había visto a doña Elvira y Diego le había recordado que ahora era muy vieja… demasiado anciana como para subir las escaleras. Kate se imaginó una habitación oscura y cálida, y a la anciana imperiosa sentada en la cama. Esperaba sentir una antagonismo inmediato, pero no fue así y Diego la agarró del brazo con más suavidad al sentirla relajada.

Los ventanales estaban abiertos y doña Elvira se encontraba sentada frente al fuego de la chimenea. Vestía de negro y parecía casi diminuta en la imponente silla. Era como si se hubiera encogido desde la última vez que la vio. Tenía el pelo blanco recogido en un moño, llevaba una fina gargantilla y sus delgadas manos estaban cruzadas sobre la falda que la cubría casi hasta los pies.

No había nada malo en los oscuros y brillantes ojos que se clavaron en ella, pero Kate se tensó al sentir la penetrante mirada.

—No dejes que el valor te abandone en el último minuto —susurró Diego—. No es tan fiera como parece. Asegúrate de que no haya problemas.

Sonrió al adelantarse.

—Abuela, he traído a Kathryn a casa.

—No puedo hablar inglés, Diego —doña Elvira pareció frustrarse—. Tendrás que traducir.

—Kathryn habla muy bien español, abuela —comentó como si eso le enorgulleciera—. No necesita que nadie hable por ella.

Kate supo que quería decir que hablaba demasiado, pero no tuvo tiempo de mirarlo con furia, pues doña Elvira sonrió encantada.

—Así que mi nieta ha vuelto a casa —susurró.

Kate se acercó a la mujer que ansiaba ser su abuela y por un instante, rebelión desapareció. La alegría del ajado rostro era auténtica y sintió un nudo en la garganta al pensar en toda la desdicha que provocó la obsesión de su madre por el padre de Diego. También sintió miedo. No había vuelto a casa, puesto que ése no era su hogar en absoluto y esa anciana sufriría otra vez.

—Me alegra verla, doña Elvira —dijo con suavidad en español —. Quizá mañana podamos charlar más tiempo.

—Sí, mañana. Hablas muy bien el español, Kathryn. Será fácil hablar contigo sin la constante presencia de otras personas. Pensé que tal vez habrías olvidado tu propia lengua —sus ojos brillaron—. Siéntate a mi lado. Eres muy alta y me cuesta trabajo alzar la cabeza para mirarte. Desde aquí no puedo verte.

De inmediato hubo una silla para Kate. Diego retrocedió y las miró de modo penetrante. Kate quería objetar que el español no era su lengua y que ése no era su hogar, pero no tuvo el valor de destruir la felicidad de la anciana y se sintió atrapada.

—Nunca te has parecido a Lucía. Parece que no hay nada de español en ti y menos ahora que has crecido, pero tienes la forma de su cara y su dulce boca. ¿Ese extraño color de pelo es de tu padre?

—Sí. era muy rubio.

—Y juntos crearon a una niña con el pelo como de fuego. Es impresionante, ¿verdad? —sus miradas se encontraron—. ¿Fue feliz, Kathryn? ¿Amaba a ese hombre… John Hart?

—Lo amaba y fue muy feliz —susurró Kate. Los recuerdos hicieron presa en ella y sus ojos se humedecieron. Parpadeó y apartó la vista.

—Eres muy hermosa —murmuró doña Elvira—. Es bueno estar con gente que te quiere, ¿no? Has vivido con amor toda tu vida y ahora estás sola. Mi nieto me ha dicho que eres muy inteligente y que tienes un talento excepcional. Mañana hablaremos y me contarás todo acerca de tu trabajo. Soy demasiado vieja para ir a Inglaterra, pero lo escucharé todo de tus labios y me lo imaginaré.

Kate se entristeció otra vez. Diego las había enviado a su madre y a ella de regreso a Inglaterra, por culpa de su abuela. Quizá si Lucía hubiera podido ir a España con regularidad… ¿Acaso su abuela, como su madre, era tan egoísta que podía ser muy

destructiva?

—Estás muy dolida, niña —la señora le cogió una mano—. Y quizá también, como Diego ha dicho, estás muy cansada. Te veré mañana y hablaremos.

Kate alzó la vista y se dio cuenta de que también había lágrimas en los ojos de doña Elvira. Una lágrima resbaló por la arrugada mejilla y Kate cubrió con su otra mano los frágiles dedos.

—La veré todas las veces que usted quiera. Buenas noches, abuela —se puso de pie cuando la señora asintió con la cabeza. Diego le hizo una señal a una mujer que estaba de pie, en silencio, en un rincón de la habitación.

—Dejaré a la abuela bajo tus cuidados, Esther —murmuró—. No la dejes sola. Parece estar muy triste.

—Implicaba que Kate tenía la culpa por haber hecho llorar a la anciana. En ese instante, la chica estaba demasiado acongojada para tener una discusión con él. Cuando salieron del dormitorio, caminó con rapidez por el pasillo.

—¡Kathryn! —la llamó, pero ella lo ignoró. Llegó a la escalera y subió con rapidez. Deseaba estar sola y el poderoso español era la última persona que necesitaba a su lado.

Kate halló su habitación inmediatamente y entró corriendo. Cerró la puerta y abrió las ventanas. Las palomas ya se acurrucaban para dormir y casi no había luz. Sólo se oía el sereno murmullo del agua de la fuente, pero en ese instante nada podía tranquilizarla. Estaba muy impresionada por haber visto llorar a doña Elvira. La señora no era como se la imaginó. Ocho años antes, Kate había estado demasiado confundida para concentrarse en lo que la rodeaba.

Deseó no haber ido al monasterio. Eso sólo la hacía recordar su pena. Además, era como si hubiera heredado la culpa y ella tuviera que reparar el daño hecho por la pasión equivocada de su madre. Se tapó la cara con las manos y empezó a llorar. Se impacientó consigo misma. Todo se debía al cansancio. tenía que ser eso. Debería estar furiosa en vez de sentirse culpable. Nadie, ni siquiera una sola persona que hablara la lengua de su madre, había ido al entierro, sólo amigos ingleses.

Un ligero ruido la hizo respingar y vio que Diego la observaba, sombrío, desde el umbral.

—¿Qué quieres? —preguntó con dureza y se enjugó las lágrimas con una mano—. No he oído que llamaras a la puerta.

—La abuela tiene razón —ignoró sus palabras y la miró fijamente—. Estás muy herida. Habría sido mejor dejarte descansar antes de la cena. Mi abuela debió contener su impaciencia. Y yo tampoco he sido muy amable. Por favor, perdóname. Eres bienvenida aquí y me encargaré de que estés a gusto.

Kate miró al patio y trató de controlar sus emociones.

—Gracias. Me quedaré poco tiempo.

—Tal vez la abuela quiera que te quedes para siempre. Piensa que éste es tu hogar —añadió con suavidad—.La has hecho llorar y tus ojos también están llenos de lágrimas. Quizá esto tenía que suceder.

—Tengo mi propia vida —le recordó Katy y se le aceleró el corazón de miedo—. No tengo intenciones de quedarme aquí. Insististe y vine. Confío en ti para poder marcharme sin entristecer mucho a tu abuela.

—¿Estás dispuesta a confiar en mí? —susurró él—. Esto cambia la situación, ¿no crees? De cualquier modo, supongo que te das cuenta de que has aceptado que también es tu abuela, ¿verdad?

—Ha sido por deferencia a su edad. Lo sabes muy bien.

—¿Sí? Todo lo que sé es que sólo estamos peleando y temo que sea así siempre, pues presiento que estás planeando abandonar a la abuela tal como lo hizo tu madre hace muchos años.

—Yo no heredaré la culpa de mi madre —exclamó. Diego sólo sonrió, como si se diera cuenta de todo.

—Ya la has heredado y tus lágrimas lo demuestran —le cogió la cara con una mano y le frotó las mejillas húmedas con el pulgar—. No temas, te liberaremos. Después de todo, existe un amante en Inglaterra y tu trabajo tan importante. Y tampoco eres una criatura en cautiverio, eres demasiado agreste.

Se dispuso a marcharse, pero Kate no podía dejar las cosas así.

—¿Acaso tú no sientes ninguna culpa? —preguntó de pronto—. Nadie ha mencionado que mi madre está muerta. Todos fingís amor y no hubo ningún supuesto familiar en el entierro. La abuela es demasiado anciana para viajar, pero tú no.

—Nos enteramos demasiado tarde de que se estaba muriendo —Diego regresó y la miró fijamente.

—La carta… está fechada un mes antes de que mi madre muriera y en ella aclaraba que estaba moribunda. No era un secreto, lo sabía y os lo dijo.

—Estás decidida a sufrir, ¿verdad? Muy bien, Kathryn. Te di la carta para que la leyeras, pero no te di el sobre —lo sacó de su bolsillo y se lo entregó—. Debí destruirlo, pero quizás es mejor así. Estás ansiosa por culparnos. Cúlpame a mí si quieres, pero no lo hagas con la abuela. Acudí tan pronto como la carta llegó… dos meses después. Para entonces, Lucía ya había muerto. Si no fuera porque nuestro apellido es tan conocido, no habríamos recibido la carta, nunca.

—¿Dos meses? —Kate miró el sobre. Iba dirigido a la señora Elvira Álvarez, pero la dirección no era la del monasterio. Era la de Albacete… a kilómetros de distancia. Kate advirtió que Diego la observaba con detenimiento.

—Ella nació allí y lo sabía, pero nunca volvió —comentó él—. Por algún motivo, lo recordó.

Kate se volvió, pero fue demasiado tarde. Diego la miró a la cara, la agarró de los hombros y la hizo levantar la vista.

—Al final ya no lo recordó, ¿verdad? —inquirió, con suavidad.

—No —Kate bajó la cabeza—. A veces lo recordaba, pero…

—Y tampoco te recordó al final.

Era una afirmación; él lo sabía. Quizá algún vecino cooperativo se lo había contado.

—No —las lágrimas inundaron sus ojos. Ni siquiera se dio cuenta cuando Diego la acercó y la abrazó con sus fuertes brazos y Kate lloró sobre su pecho.

Era el primer consuelo que recibía; el único y por un momento, olvidó quién era ese hombre. Las lágrimas y los fuertes brazos terminaron con su tensión. Diego le acarició el pelo cuando ella lo miró, con más tranquilidad.

—Pobrecita —murmuró con voz profunda, sin desafío, pero eso le hizo a Kate recobrar la sensatez y se apartó, como un animal asustado. ¿Qué estaba haciendo al permitir que ese hombre la abrazara y le murmurara cosas? Si tenía un enemigo, ése era Diego.

—No te apiades de mí y no necesito consuelo —le espetó.

—Ya lo señalaste antes en Inglaterra. No te preocupes, lo que pasa es que lo olvidaste por un momento —estaba divertido y sacó

un pañuelo blanco de su bolsillo para enjugarle las lágrimas.

—Y no me trates como si fuera una niña —le lanzó y retrocedió con rapidez.

—No te considero una niña… ya no —la miró con ironía—. Ahora que ha pasado la tormenta, descansa un rato y luego ven a cenar con nosotros. Una ducha, un cambio de ropa y podrás tomar tus alimentos en nuestra compañía. Me doy cuenta de que te he molestado y eso me convencerá de que ya no estás enfadada conmigo.

—Entonces eres muy fácil de convencer —Kate lo miró con ira y con los ojos todavía llorosos.

—Quizá lo soy —asintió con suavidad—. Pero en este momento eres más una rosa que una espina, aunque me mires como un tigrecillo enfurecido. La abuela también lo ha notado; tal vez seas domesticable. De cualquier manera, aún tienes que enfrentarte a Javier —añadió deliberadamente—. Sería mejor hacerlo ahora y terminar con el asunto, ¿no crees?

En ese momento se marchó y Kate se alegró de ello. Diego sabía muy bien cómo irritarla. No tenía ganas de ver a Javier. Desde su llegada, estaba más vulnerable y la culpabilidad, el dolor y la incomodidad se mezclaban en su interior y Diego era el responsable de ello. Kate era una chica con experiencia, pero los ojos de su «primo» eran hipnotizadores. Sería muy fácil quedar fascinada por ese hombre.

La cena sería muy difícil, pero Kate no se acobardaría. Siguió el consejo de Diego y se puso un vestido muy elegante de color crema. Sería adecuado si la cena era muy formal.

Lo fue. La primera persona que vio fue a Diego. Estaba muy guapo, con sus pantalones oscuros y su chaqueta blanca. Miró con intensidad a Kate, pero no se acercó a ella. Quien se acercó fue Liliana.

—Ven, querida. ¿Quieres un jerez? —ofreció. Luego le ordenó a un sirviente que la sirviera la bebida a Kate—. Mientras tanto, ¿recuerdas a Javier? —la condujo hacia donde había un hombre muy atractivo. Era más joven que Diego y se acercó con una amplia sonrisa. No había cambiado mucho. Seguía siendo muy guapo y Kate notó algo que antes no había percibido: estaba muy consentido.

—¿Ésta es mi prima Kathryn? —preguntó con divertido asombro —. ¿Qué he hecho para merecer este momento? Debió ser algo muy bueno para obtener esta recompensa. Siempre has sido muy guapa, pero ahora estás bellísima.

—Si Kathryn va a ser compartida, la que tiene prioridad es doña Elvira —intervino Liliana—. No empieces a acapararla, Javier…

—Sería poco prudente —la interrumpió Diego dándole la copa a Kate—. Está decidida a marcharse. Por supuesto, mientras esté aquí, pasará la mayor parte del tiempo con la abuela. Las cosas serán muy tranquilas —añadió. Miró a Kate y fue como mirar al pasado. Ella se estremeció y se ruborizó, avergonzada. Javier parecía divertido. Podía permitirse el lujo de estarlo, pues ella fue quien resultó castigada por las malas acciones de él.

—Quizá podamos convencerla de que se quede Javier la observó con detenimiento—. No estamos en Londres, pero hay mucha emoción en esta zona si se sabe dónde buscarla. Antes no tuve permiso para llevármela lejos.

Kate se ruborizó más aún al sentir la penetrante mirada de Diego, quien se dirigió a su hermano.

—Kathryn ya no es una niña —comentó con sarcasmo—. Tiene un trabajo muy importante en Inglaterra y… compromisos.

Por un momento, Kate pensó que contaría lo de su «amante», pero al parecer sólo quería molestarla. Por fortuna, anunciaron que la cena estaba lista y Javier la cogió del brazo antes de que alguien pudiera impedirlo.

—Háblame de tu trabajo, Kathryn —murmuró. La chica quiso escapar de la mirada de Diego y establecer que ya no era una chiquilla temerosa de detener a Javier en sus avances y por su saludo y la forma en que respiraba, no dudaba que ese momento llegaría pronto. Necesitaba algo que se interpusiera entre ella y Diego, pero habría preferido que fuera Liliana.

—Deberíamos preguntarle a Kathryn su opinión acerca de la sala grande, ¿no creéis? —comentó Liliana después de la cena—. Es lo único que nadie ha tocado… aparte de la capilla y lo demás fue restaurado hace tanto tiempo que ya no está bien.

—¿Esperas que quiera quedarse a trabajar aquí? —preguntó Diego con ironía—. Dudo que una gran compañía inglesa desee hacerse cargo del monasterio.

«Qué bien que no sabe nada», pensó Kate, pues Félix saltaría de alegría ante una oportunidad así.

—Tal vez Kathryn quiera verla, de todas formas —sugirió la madre de Diego—. Por lo menos, así se dará cuenta de los requerimientos de las viejas propiedades españolas.

—Me gustaría verla —aceptó Kate con la esperanza de que Liliana la llevara lejos de Diego y Javier—. También me gustaría que me llamaras Kate, todos lo hacen.

—Yo te llevaré a la sala, Kate —sonrió Javier.

—Yo llevaré a Kathryn —intervino Diego—. Creo que tú tienes que terminar unos informes para mañana, Javier.

—Cierto —Javier lo miró con irritación, se puso de pie y le dio un beso a Kate en el dorso de la mano—. Como podrás darte cuenta, Kate, trabajo demasiado.

La chica lo dudó. Parecía estar muy relajado. Liliana ya le había comentado que Diego también tomaba a su cargo muchas responsabilidades para darle libertad a Javier.

Se preguntó por qué Diego insistía en ser él quien le enseñara la sala grande. Sin duda, de nuevo trataba de proteger a su hermano, como creyó hacerlo ocho años antes.

Como había admitido que quería ver la sala, no tenía otra alternativa que ir y miró a Diego con fría irritación. También notó que él seguía usando la versión formal de su nombre y recordó el motivo. Eso la hizo apretar los labios y decidir que la inspección de la sala seria de la mayor brevedad posible.

Era un salón que daba al patio. Lo supuso por ¡a dirección en la que caminaron. Pero cuando Diego abrió la puerta e hizo entrar a Kate, todas sus suposiciones desaparecieron. Era la habitación más fantástica que había visto en su vida.

Debía tener la mayor altura de todo el monasterio. Era un salón amplio con un techo de bóvedas y ventanas con arcos a un lado. Estaba sostenido por delgados pilares que desaparecían en las crucerías del techo. Kate permaneció en el umbral, fascinada.

—¡Dios mío! —caminó con lentitud y sus pasos resonaron en toda la habitación, pues el suelo era de grandes baldosas. Quería apreciarlo todo al mismo tiempo—. ¿Esto era el refectorio? —le

preguntó a Diego sin volverse.

—Sí. Veo que conoces lo suficiente de estas construcciones como para recordarlo.

No fue sarcástico, pero Kate deseó contestarle algo. Pero se contuvo, en parte porque la habitación la fascinaba y también porque se daba cuenta de que debía tratar de entenderse mejor con Diego.

—Tengo una buena formación —ignoró su burla. Se estremeció al sentir que Diego estaba a sus espaldas. Se concentró en la poca iluminación de la sala— . ¿No hay más luces?

—Claro —encendió otros interruptores y Kate miró el techo. Como esperaba, allí había una serie de dañados y hermosos frescos.

—Son originales —susurró con reverencia—. Valen una fortuna.

—Ya ves por qué nadie ha tocado esta habitación —murmuró él. Se acercó a Kate y fijó la vista en la desteñida gloria del techo—. Restaurar este sitio es un reto y una gran responsabilidad. Si lo hiciera una persona inexperta, podrían desaparecer siglos de belleza.

—Sí —Kate estaba demasiado concentrada en el salón. Inspeccionó los muros, que estaban hechos de cantera, igual que los muros exteriores de la casa. Aquí y allá había yeso descascarado y la chica se entusiasmó al imaginar cómo podría quedar la sala después de restaurada.

—Es grande, aunque no tanto como el castillo Belton —susurró Diego y Kate se volvió al oír el conocido nombre.

—¿Cómo sabes…?

—Si lo recuerdas, te encontré porque la gente ayudó a un extranjero confundido a saber dónde trabajabas. Así que fui a ver a la recepcionista de Merrol y Jones. Ella me habló de tu trabajo y del castillo Belton. Como tenía tiempo de sobra, fue a verlo. Lo han abierto al público… ¿lo sabías?

Kate ignoró su burla. Le enfadaba que Diego la hubiera acosado como un cazador, que obtuviera información de una recepcionista que solía ser muy formal y seria, y que luego tuviera el descaro de ir a comprobar si era cierto que era tan hábil.

—Entiendo —respiró hondo y poco a poco fue olvidando su resolución de ser amistosa—. Espero que te haya gustado el castillo.

—Sí, me gusto. Deseaba ver por mí mismo si poseías un talento

excepcional y lo tienes.

—Gracias por tu voto de confianza y por enseñarme esta habitación —declaró—. Si no te importa, me voy a la cama. Estoy muy cansada.

—Claro. La emoción es muy agotadora, ¿verdad? Sobre todo cuando se trata de ansiedad indeseada

y de furia apenas reprimida.

—¿Por qué crees que estoy furiosa? —Kate se dirigió a la puerta —. Me ha gustado mucho ver la sala grande.

—Y planearla en tu mente. Me agrada ver que piensas en gran escala. Esa gran imaginación, combinada con la habilidad de llevar a cabo los sueños, no debe ser muy frecuente en las mujeres.

—No sé si lo será o no —se irritó Kate—. Soy una experta y tengo el apoyo de una compañía grande y de mucho prestigio.

No añadió que se entendía muy bien con todo tipo de personas, pues él nunca lo habría creído y ella no se lo iba a demostrar. Diego la miraba con arrogancia e intensidad, pero también con diversión.

—Entiendo que los artistas, de toda clase, son personas muy solitarias.

—Tu entendimiento no cubre a todos los artistas, eso es obvio —murmuró Kate. Caminó por el oscuro pasadizo y trató de localizar la escalera—. El trabajo que yo desempeño no es individual. Necesito emplear a un pequeño regimiento de trabajadores… yo no pinto paredes.

—¿Te disgusta ensuciarte las manos? —los ojos de Diego recorrieron sus delgados brazos, haciéndole sentir que el vestido que llevaba puesto revelaba unos hombros suaves y satinados.

—Me pagan por usar mi cerebro.

Diego observó el pelo de Kate y luego su cara y sonrió con evidente satisfacción al notar que la

chica se ruborizaba cada vez más.

—Eres muy inteligente, prima. Lo reconozco. ¿Se da cuenta ese… amante tuyo de lo que vales?estamos en la misma línea profesional —lo miró con ira—. Nos… apreciamos mutuamente.

Si Diego pensaba lo peor, pues se lo confirmaría. Los ojos de él brillaron con algo que no era desdén ni furia.

Sin duda, el español no apreciaba que diera lo mejor de sí misma. Si seguía atacándola de esa manera, Kate tendría que

responderle también con una agresión.

—Mañana verás a la abuela —Diego cambió de tema cuando Kate llegó al rellano de la escalera.

Kate no supo si era una orden o una pregunta. Se volvió y lo miró, parada en un escalón más arriba.

—Y luego me iré a casa. No temas, seré muy suave con ella.

—Que no te engañe su aspecto. Posee una voluntad de hierro. Le gusta salirse con la suya y tiene la habilidad de hacerlo. Tiene sus tácticas cuando todo lo demás falla. Pensará que has heredado su carácter si no supiera que no estáis emparentadas. Te repito mi advertencia: Puede ser que no quiera que te marches aún.

—Tú me has traído aquí —Kate se acaloró y su furia creció—. Tú me sacarás de aquí.

—Es mi abuela y me gusta complacerla en sus caprichos. Como ya habrás notado, a mi hermano tampoco le gustaría mucho que te fueras —añadió con sorna. Aunque sutil, parecía muy amenazador, y Kate se dio cuenta de que nunca debió permitir que la convenciera de ir a ese lugar. Desde el principio, supo que Diego Álvarez sólo se burlaba de ella y la despreciaba y, además, si Félix se enteraba de la existencia de la sala grande, la obligaría a quedarse a trabajar en España.

—Soy capaz de llegar al aeropuerto —Kate se volvió—. Tengo muchos recursos.

—Está muy lejos —se burló él.

—Ya me las arreglaré —replicó. Diego la agitaba demasiado y Kate sólo deseaba ir a su habitación. Sin embargo, se detuvo cuando lo oyó proseguir.

—Planeas irte, pero si la abuela lo desea, te traeré de vuelta.

Esa amenaza la hizo encararlo. Estaba furiosa y alarmada, pero no podía poner en su lugar a ese hombre. Diego la dominaba y Kate, temblorosa, lo resintió, pues sabía que le tendía una trampa de la que debía liberarse. Diego era muy peligroso y tenía mucho poder.

—No permitiré que me asustes ni que me presiones —le advirtió y apretó los puños—. Cuando quiera irme, me iré.

—Sé razonable, prima —la miró fijamente y sonrió satisfecho—. Te busqué y te encontré. Luego esperé toda una semana a que vinieras. No es justo irse en un día, aunque se trate de alguien tan

fuerte y voluntariosa como tú.

Kate se inclinó hacia él molesta; ya era demasiado.

—Soy más alto y fuerte y soy un hombre —la amenazó—. También tengo muy mal carácter y no dudaría en disciplinar a mi prima si no se puede comportar.

Diego hubiera deseado ejercer esa disciplina hipotética, pero por fortuna, Javier salvó la situación cuando entró en el vestíbulo. Parecía intrigado, suspicaz y un poco molesto.

—¿Acaso he interrumpido una discusión? —los observó detenidamente y sin duda percibió el antagonismo y la tensión reinantes.

—No interrumpes nada —dijo Diego con brevedad sin quitarle la vista de encima a Kate.

—Qué bien. Si te peleas con ella, no se quedará y yo tengo que volver a conocerla. Tengo intenciones de hacerlo —le sonrió a Kate de la manera que ésta se temía, lo cual la deprimió aún más. Eso era lo único que faltaba.

—Aléjate de él —la advirtió Diego cuando Javier se marchó—. No sería bueno que volviera a sentirse atraído por ti. Ya pasamos por eso antes —ya no estaba divertido y Kate tampoco.

—No, yo ya pasé por eso antes —lo corrigió—. Soy capaz de hacerle frente ahora y tú puedes seguir tu propio consejo y alejarte también de mí. Nos desagradamos tan pronto como nos vimos y debía estar loca para estar de acuerdo en venir aquí.

—El sentimiento de culpa te trajo —le recordó—. Si voy a mantenerme alejado de ti, ¿cómo podré sacarte de este lugar? Sólo tú y yo sabemos que deseas huir de aquí, abandonar a tu abuela como hizo Lucía y regresar inmediatamente a tu trabajo y con tu amante.

—Lo único que necesito de ti es que me lleves al aeropuerto —señaló Kate—. Yo puedo hacerme cargo del resto… incluyendo también a mi «amante».

—De eso sí que no tengo la menor duda —se burló él—. Ya he visto cómo lo manejas. Tiene toda mi simpatía; lo dominas con facilidad. En cuanto al resto, no desilusiones a mi abuela sólo porque yo te desagrado. Opino que debe ser complacida en los últimos años de su vida… incluso por una nieta reacia.

—No soy tal cosa y… —pero, como siempre, Kart fue

interrumpida por uno de los comentarios de Diego.

—Me alegra ver que estás de acuerdo en ese punto. No me gustarías para prima. Eres muy problemática, con tu esplendorosa cabellera y tu lengua desatada. Una vez tuve que actuar con mucha rapidez para evitar un desastre. Éste es un lugar de tranquilidad.

—Me doy cuenta. Entonces, ¿cómo logras encajar en él?

—Quizá no encajo —murmuró—. Tal vez, al igual que tú, estoy ansioso, frustrado y deseo liberarme de esto. Sin embargo, a diferencia de ti, reconozco cuál es mi deber.

Diego le sostuvo la mirada sin ningún esfuerzo. Kate se quedó atónita al sentir un estremecimiento que la dejó temblando. Subió por la escalera con el desee de desaparecer de vista cuanto antes, pero se contuvo.

—Buenas noches, Kathryn. Hasta mañana.

Su voz la siguió, suavemente, y tuvo que admitir que el hecho de que Diego estuviera allí parado mirándote con sus ojos negros como la noche, la asustaba de un¿ manera muy peculiar… que la hacía estremecerse.

Capítulo 4

F UE como refugiarse. Kate corrió a su habitación, se apoyó contra la puerta después de cerrarla y se dispuso a meterse en la cama. Ahora las cosas eran distintas, ella era distinta. No permitiría que Diego la intimidara. Tampoco se sentiría atraída por él como antes.

Mientras yacía sobre la cama, tratando de dormir, el monasterio se tornó silencioso y los recuerdos la asaltaron. Entonces evocó la calma del lugar, cuando ella tenía diecisiete años. Antes de ir por primera vez a la casa, se consideraba madura, pero Diego le hizo ver lo contrario: al conocerla, la miró con altivez y no fue necesario que dijera nada para asegurarle que era una chiquilla y una molestia. Kate quedó fascinada por él, pero Diego apenas si le hablaba.

A la hora de la cena, el único momento en que parecía estar en la casa. Diego siempre la miraba con frialdad y con cierta sorpresa al notar que ella se incomodaba y sonrojaba.

Diego salía todos los días para hacerse cargo del negocio familiar, de la propiedad del huerto y de los viñedos de Rioja y a ella le habría encantado acompañarlo, ver los alrededores y conocer más a ese primo adoptivo, guapo e imperioso. Sin embargo, él nunca la invitó a acompañarlo. Le hablaba con cortesía, la llamaba Kathryn, algo que casi nadie hacía, pero su mirada era tan intensa que Kate casi quería ocultarse de ella.

Fue Javier quien se encargó de la joven mientras Lucía pasaba el tiempo con la abuela. Al principio, sólo la llevaba a dar paseos cortos, pero poco a poco la fue llevando más lejos y se enfrentaba con una amplia sonrisa a la desaprobación de su hermano, cuando llegaban tarde a cenar.

Diego la apabullaba, pero Javier era encantador. La hacía sentirse importante y Kate se acostumbró a que la cogiera del hombro para mostrarle cosas. Pero se alarmó un poco el día que la rodeó por la cintura con un brazo. Después de todo, era casi su primo.

A Diego no parecía divertirla eso. Por primera vez, se acercó a Kate cuando la chica paseaba por los jardines.

—Sería mejor que recordara que usted sólo es una niña, señorita —la regañó y la hirió aún más cuando ni siquiera la llamó por su nombre—. No sé cómo se comporta en Inglaterra, pero aquí lo hará con decoro.

Kate no sabía a qué se refería con «decoro», pero sabía que tenía diecisiete años y que no había hecho nada malo.

—No soy una niña, don Diego —afirmó—. Cumpliré dieciocho años el próximo año —lo encaró, aunque le costó trabajo hacerlo.

—Y sigues siendo una niña —replicó él—. Y no apliques ese ridículo título. No eres una sirvienta.

Kate sólo lo había dicho para apaciguarlo y también porque parecía demasiado importante como para llamarlo sólo por su nombre.

—¿Quiere que lo llame «señor»?

—No, a menos que quieras hacerme enfadar.

—No haría ninguna diferencia. Ya está enfadado conmigo. Siempre lo está y yo no he hecho nada en absoluto.

Kate se ruborizó y apartó la mirada cuando Diego se quedó atónito y la agarró de la barbilla para mirarla.

—¿Puedes leerme el pensamiento, niña? ¿Deseas que te atienda? Estoy muy ocupado y de cualquier manera, no estarás aquí por mucho tiempo.

Parecía una amenaza, pero Kate no se atrevió a alejarse.

—¿Que no podremos volver? ¿No le agrado en absoluto?

—No estoy acostumbrado a ver una chica pelirroja cada vez que vuelvo la cabeza —murmuró y la observó fijamente—. Niña, tienes la habilidad de estar en todas partes al mismo tiempo.

—No es verdad —se desilusionó, ya que el comentario de Diego no respondía la pregunta—. Salgo con Javier casi todos los días.

—Por eso te recuerdo que sólo eres una niña —la miró de nuevo con frialdad—. Mi hermano no parece ser tan consciente de ese

hecho como yo. Sería mejor que te quedaras en el monasterio y lo dejaras desempeñar su trabajo.

—No le estorbo, sólo miro. Podría acompañarlo a usted si lo prefiere —añadió y lo miró con sus serios ojos azules, con la esperanza de que aceptara. Diego la miró con dureza antes de suavizar la expresión.

—Preferiría que estuvieras de regreso y a salvo en Inglaterra —susurró—. Sin embargo, ya veremos. Dentro de dos días me iré a La Rioja. Está muy lejos y no regresaré hasta la noche. Cuando vuelva, te llevaré a la ciudad. Es hora de que tengas un vestido nuevo para cenar.

Kate se ruborizó y sus ojos brillaron. Diego sonrió. —¿Eso te hace feliz? ¿Eres ambiciosa, niña? —la co

gió de la barbilla y Kate tuvo que cerrar los ojos para escapar de la penetrante mirada.

—No. Sólo estoy contenta de ir contigo.

—No estés tan contenta. Estoy demasiado ocupado como para ser un acompañante de tiempo completo. Ya veremos qué sucede en la excursión. Mientras tanto, ten cuidado.

Kate no sabía a qué se refería con esa advertencia, pero estaba feliz y Diego habló mucho con ella durante la cena, lo cual sorprendió y molestó a Javier.

Y fue Javier quien lo estropeó todo, aunque Kate cargó con la culpa. Cuando Diego se marchó, Javier cambió. Fue como si desapareciera una correa invisible y Kate ya no se sintió tan segura en su presencia. Todas las noches volvían tarde, a pesar de que Kate prefería estar de regreso para la cena, y no estaban en casa cuando Diego volvía.

Ese día, Kate estuvo muy incómoda por la forma en que Javier la trató, pero su incomodidad no tuvo límites cuando él aparcó en el patio y la abrazó. Ella se encontraba demasiado atónita como para resistirse y no pudo evitar que la besara. Fue algo que detestó, pero duró poco.

La puerta del coche se abrió súbitamente y Kate, al instante estuvo afuera; Diego la agarraba de los hombros con fuerza y le gritaba a Javier, quien también había salido del coche; estaba furioso y hablaba tan deprisa que Kate no entendía nada, Javier entró en el monasterio y Diego hizo que Kate lo encarara. La miró

con rabia y la condujo a la puerta.

—Ve a tu dormitorio —ordenó irritado.

—Yo no…

—Vete —se volvió y Kate corrió por la escalera. Cerró la puerta de su habitación y esperó que su madre no fuera a darle las buenas noches y se entristeciera al enterarse de lo sucedido. Kate temblaba por lo que había pasado, y por la furia de Diego. La última vez que lo vio fue muy amable, pero ahora estaba furioso.

Fue Diego quien apareció y no para darle las buenas noches. Entró en la habitación después de llamar a la puerta; Kate estaba lívida.

—Te hice una advertencia acerca de tu conducta —manifestó muy severo—. Quizá ahora entiendes por qué, pues regresarás a Inglaterra.

—¿Nos enviarás de regreso? No he hecho nada.

—Te envío a ti de regreso. Por desgracia, tu madre también tendrá que irse. Si tanto querías quedarte, debiste seguir mi consejo y portarte de otra manera. Ahora, las cosas han ido demasiado lejos. Puedo establecer reglas muy estrictas o puedo deshacerme de ti y prefiero esto último. En Inglaterra podrás hacer lo que te venga en gana.

—Me he portado como cualquier otra persona. Nunca he hecho nada malo aquí. Yo no besé a Javier, fue al revés, pero me puedo dar cuenta de que yo soy quien carga con la culpa. No has venido a ver si estaba bien, sino sólo a gritarme.

—No estoy gritando —señaló él con frialdad—. Te mando de regreso porque es necesario.

Kate ya no se defendió. No habría servido de nada; Diego la hacía sentirse infantil y deshonesta, además de que adoptaba una actitud intransigente.

—Me agradará mucho marcharme —murmuró—. Y si mi madre vuelve a este lugar, yo me quedaré con mi padre. De cualquier manera, es probable que ella jamás regrese. Es obvio que no somos bienvenidas aquí.

Diego no respondió. Al día siguiente se marcharon y su madre nunca más volvió. Sin duda, creyó que las echaban y Kate nunca le contó lo sucedido… eso era otra fuente de culpa que siempre la acompañó.

Kate se despertó al día siguiente sintiéndose rendida después de una noche agitada. Era un problema que tenía desde hacía meses. Después de la muerte de su padre, Kate presenció cómo su madre enfermaba cada vez más sin lograr evitar que muriera y quedándose sola. Trabajar y cuidar de su madre fue demasiado y por fin, Kate tuvo que dejar su apartamento y vivir en su antigua casa para pasar todo el tiempo libre con su madre y desde entonces, casi no podía dormir.

Todo se combinó para provocarle a Kate espasmos de tensión nerviosa en los que perdía el aliento. Sabía que desaparecerían una vez que su vida adquiriera su rutina de costumbre, pero fue eso lo que alargó el tiempo que dejó de trabajar. después del entierro de Lucía y no se lo había confesado a nadie.

Era sorprendente que el día anterior no le hubiera faltado el aliento.

Tensión era una palabra inadecuada para describir lo que sentía cada vez que Diego estaba allí, dominante e inquisitivo y si ella guardara silencio en vez de atacarlo a su vez, se habría sentido aún más tensa.

Sin embargo, los recuerdos y la ira no la habían dejado dormir y le alegró mucho descubrir que le llevaban el desayuno a su habitación. La sirvienta le informó que la señora Liliana siempre desayunaba en su habitación y que Javier y Diego se habían marchado temprano esa mañana.

Eso significaba que si Kate hubiera deseado ir al aeropuerto, no hubiera habido quien la llevara. Pensó que Diego lo había planeado todo, sin embargo, podría estar sola sin sentirse observada.

Hacía un día precioso y Kate se puso unos pantalones blancos y una camiseta verde. Después del desayuno, fue a explorar el exterior del monasterio. Se contuvo para no entrar en la sala grande a la luz del día. El hecho de que se moría de ganas por restaurarla era algo que debía controlar. En cuanto a ella, ese lugar no existía; su vida estaba en Londres, al igual que su empleo y no quería alargar su estancia en España y bajo el mismo techo que Diego Álvarez.

Las palomas ya estaban de nuevo en la fuente. Eso hizo sonreír a

Kate y caminó hacia la parte posterior del monasterio, donde había un muro bajo, que daba al precipicio.

Aún estaba tensa y jadeante, pero al disfrutar del panorama se relajó un poco. Todo el valle se extendía a sus pies y Kate apoyó las manos sobre el muro para mirar abajo.

Todo estaba miniaturizado. Los árboles sólo eran manchas verdes. Una iglesia blanca sobresalía en un pueblecito en la distancia y desde ese risco, todo el valle se veía rojizo y dorado. Era algo desorientador y que la había sentirse menos mortal y, a lo lejos, el resplandor verde azulado del mar puso el toque final a una escena maravillosa. Nada había cambiado.

De pronto, todos sus sentidos se pusieron alerta y la voz sombría de Diego la hizo estremecerse.

—En este momento, a la luz del sol, parece que tienes un halo de fuego. Menos mal que no soy supersticioso, de lo contrario me imaginaría que has aparecido entre las nubes para inspeccionar el monasterio.

Ni siquiera pudo volverse. La inesperada aparición de Diego, cuando lo imaginaba a kilómetros de distancia del monasterio, la pilló por sorpresa. Kate palideció, se tornó tensa y jadeante, se le aceleró el corazón.

—¿Qué pasa? —Diego percibió su malestar y le puso

una mano en el hombro—. ¿Te he asustado? —la hizo volverse hacia él y la miró con intensidad por un segundo, pero Kate se sintió peor.

Diego la soltó y ella apartó la vista hacia el valle y se esforzó por ocultar que le costaba trabajo respirar.

—¡Estás enferma! —no le estaba haciendo una pregunta. Se acercó por detrás y le puso las manos en los hombros. Kate sintió la calidez de sus dedos a través de la camiseta.

Algo inefable la invadió. Era increíble. Diego movía las manos con seguridad y suavidad haciendo desaparecer toda su tensión. Kate respiró con normalidad y suspiró, agradecida.

—No me has contestado —murmuró él. La hizo volverse y esa vez Kate pudo hacerle frente.

—No sabía que fuera una pregunta —se burló— . Supuse que, como de costumbre, habías llegado a tu propia conclusión —al ver que Diego se molestaba, añadió—: Creí que habías salido temprano.

Diego se relajó. No estaba muy satisfecho, pero era obvio que no quería pelear esa mañana y Kate tampoco lo deseaba.

A la joven no le gustó que la tocara. Tampoco le gustó que lo hubiera hecho el día anterior, aunque sólo la agarró del brazo. Ya no tenía diecisiete años ni estaba fascinada por Diego, pero eso la hacía ser muy consciente de él, como si el ambiente se electrizara. Así que se alegró cuando la soltó.

—Todo… está muy seco trató de encontrar un tema de conversación; él lo intuyó y sólo se rió.

—Ya vendrá la lluvia y la tierra se llenará de vida. No es un desierto. Hay cosas que crecen aun en tiempo de sequía.

—¿Qué es esa extensión de árboles? —señaló el valle. Todos parecen estar muertos. No recuerdo haberlos visto antes.

—Aquí estaban. Son almendros y no están muertos. Quédate con nosotros y te lo demostraré.

—Sabes que no puedo quedarme —Kate caminó hacia el patio —. Lo decidiré cuando vea a tu abuela, pero si acaso será sólo por poco tiempo… como máximo un día más —lo encaró—. Todo esto es muy difícil, ¿cómo puedo ver a doña Elvira cuando parece que todos necesitan de tu permiso hasta para las cosas más insignificantes? Si tú sales, me tengo que quedar esperándote.

—No me gustaría que me esperaras con impaciencia —se burló —. No dudo que la abuela te mande llamar. Nunca ha sentido que necesite mi permiso cuando quiere algo. No la controlo. De cualquier manera, estaré fuera poco tiempo —parecía indulgente, como si Kate le suplicara de nuevo salir con él. Pero ella ya no estaba a punto de cumplir dieciocho años y le molestó su paternalismo.

—Mira, yo tampoco te pido permiso —se acaloró—. Esto es sorprendente. Estoy aquí sólo para ver a tu abuela y nada más. Ya la he visto, la veré otra vez y luego tendré que irme. No puedo abandonar mi empleo.

—¿Sería tu actitud la misma si no te hubieras peleado conmigo hace tiempo? ¿Te quedarías aquí algunos días para admirar la belleza que disfrutas ahora si no estuviera yo presente?

—Soy una persona muy ocupada —señaló Kate, apenada.

—Demasiado como para dedicarle tiempo a tu abuela —notó con frialdad—. Entiendo que desees volver a Inglaterra, pero no te

imagines que permitiré que olvides tu deber aquí.

—No tengo ningún deber aquí.

—Tienes la obligación de compensar la deserción de Lucía. Sospecho que tienes el mismo carácter que tu madre, pero no permitiré que dejes de cumplir con ese deber.

—Estás loco si crees que me puedes dar órdenes —a pesar de su ira, Kate se estremeció de miedo y otra vez sintió que le faltaba el aliento. Diego era capaz de todo y era necesario salir de ese lugar.

—Sólo te recuerdo que tienes un compromiso aquí —señaló él—. No hay nada que temer. Estás bajo mi protección, al igual que toda mi familia. Te protegí una vez, puesto que eres mi prima.

—Eres muy amable —se burló Kate—. Tu protección anterior fue echarme de aquí. Creo que optaré por eso otra vez.

—En esta ocasión no conviene a mis planes —sonrió con arrogancia—. Hasta luego, Kathryn, procura no molestarme mucho. Inglaterra está muy lejos.

La sorprendió al cogerle una mano y besársela, pero se la soltó con rapidez, antes de que Kate pudiera arrebatársela.

—No tengo ninguna obligación de quedarme aquí —afirmó Kate, pero Diego ya se dirigía al Lamborghini. Desde el coche alzó la mano y luego se alejó. Tan sólo el hormigueo en los dedos de Kate era la prueba de que había estado allí. Ya no se notaba tensa y sabia que era porque él le había tocado la mano.

Era atemorizante que pudiera hacerla sentirse así. Diego se fue con arrogancia y condescendencia y Kate quiso llamarlo para que volviera, pues aún no había acabado con él. Tenía más cosas que decirle, pero él se alejó, dejándola con vagos temores.

Regresó a la casa y vio que la sirvienta personal de Doña Elvira sacaba a la anciana al patio, en su silla de ruedas.

—Kathryn, ya estás despierta. Creí que tendría que esperar para verte. No duermo mucho y hace horas que estoy levantada. Me temo que perdí la paciencia y le pedí a Esther que me llevara en tu busca.

Los penetrantes ojos expresaban diversión y malicia y Kate tuvo que sonreír a su vez. Había algo en esa anciana que le recordaba a su madre. Kate pensaba que no se necesitaba dar a luz a un hijo para ser su madre y esa mujer adoptó a Lucía cuando ésta casi acababa de nacer. ¿Por qué no habría de recordarle a su madre?

¿Qué tenía de malo sentir que esa persona era también su abuela?

Kate reprimió el pensamiento, horrorizada por lo que implicaba. Considerar a doña Elvira como su abuela sería comprometerse a visitarla con frecuencia. Todo estaba muy bien, salvo que Diego estaría siempre allí, por no mencionar a Javier.

— ¿Pasa algo malo, Kathryn? —la anciana la miró con ansiedad y Kate recobró la compostura. Sin duda el horror de sus pensamientos se había reflejado en su cara.

—No, nada —resistió la tentación de decirle «abuela»—. No he dormido bien. Estoy un poco distraída.

—Entonces ven a mi habitación. Tomaremos una taza de chocolate caliente. Se supone que yo no debo hacerlo, pero es la costumbre de toda una vida. ¿Qué esperas? —se encogió de hombros y el gesto hizo que Kate pensara en Diego. Este empezaba a insinuarse constantemente en sus pensamientos, así que la chica se alegró cuando Esther le dejó empujar la silla de ruedas.

Kate pensó después, que los momentos pasados junto a doña Elvira eran los más felices desde hacía mucho tiempo. La anciana era muy vivaz e inteligente y tenía un gran sentido del humor, que mostraba en la

manera como se las ingeniaba para salirse todavía con la suya. Kate le contó todo acerca de su trabajo, le describió las mansiones e incluso bosquejó algunos de los trabajos que había realizado.

Doña Elvira se interesó mucho e hizo preguntas pertinentes.

—Pásame esas fotografías, Kathryn —pidió la señora, cuando Kate terminó de hablar—. Te enseñaré a tu madre cuando era niña y cuando era adolescente.

Fue consolador ver las fotografías que mostraban aspectos de su madre que Kate nunca había notado. Los ojos brillantes, la cabeza arrogante, la expresión de una española rica y despreocupada. Lucía había cambiado con el matrimonio y se había vuelto más dulce y cariñosa.

—No era así en Inglaterra —observó Kate sin dejar de mirar las imágenes de su madre.

—Siempre que estaba en casa era muy voluntariosa —se rió la anciana—. Nunca fue fácil de controlar, pero fue una alegría para mí. Mi marido murió cuando Lucía tenía doce años y sólo quedamos Gerardo, ella y yo. La consentimos, lo cual no fue prudente, como

descubrimos después.

Doña Elvira acercó otra foto y Kate contempló al padre de Diego. No parecía tan dominante como su hijo, aunque sí igual de guapo.

—Lucía lo adoraba —murmuró la abuela—. Esperaba casarse con él y cuando Liliana apareció en la vida de Gerardo, tu madre luchó como una tigresa. Hubo muchas escenas cuando se enteró de las intenciones de Gerardo. Liliana era muy amable y se negó a venir aquí y a verlo. Eso fue el colmo y yo misma tuve que ir a ver a Liliana y a darle explicaciones a su familia. Mientras estuve fuera, hubo un terrible enfrentamiento entre Lucía y mi hijo. Él se fue muy enfadado y, cuando ambos regresamos. Lucía ya no estaba en la casa. Logramos saber que se había marchado a Inglaterra y después nunca supimos más de ella. Perdimos su pista en la enorme capital. No supe nada más hasta cuando vino aquí. Después, me escribió, pero ya era demasiado tarde.

Kate quiso saber por qué permitió que Diego las echara de la casa. Nadie mencionaba el asunto y Kate no tuvo el valor de preguntarlo. La señora contempló las fotos y la joven sintió que cargaba con toda la culpa.

—No se preocupe le rogó—. Fue muy, muy feliz. Conoció a mi padre en Londres y se casaron tan pronto como él terminó su carrera de medicina. Supongo que se lo contó cuando vinimos. Sé que eso no la compensa por todos esos años en los que usted se preocupó, pero ahora ya sabe qué fue lo que pasó.

—Por lo menos quedas tú, Kathryn —sonrió y Kate no tuvo corazón para negarlo.

—Claro, abuela —asintió—. Trabajo en Londres, pero no queda lejos en avión. Debo volver pronto, pero regresaré a visitarla con frecuencia

—Me conformo con eso —aceptó doña Elvira—. Sé que tienes tu vida allí, pero si puedes considerar que el monasterio es tu hogar, tu verdadero hogar y que vendrás a menudo, entonces estaré contenta.

Eso pareció alegrarla, entonces sugirió que Kate la acompañara a la capilla y la chica asintió con gusto.

Mucho antes de que oscureciera, Diego regresó, pero no apareció. Kate vio a José, quien le informó que Diego estaba con su abuela. Eso la puso nerviosa, pues ahora, él se enteraría de que ella

había acordado regresar con frecuencia. Kate se sintió tan cerca de doña Elvira que por un momento olvidó el poder de su primo. No deseaba presenciar su sarcástica satisfacción por saber que había ganado. Al menos, eso le daba la oportunidad a Kate de marcharse casi de inmediato Doña Elvira podría entenderlo ahora.

Se alegró al entrar en el comedor esa noche y descubrir que Diego aún no había llegado. Javier estaba allí y se puso de pie al instante. De nuevo tenía esa peculiar expresión en el rostro y Kate se dio cuenta con claridad de que traería problemas.

—Todo el día, Kate —declaró Javier con humor exasperado—. Todo el día lejos de casa y tú te quedaste aquí, sin duda muy sola. Debí llevarte a la ciudad para pasear como dos turistas, pero en lugar de eso, tuve que ir a contar naranjas.

—No es cierto —intervino Diego, que entraba en ese momento —. El hecho de que hayas regresado a casa tan tarde me hace dudar que de verdad las hayas contado.

—La familia Dolce es muy hospitalaria —comentó Javier.

—Y tienes dos hijas preciosas —replicó Diego.

Liliana se sentó junto a Kate y sonrió a sus hijos.

—No os preocupéis por Kathryn. Charló mucho rato con su abuela esta mañana y luego estuvo conmigo. Paseamos por los jardines y comimos juntas. Ha sido un día muy agradable.

Le sonrió a Kate y le palmeó la mano, pero la chica estaba a la defensiva. Diego parecía muy satisfecho consigo mismo y se preguntó qué habría estado haciendo.

—Me alegra saber que no te has aburrido mucho, Kathryn —comentó Diego mientras cenaban. Su tono fue condescendiente y Kate se sonrojó—. Tu larga charla de hoy ha hecho muy feliz a la abuela. Ya he ido a verla y espera con impaciencia que llegue mañana. He tenido que convencerla de que se quedara en sus aposentos, pues hasta quería cenar con nosotros.

—Supongo que eso se debe a que no recibe muchas visitas —se apresuró a decir Kate y se preguntó por qué Diego no mencionaba el hecho de que ella había prometido regresar muchas veces a España.

—Pocas que realmente apruebe —asintió Diego.

Después de la cena, Kate tuvo que aclararlo todo. De nuevo se sentía agitada y jadeante. Diego podía hacer desaparecer esa

tensión, pero ahora se preguntaba si el causante de la misma sería él.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —preguntó Kate a Diego, mientras Liliana y Javier preparaban el café en el salón.

—Claro. Yo también quiero hablar contigo. Ven a mi estudio.

«¿Y ahora qué he hecho?», pensó Kate, irritada. ¿Acaso reconocía que todavía la asustaba ese hombre? Era obvio que ciertos sentimientos extraños la invadían y fue un indicio del poder de Diego en la casa, que ni Liliana ni Javier cuestionaran el hecho de que se marcharan, aunque Javier se molestó visiblemente.

Kate caminó junto a Diego por un pasillo largo y todavía no había conseguido controlarse cuando él la hizo entrar en una habitación muy iluminada. Nunca antes la había visto, ni se le habría ocurrido pensar siquiera en entrar en ella, cuando todavía era una «niña».

Las paredes estaban llenas de libros, algunos muy antiguos. Allí, cualquier coleccionista habría estado feliz. Los sillones eran de cuero rojo y un amplio escritorio dominaba el salón.

—Veo que lo aprecias todo con el ojo crítico de un experto.

La voz profunda de Diego la hizo recordar el motivo de su presencia en esa habitación.

—Me dedico a eso. Me temo que lo llevo en la sangre, tal vez algún día eso arruine todo lo que vea.

—No lo creo —afirmó y la observó—. No eres tan seca ni práctica. Bueno, ¿querías hablar conmigo?

—Sí. He hablado con doña Elvira, como ya sabes. Ella entiende que yo tengo mi vida en Inglaterra y que mi trabajo está allí. Le he prometido regresar a España con regularidad. Me imagino que eso satisfará tu deseo de ver que me he portado de acuerdo con mi deber. Mañana regresaré a Londres, te agradecería mucho que pudieras arreglar mi traslado al aeropuerto.

Kate quedó muy complacida con su discurso, el cual era muy razonable. Diego no lo creyó así y sus palabras fueron muy breves:

—Por desgracia, no puedo hacerlo. Te quedarás aquí.

Capitulo 5

DIEGO no estaba sonriendo, pero su gesto de arrogante satisfacción enfureció a Kate. El deseo de golpearlo la invadió como una marea caliente. La rabia y la frustración la hicieron palidecer. Diego la agarró de la barbilla y la contempló.

—Piénsalo bien antes de atacarme —la advirtió con suavidad—. Sería fácil someterte. Ya te dije anoche que no dudaría en castigarte y leo tus intenciones en tu mirada.

—Mañana me iré a casa —Kate se atragantó y trató de controlar su rabia, pero cada vez perdía más y más el aliento.

—Te quedarás. Pareces estar muy interesada en la gran sala. La tarea de amueblarla es tuya. Esta mañana he llamado a Merrol y Jones están encantados de tener el contrato y de que tú estés aquí. El señor Merrol llegará mañana para discutirlo todo con nosotros. Me quedaré en casa para dar mi opinión al respecto.

—¿Félix? ¿Félix va a venir aquí? —Kate sólo pudo pensar en eso y Diego lo notó con frialdad.

—Seguro que no estás sorprendida, ¿verdad? A mí no me asombró que él saltara de alegría ante la oportunidad de estar aquí contigo, aunque sólo fuera por un día.

—Entonces, sin duda te darás cuenta, mientras haces las veces de cupido —comentó Kate con acidez

que hará cualquier cosa por mí, todo lo que yo le pida, incluyendo llevarme a casa de inmediato.

—No lo creo dejó de sonreír—. Yo he aclarado que la única manera de darles el trabajo es que lo hagas tú y él ha estado de acuerdo. Al parecer, han deseado desde hace mucho tiempo realizar algo en España y les prometí que los ayudaría a tener una filial aquí. Creo que es un buen hombre de negocios y ni siquiera como

tu amante te permitirá rechazar el trabajo.

Eso fue la gota que derramó el vaso. Kate estaba harta de que le diera órdenes y de que insistiera en que Félix era su amante. Diego la quería en esa casa por el bien de la abuela y estaba decidido a mantenerla allí, igual que antes estuvo decidido a echarla. Era algo tan injusto que la rabia la sofocó. Kate alzó la mano, ventilando su furia al fin.

La rabia no servía de nada con Diego, quien le agarró el brazo y con la otra mano sujetó su rostro con firmeza.

—Así que al fin veo a la hija de Lucía. Un ira heredada que emerge cuando no te gusta una situación en particular. No me sorprende, pues desde que nos volvimos a ver, has deseado golpearme. ¿Quieres intentarlo? ¡Empieza!

Diego la sujetaba tan bien que Kate no podía hacer gran cosa. Tenía que confesar que estaba asustada. Siempre fue consciente de la agresividad de Diego y ahora estaba desatada.

—¡Suéltame! ¿Cómo te atreves? —trató de parecer escandalizada, pero su voz fue débil y temblorosa.

—Creo que el atrevimiento ha sido tuyo. No puedes comportarte como te venga en gana conmigo. Eso es un error.

Diego deslizó una mano por la nuca de Kate, y la acercó a él con fuerza. Eso le llenó los ojos de lágrimas a la chica, pero Diego ni lo notó. Su boca dura y sensual besó la de Kate cortándole la respiración, mientras que con el otro brazo la presionaba contra su cuerpo.

Hubo un fiero reconocimiento entre los dos, casi un deseo de castigarse mutuamente. Era un antagonismo que surgió en Inglaterra y que no había disminuido. Kate resintió que la besara a la fuerza. Nunca la habían besado así antes y sintió que se debilitaba cada vez más.

A pesar de ello, una extraña relajación empezó a invadirla y Kate gimió algo con ansiedad sobre los duros labios que ahondaron el beso. El sonido provocó la liberación inmediata, pero Diego no le quitó cl brazo de encima. Por un segundo, Kate sólo pudo mirarlo a los ojos, luego, lo empujó con menos fuerza de la que le hubiera gustado.

—Suéltame jadeó—. No tienes derecho…

—Los derechos a veces se pierden al calor del momento —

murmuró él, sin quitarle la vista de encima y contempló sus labios que estaban hinchados y temblorosos—. Quizá Lucía también necesitaba un trato similar.

—Ella era muy dulce —señaló Kate, pero Diego parecía escéptico.

—Quizá… después de casarse. Es obvio que la rabia estaba en sus genes.

—Y en los tuyos —replicó Kate. De nuevo se sintió escandalizada cuando la extraña relajación fue sustituida por la ira.

—Tú me has atacado, si recuerdas —la miró con sarcasmo—. No me gusta que me peguen, así que sólo tenía dos alternativas: besarte o darte una bofetada. Tal vez la próxima vez me hagas saber tu elección.

—No habrá una próxima vez —declaró Kate, ruborizada—. Me marcho a casa y no hay nada que puedas hacer para impedirlo.

—La abuela está feliz de que estés aquí y tu deber es quedarte. Es una lástima que tengas que ganarte la vida y trabajar, pero por ahora puedes hacerlo aquí.

—¿A qué te refieres… con tener que ganarme la vida? —replicó Kate, encarándolo—. ¿Qué me estás proponiendo? ¿Que abandone mi carrera y consuele a la abuela?

—Sería tan honorable como una profesión —señaló él—. Has demostrado ser la hija de Lucía y ese tipo de fogosidad trajo perturbación y desastres, pero ahora yo estoy aquí y puedo controlarte. Tu presencia será una alegría para la abuela que le durará el resto de su vida. Ella se merece la alegría y tú puedes dársela.

—Hasta hace dos semanas, la abuela y este lugar eran sólo un vago recuerdo —se frustró Kate—. Tengo una vida establecida y la disfruto mucho. Vivo en una ciudad emocionante y mi trabajo también lo es. No quiero ni pensar siquiera en quedarme aquí —se apartó y tuvo que reconocer que aún se encontraba muy alterada por estar cerca de Diego—. Me entristece la abuela —confesó—. Hoy ha sido maravillosa conmigo.

—Ella no sabe nada de esto. Yo controlo el monasterio desde hace años y es mi responsabilidad, incluyendo la felicidad de quienes lo habitan. He decidido que se restaure la sala grande y he elegido la compañía. La abuela estará encantada al saber que se

trata de ti. Pasa usar una expresión inglesa, he matado dos pájaros de un tiro.

—Hace tiempo estuviste muy contento de deshacerte de mí.

—Eras una chiquilla y un problema que no necesitar Ahora eres una mujer y eres responsable de ti misma.

—¿Y qué pasa con mi felicidad? No has pensado en mis deseos ni en mi comodidad —repuso Kate con amargura.

—Me ocuparé de que estés cómoda. Este lugar es muy lujoso, ¿no lo has notado? —endureció la mirada—. En cuanto a la felicidad, ésta se obtiene con pensar en los demás y cumplir nuestros deberes. La abuela tiene menos tiempo para ser feliz que cualquiera de nosotros.

Por un segundo, se miraron como dos enemigos al acecho y Kate apretó los labios.

—Me quedaré y restauraré la sala grande sólo porque crees que soy incapaz de hacerlo. Pero tendrás problemas si algo me molesta y olvídate de tratar de apaciguarme o te arrepentirás.

—¿Eso crees? —sonrió—. Puedo manejarte.

—Ni siquiera te hablaré si no es necesario.

—0 hasta que de nuevo tengas la necesidad de abalanzarte contra mí sacando las uñas —se rió—. Como estás de acuerdo, iré a decírselo a la abuela. Dormirá con más tranquilidad. ¿Quieres acompañarme?

—¡No! —rugió Kate. Estaba demasiado acongojada como para enfrentarse a otras personas. Ya en su dormitorio se sintió a salvo hasta que recordó los brazos de Diego y la forma en que podían hacer desaparecer su tensión e ira. También tendría que evitar a Javier, quien parecía demasiado interesado en ella. No sabía cómo podría trabajar en ese ambiente, pero debía hacerlo; le demostraría a Diego Álvarez que no podía someterla. En cuanto a Javier, podía arreglárselas con él. Había lidiado con muchos lobos antes y un lobo español no era peor que cualquier otro.

Kate bajó a desayunar a la mañana siguiente y descubrió que Diego ya había propagado la noticia, para

que ella no pudiera retractarse. Al parecer, ese día todos estaban en casa y el desayuno fue servido en un comedor más acogedor que

el de costumbre.

—¿Así que te vas a quedar, Kate? Te conoceré de nuevo: saldremos juntos —Javier estaba muy satisfecho consigo mismo y Kate tuvo el deseo de ponerlo en su lugar en ese instante. Pero notó la expresión de enfado de Diego y eso le dio la oportunidad de vengarse de él y molestarlo.

—Me encantaría salir y visitar un poco más este país —murmuró —. Cuando no esté muy ocupada, saldré contigo.

Kate miró a Diego y tuvo que reprimir la risa al verlo molesto e irritado.

—Pero no ahora —señaló Diego con frialdad—. Hoy esperaremos al… amigo de Kathryn.

Por una vez, eso no la contrarió. Si él se imaginaba que alentaría a Javier aun estando Félix presente, pues que lo pensara. Kate no entristecería ni a la abuela ni a Liliana, pero nada evitaría que molestara a Diego y nada la satisfaría más que eso. Si Diego pensaba que podía irrumpir en su vida, darle órdenes y mantenerla en esa casa, descubriría que se había metido en problemas. Y esta vez, no habría escenas como las de Lucía, sino que en esta ocasión, Kate se lo haría descubrir poco a poco y de la manera difícil. Tendría mucho tiempo para hacerlo, pues sabía que Félix nunca rechazaría el contrato.

—Será mejor que vaya a ver a doña Elvira antes de que se haga más tarde —murmuró Kate y Diego asintió y se puso de pie.

—No juegues conmigo —la agarró del brazo en el vestíbulo—. Dejarás en paz a Javier, porque esta vez no tengo intenciones de despacharte rápido. Si coqueteas con mi hermano, habrá problemas. Tampoco trates de convencer a la abuela en contra de lo que convinimos ayer. Todo está arreglado; tu amigo alquilará un coche en el aeropuerto y llegará antes de que oscurezca. Lo he invitado a pasar aquí la noche.

—Eres muy amable —Kate fue sarcástica y se soltó—. Félix quedará muy impresionado.

—No es necesario tanto. Sólo deseo que confirme que te quedarás para hacer el trabajo.

—Lo hará. Hará todo lo que yo le pida y, como he decidido quedarme, tampoco trataré de convencer a la abuela de que me deje irme.

—Qué alivio —murmuró él y frunció el ceño—. El resultado final será mejor si lo haces sin resentimientos.

—Te aseguro que todo mi resentimiento es para ti y será siempre muy constante. Sin embargo, tengo una buena formación y soy muy profesional. Te sorprenderé.

—Ya lo has hecho —comentó él. Su furia desapareció y le sonrió muy divertido. Kate se alejó antes de que él pudiera notar su rubor.

La evocación de la noche anterior estaba escrita con claridad en el rostro de Diego, pero era algo que no volvería a suceder; no estaba segura de cómo había pasado y no quería pensar en ello. Una cosa era cierta: Diego no había experimentado la extraña sensación de paz que la invadió a ella, a pesar de la dureza del beso. Era algo que él desconocía y Kate ni siquiera quería conocerlo por sí misma.

Félix llegó al atardecer y Kate se alegró mucho de verlo. Javier había ido a la ciudad vecina y la invitó a acompañarlo, pero para Kate era más importante su proyecto para la sala grande. También estaba más interesada en estar presente cuando Félix llegara que en molestar a Diego, pues no sería conveniente que éste hablara en privado con Félix Merrol, quien quizá descubriría cosas que Kate prefería que ignorara.

Cuando Félix aparcó en el patio, Kate salió a recibirlo. Lo saludó con mucha efusividad para alegría de Félix. Era maravilloso verlo, pero si Diego estaba cerca, Kate quería que confirmara sus suposiciones sobre su relación con Félix. Necesitaba todas las ventajas que pudiera tener contra su «primo».

—Ha sido un viaje largo, Kate —susurró Félix y le pasó un brazo por los hombros mientras caminaban hacia la puerta—. Pero ha merecido la pena. ¡Qué lugar! —observó la construcción, pero Kate se dio cuenta de que él no sentía nada similar a lo que ella sintió al ver el monasterio. Para Félix, sólo era una casa muy vieja que necesitaba cuidados y su compañía tenía el contrato. Era fantástico que Kate realizara el trabajo, pero la actitud de Félix era meramente profesional.

Diego salió y los miró con intensidad: Kate, ruborizada y sonriente, Félix, alto y rubio, muy guapo al estilo anglosajón. Al mirarlo, Kate supo que Diego se controlaba mediante un gran esfuerzo. Quizá él se preguntaba si no habría cambiado de opinión y decidido irse con Félix.

—¡Señor Merrol! Veo que ya han venido a recibirlo. Permítame ofrecerle algo de beber, luego podrá ver la gran sala y decirme sus ideas.

—Las ideas serán de Kate comentó Félix después, cuando estaban sentados—. Sólo estoy aquí para asegurarme de que no se propase con los gastos… a veces se entusiasma demasiado, ¿verdad, cariño? —añadió con una sonrisa que podía significar cualquier cosa. Lo mejor fue que añadió—: Claro, no podía rechazar la ofldrtunidad de estar con ella unas cuantas horas —le cogió una mano y la chica se preguntó si hacía lo correcto. Nunca podría estar tranquila con él en Londres otra vez.

Sin embargo, Diego no estaba divertido y la joven sintió regocijo al verlo enfadado y tenso. Estaba claro que la culpaba a ella, pero a Kate no le importó. Félix había aclarado quién tenía la palabra final en todo el asunto y Kate supuso que eso tampoco le agradó mucho a Diego.

—Tal vez le gustaría ver la sala antes de que oscurezca del todo —sugirió Diego—. Supongo que se necesita luz del sol para estudiarla bien.

—Claro, es mejor, aunque me imagino que Kate ya lo habrá pensado. Es rápida en tomar decisiones —Félix sonrió—. Supongo que ya se ha dado cuenta de eso.

—Sí, lo he notado.

Diego se puso de pie y Félix le hizo una mueca a Kate.

—Tienes un primo muy difícil —susurró y Kate no pudo corregirlo sobre la naturaleza de su relación, pues Diego los esperaba en el umbral con una impaciencia apenas disimulada.

No los acompañó, sino que los dejó solos y Félix y Kate lo olvidaron mientras evaluaban la habitación y empezaban a discutir como de costumbre.

—Bueno, estoy de acuerdo —Félix hizo una meca—. ¿Por qué me tomo la molestia de revisar los detalles contigo? No lo sé. Nunca cedes ni un ápice.

—¿Te desilusiono? —Kate lo vio sonreír.

—No, Kate. Nunca me desilusionas —la miró por un momento y le tocó la mejilla—. ¿Qué pasa, Kate? ¿No eres feliz aquí?

—¿Por qué lo dices?

—Porque te conozco. Quizá te conozco mejor que nadie. Por lo

tanto, sé que eres infeliz en este lugar.

—Sí, no estoy contenta. No es nada nuevo —empezó a caminar por el salón y Félix le pasó un brazo por los hombros.

—Sólo tienes que pedírmelo para que yo rechace el contrato.

Eso la hizo inmovilizarse y mirarlo fijamente.

—¿Lo harías, Félix?

—¿Por ti? ¿Acaso lo dudas? —pareció preocupado y ella sonrió. En ese momento, sintió un gran afecto por él, se alzó de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

—Esto es un reto, Félix y quiero hacerlo. Lo decidí anoche. Tengo una deuda que pagar y tengo que nivelar un marcador. Quizá te lo cuente algún día.

—Siempre que sepas lo que haces y seas feliz… —y la abrazó.

Fue en ese momento cuando vio a Diego. Había entrado en silencio, como de costumbre y Kate se preguntó cuánto tiempo haría que estaba allí. Esperó que sólo los hubiera visto abrazados.

—¿Han llegado a un acuerdo? —preguntó Diego. Ambos se volvieron y lo vieron apoyado contra la mesa.

—En realidad, Kate lo ha decidido todo —comentó Félix, de buen humor—. Quizá desee saber lo que ella ha planeado.

—No. Estaré de acuerdo con todo lo que decida Kathryn —eso sorprendió a Félix e hizo que Kate observara a Diego con suspicacia.

—Bueno, eso sí que es un voto de confianza —le murmuró Félix a Kate y añadió en voz alta a Diego, quien se acercaba—: Tendremos que buscar trabajadores. Tenemos un equipo en Inglaterra, pero como está muy lejos tal vez usted quiera contratarlos aquí. Kate n& s pintora ni restauradora.

—Lo sé. Me haré cargo de todo lo que necesite. No hay un problema de lenguaje. Ella habla el español muy bien.

—Sí, ya sé cómo se las ingenia para obtener lo que quiere —murmuró Félix y la miró. Kate no supo en ese momento quién de los dos la fastidiaba más.

Al salir de la sala, la joven se preguntó cómo pasaría el resto de la tarde y decidió pasarla con Félix, pues sería el único rostro amistoso que vería en mucho tiempo.

Félix se quedó en el vestíbulo para admirarlo y Kate aprovechó la oportunidad para hablar con Diego.

—Félix es un experto en capillas antiguas —comentó—. Es su

mayor interés. ¿Puedo enseñarle la de aquí?

Diego la observó con detenimiento y sonrió. Eso era preocupante.

—¿Necesitas pedirlo? Puedes hacer lo que quieras. Vives aquí.

Kate sintió fastidio y agitación. No estaba segura de si debía ignorar o no ese tono de voz.

—Sí, pero es un inconveniente temporal —replicó.

—Vamos a bajar la voz y mantener nuestras discusiones en privado —murmuró, divertido—. Le he oído decir que te conoce mejor que nadie. ¿Es cierto?

—No me sorprende que escuches conversaciones que no te incumben —se ruborizó y desvió la mirada.

—Es necesario contigo. Es la única forma en que puedo descubrir algo. Por ejemplo, ahora sé que no eres feliz y que a pesar de iniciar trabajos en España, él rechazaría el contrato por ti.

—Soy importante para la compañía —le recordó Kate.

—Creo que no sólo para la compañía —comentó él con sarcasmo.

—Bueno, ya lo sabías, ¿no?, gracias a tu intromisión en mis asuntos privados.

—Eres una mujer dominante y con un buen puesto —observó y alzó las cejas—. Eso también lo he descubierto. No eras así cuando tenías diecisiete años.

—¿Cómo podía ser algo en absoluto, contigo alrededor? —murmuró Kate con rabia—. Es la supervivencia del más apto. En cuanto a mi adolescencia, estaba asustada por ti.

—¿Sólo eso? —la miró con burla—. Por lo menos, no haces escenas en público —concedió en voz muy baja—. Eres distinta a Lucía en ese aspecto. Supongo que debería estar contento por ello.

—Es muy fácil odiarte —masculló Kate con amargura.

—¿De verdad? —le acarició la sonrojada mejilla y luego los labios entreabiertos—. Ve con tu inglés a la capilla. Yo aún estaré aquí cuando se haya ido. Podrás odiarme entonces, tendrás todo el tiempo del mundo.

Kate no sabía si era una amenaza o una promesa y casi corrió hacia Félix, quien no sospechaba nada. Al notar que le hormigueaban los labios, se sintió inquieta.

La cena prometía ser muy tensa. Javier estaba de regreso y miró

con irritación a Félix y Kate se percató de que eso no había escapado a la atención de Diego. Javier parecía celoso y la chica se empezó a preguntar en que lío se había metido. Por su parte, Félix estaba muy divertido, pues era muy astuto y perspicaz.

—Son parientes muy poco parecidos —comentó Félix al observar a Diego y a Javier y luego el pelo rojizo de Kate—. ¿Qué pensaron de tu aspecto tan poco español?

Es una rareza, pero aceptada con gran alegría. Su abuela está encantada con ella y nosotros estamos muy contentos de tenerla al fin en casa —señaló Diego. Ate se puso más nerviosa y se acercó un poco a Félix.

—Es cierto —Javier se acercó y Ate se sintió acorralada. Empezó a preguntarse si no habría llevado la situación un poco lejos. Sus planes ya no estaban tan claros y cada vez que alguien mencionaba la palabra «hogar» se estremecía.

Un ruido cerca de la puerta los hizo volverse a todos, quienes se asombraron al ver a Esther que empujaba la silla de ruedas con doña Elvira, muy erguida.

La inesperada llegada los silenció a todos y la expresión de Esther indicaba que no había sido idea suya y que no saldría nada bueno de ello. Doña Elvira llevaba puesto un vestido marrón, y una fina gargantilla. Ate sintió mucho placer al verla; era su abuela, eso sentía.

Liliana se apresuró a acercarse, pero parecía que la anciana tenía ganas de divertirse.

—No te alarmes, Liliana —afirmó con voz fuerte—. He enviado un mensaje a la cocina. Tenemos un invitado y pensé que era mejor cenar con vosotros. Eso añadirá un poco de emoción a mi vida. Me sentaré junto a mi nieta —concluyó, muy contenta y Ate se acercó con una sonrisa.

—¿Deberías estar aquí, abuela? —inquirió con suavidad y la señora sonrió como una niña traviesa.

—Supongo que no, pero nadie se atreve a contradecirme. Soy demasiado vieja para que me regañen. Eso me da muchos privilegios —le sonrió a Ate y ambas se rieron—. Ocúpate de mi silla para que Esther pueda irse —susurró—; frunce el ceño siempre que no estoy en la cama. Luego me puedes presentar a tu atractivo amigo inglés.

Ate intercambió una mirada sonriente con Liliana y cogió la silla de ruedas, luego se percató de que Diego la observaba con una mirada de triunfo. Eso le hizo comprender todo a Ate: se había salido de nuevo con la suya. La abuela tenía a su nieta y merecía la pena arriesgarse incluso a que la chica estropeara la gran sala.

Capitulo 6

PARA sorpresa de Kate, Diego invitó a Félix a quedarse hasta que se encontrara a los trabajadores y se encargaran los materiales. Eso le convino a la chica, pues no solía ocuparse de esos detalles en Inglaterra, ya que la compañía tenía sus propios obreros y bajo la dirección de Diego y con el español de Ate, lo lograron. Cuando Félix se marchó, Ate empezó a trabajar en la sala. Diego estaría fuera por varios días y en ese tiempo, la chica quería adelantar lo más posible. Claro, todo dependía de la velocidad y eficiencia de los hombres y de que los materiales llegaran a tiempo.

Y así fue. Por la tarde, un camión llegó al monasterio y Ate pronto empezó a hablar con la gente que se llevaría los muebles antiguos para restaurarlos. Como ella, los restauradores fueron muy entusiastas con respecto a la tarea.

Después, empezaron a llegar las cosas que Ate había pedido. Se mantuvo muy ocupada hasta la hora de la cena, le habían servido la comida en la sala e incluso comió de pie. Estaba demasiado concentrada como para tomarse tiempo libre.

Sólo la aparición de Liliana la hizo disminuir el ritmo.

—Enfermarás si sigues así todos los días, Kathryn —se angustió y Ate se detuvo para sonreírle.

—No, en serio. Cuando trabajo, como cualquier cosa y hasta ahora he sobrevivido.

Ese día se sentía contenta, pues como Diego no estaba. tenía unos cuantos días de tregua.

—Parece triste sin los muebles —opinó Liliana—, pero siempre es un salón intimidante. Al parecer, fue muy hermoso una vez, pero no en mis tiempos —se quedó pensativa—. ¿Sabes?, creo que en el desván hay muebles que estuvieron antes aquí. Sólo he ido allí una

vez y fue hace muchos años, pero recuerdo que eran muy antiguos.

—Y quizá invalorables —señaló Kate con emoción—. ¿Podemos echar un vistazo?

El desván ocupaba toda la última planta del monasterio y Kate se quedó pasmada al ver los tesoros que había guardados allí y sin ningún cuidado. Sabía que tendría que llamar de nuevo a los restauradores de muebles. Ya tenía una idea muy clara en la mente.

—Es tan emocionante —confesó al regresar al vestíbulo—. Piensa en el tesoro que hay arriba —siguiendo un impulso, abrazó a Liliana. La madre de Diego sonrió y cogió a Kate del brazo.

—¿Quién habría imaginado que un día la hija de Lucía me abrazaría? —susurró con suavidad—. Es maravilloso tenerte aquí, Kathryn.

Eso dejó a Kate pensativa. Con qué facilidad las dos mujeres que vivían allí la aceptaban. Empezaba a sentirse como en un hogar; pensó en Diego, pero reprimió el pensamiento con firmeza.

Dos dias después, el trabajo estaba en todo su apogeo. A los trabajadores los impresionó el talento y la experiencia de Kate. Empezaron a colocar los andamios y desde el primer día, se dedicaron a trabajar con ahínco, con el mismo entusiasmo que invadía a Kate y que contagiaba a todo aquél que se le acercara. No pasó mucho tiempo antes de que la chica se integrara a ellos y, como hablaba bien el español, la conversación fue fácil. Charlaban sin cesar, pero trabajaban también sin descanso. Kate estaba contenta con los progresos.

Liliana entró un día en que Ate trabajaba mientras los hombres descansaban y comían.

—Debes descansar —insistió con firmeza—. Comerás conmigo y adoptarás la costumbre de hacerlo siempre al mediodía.

Kate no se detenía una vez que empezaba a trabajar, pero Liliana logró convencerla de que se tomara el mismo descanso que los hombres. Se creó una nueva rutina. Ate comía con la madre de Diego y luego se quedaban en el jardín hasta que los obreros regresaban a la sala. Tuvo que reconocer que era una costumbre refrescante y sabía que Liliana la disfrutaba.

Javier iba todas las noches a cenar y siempre se reían. Ate

lograba mantenerlo a raya y sabía que Liliana le daba su aprobación. No sería así cuando Diego regresara y Ate esperaba su regreso con algo más que ansiedad. El ambiente era menos alegre cuando él estaba ausente y ella se ruborizaba cuando admitía para sí que, a pesar de sus diferencias, lo echaba de menos.

De alguna manera, la abuela también encajó en la rutina. La anciana iba todos los días a inspeccionar los progresos y estaba mucho más alerta que el primer día, cuando Kate la vio. Esther también lo había notado y le sonreía a Kate con aprobación. Cada noche, antes de la cena, Kate iba a los aposentos de la abuela y le contaba todo lo que se le ocurría. Parecía que eso estaba bien para todos, pero la chica no sabía si lo estaba también para ella.

Había adquirido una familia que no quiso y ahora empezaba a tenerla cariño. Sabía que, en lo que se refería a esas personas, podría quedarse allí para siempre; sin embargo, eso no era lo que ella deseaba y se lo repetía con firmeza.

Los frescos del techo de la sala estaban siendo restaurados. El hombre que lo hacía era casi un artista. Kate delegaba en él muchas de las obligaciones y veía cómo, día a día, los frescos adquirían sus brillantes coches de antaño.

—¡Señorita Hart! —la llamó un día—. Creo que este color no me complace. Parecía ser el tono exacto, pero ahora que lo veo junto a los otros matices, no me parece que esté bien.

—¿El azul? —Kate miró hacia arriba y le gritó. Desde allí era imposible ver algo. Las partes terminadas del fresco contrastaban demasiado con las que no estaban restauradas.

—Me gustaría que me diera su opinión, señorita. Estoy demasiado apegado a todo esto. Se necesita una opinión joven. ¿Podría venir?

Era un buen pretexto para subir y mirar de cerca. Hacía días que Kate quería hacerlo y como la altura nunca le había dado miedo, de inmediato subió por la escalera y luego al andamio, para acercarse al restaurador y mirar detenidamente el nuevo color. No se podían permitir el lujo de cometer un error. Horas de minucioso trabajo se echarían a perder si el tono no era el adecuado.

—Estoy de acuerdo, es demasiado oscuro. Tendremos que mezclarlo, de otra manera nunca logrará obtener el matiz correcto.

—Puedo mezclarlo y probar —permanecieron en el andamiaje

para tener una vista panorámica y Kate se sintió un poco como Miguel Ángel.

—Lo ha hecho muy, muy bien —se emocionó y se olvidó de que estaba casi tumbada, admirando el trabajo—. Se lo encargo todo, usted es el experto.

—Gracias, señorita Hart. No la decepcionaré —le aseguró, muy complacido—. Empezaré con la pintura que ya tengo y luego, usted tendrá que conseguirme más.

Kate asintió y retrocedió para bajar por la escalera, satisfecha de que el restaurador fuera tan eficaz y de tener en él a otro poderoso aliado. La satisfacción, el placer y la tranquilidad la abandonaron de pronto cuando unas fuertes manos la agarraron de la cintura y la apartaron de la escalera cuando ya estaba cerca del suelo.

—¡Ay! —sólo pudo emitir esa exclamación de susto mientras era colocada en el suelo y luego conducida fuera de la sala con tanta rapidez que sus pies apenas si tocaban el suelo—. ¡Estás de regreso! jadeó al ver con asombro el furioso rostro de Diego.

Él no contestó nada. Sólo la llevó a su estudio antes de que ella pudiera saber qué estaba pasando. Cerró la puerta y la miró con ojos relampagueantes.

—Sí, lo estoy. De regreso a tiempo para verte yacer de espaldas a diez metros de altura. De regreso a tiempo para verte bajar por una escalera con riesgo de una caída mortal. En el futuro, tienes prohibido subir por escaleras y andamios.

—No recibo órdenes —replicó Kate—. Las sugerencias me gustan más.

—Si te hubieras caído, eso habría matado a la abuela —estaba furioso.

—Muchas gracias —abrió mucho los ojos—. No habría sido muy bueno para mí tampoco —se soltó de su mano y se apoyó contra la puerta para separarse de él un poco—. Para tu información, no tengo la costumbre de retroceder para admirar un trabajo cuando estoy a diez metros de altura. En cuanto a la abuela, no se lo digas. Dormirá mejor si no se lo comentas.

—¿Y cómo se supone que voy a dormir yo cuando sé que en el momento en que le dé la espalda, harás un acto de circo sin la ayuda de una red? —estaba muy molesto.

—Mira, no he subido para nada desde que te fuiste —dijo ella

con más suavidad—. Lo que pasó fue que un color estaba mal y el restaurador me pidió que fuera a mirarlo, después de todo, es mi responsabilidad. Con un poco de suerte, no tendré que volver a subir.

—Asegúrate de que sea así —ordenó Diego. No se calmó en absoluto, Kate se irritó mucho y abandonó toda suavidad.

—Te diré lo que haremos —sugirió con altivez—. Deja de portarte como un hermano mayor dominante. Considérame un obrero más —se dispuso a irse pero él la agarró del hombre, muy molesto.

—No eres un obrero —replicó—, aunque estés vestida como tal —la recorrió con la mirada, desde los vaqueros, hasta la blusa blanca que tenía afuera del cinturón—. Si fueras un obrero no importaría que tuvieras los botones de la blusa desabrochados, pero como eres una mujer, sí importa.

Kate se ruborizó al seguir su mirada. No sólo el botón superior estaba desabrochado. De alguna manera, cuando Diego la llevó por la fuerza al estudio, su blusa se desabrochó casi hasta la cintura. El valle secreto entre sus senos era visible por completo y se podían ver las suaves curvas interiores de sus senos.

—Yo estaba decente hasta que empezaste a tirar de mí —murmuró Kate, quien se volvió y trató de abrocharse la blusa con dedos de pronto muy torpes.

Estaba a punto de llorar, Diego la destruía en cuestión de minutos. Casi todo lo que decía o hacía parecía tensarla, ¡y pensar que por un momento se había alegrado de verlo! Se sentía tan tímida y vulnerable frente a Diego como cuando tenía diecisiete años. Él aún podía herir sus sentimientos.

—Perdóname, Kathryn.

El tono de su voz la dejó atónita y la chica se inmovilizó, mantuvo la cabeza apartada y su pelo rojizo casi le ocultaba la cara. Diego le puso una mano en el hombro, muy despacio.

—Parece que contigo no sé cómo comportarme. Ni siquiera soy civilizado.

Kate respiró hondo, azorada por su disculpa y confesión.

—Es probable que te haga sacar lo peor de ti —murmuró ella con voz temblorosa—. Yo… no soy una persona fácil. Tiendo a obsesionarme con lo que hago.

—Pero de cualquier forma has hecho muy felices a la abuela y a mi madre —se apartó, dándole espacio—. La abuela parece haber adquirido un nuevo entusiasmo por la vida. Creo que lo único que empaña su alegría es el hecho de que terminarás tu trabajo y regresarás a tu vida en Inglaterra.

—Vendré… de visita.

Se volvió a mirarlo. Su blusa ya estaba bien abrochada, pero ella no se sentía nada segura. En su interior, había un vacío extraño, atemorizante, algo que nunca había existido… ni siquiera cuando sus padres murieron.

—Durante años, la abuela se entristeció por Lucía —la miró con intensidad—. Ahora tú estás aquí, pero por muy poco tiempo y dudo que así puedas compensar los años perdidos. ¿Qué hará ella? ¿Pasarse la vida esperando que la visites? No basta, pero tampoco puedo hacer nada al respecto.

Los ojos de Kate se llenaron de lágrimas y la chica se las enjugó. Nunca antes cuestionó los motivos de su madre y sintió mucho resentimiento hacia esa familia. No obstante, ellos todo el tiempo la esperaron para perdonarla. Todos quizá, salvo Diego.

—No quería que lloraras —le aseguró en voz baja.

—No importa —murmuró Kate con dolor—. No nos entendemos. No podemos aceptarnos el uno al otro. Es un choque de caracteres.

Alzó la vista y Diego la observó.

—Presiento que tú te quedarías si yo no estuviera aquí —señaló él.

—¡No! No, yo… tengo un empleo en Londres, un apartamento, mis amigos.

—No entiendo cómo puedes vivir en un pequeño apartamento, cuando piensas en gran escala —empezó a caminar de un lado a otro.

—No sé qué es lo que piensa de Inglaterra, señor —declaró—, pero no todas vivimos con un hombre. No es obligación.

—Te pido que me perdones por mis creencias erróneas y te ruego que no me llames con ese desagradable

título —se rió un poco y sus ojos sonrieron.

—Es autodefensa —confesó Kate y se sonrojó.

—Tal vez por eso yo reacciono con tanta violencia contigo —sugirió él—. Estamos a la defensiva el uno con el otro.

—Es antipatía mutua —murmuró Kate.

—No he considerado qué otra cosa puede ser —musitó Diego.

Kate se puso roja como la grana y apretó las manos al ser invadida por oleadas de sentimiento. La intensidad de Diego la asustaba y excitaba al mismo tiempo. Por un segundo, se miraron a los ojos. Era tan distinto a ella, tan moreno, tan intenso y no pudo liberarse de su mirada, hasta que él bajó la vista.

—Te llaman —susurró. Kate lo miró y le temblaron las piernas. Fue entonces cuando oyó que uno de los hombres la buscaba y se alejó con rapidez.

Caminó por el pasillo y respiró hondo para calmarse, entonces el restaurador le informó con una sonrisa:

—Señorita Hart, ya tengo el tono adecuado. Venga a verlo.

—No, gracias —jadeó la chica—. Le creo. Le encargo todo. No volveré a subir tan alto.

Ni caería en la misma trampa. ¿Qué tramaba Diego ahora? Siempre sintió desaprobación por ella, pero ahora parecía querer que Kate lo viera y sus ojos oscuros nunca dejaban de observarla. La chica fue a su habitación para darse un baño y meditar, aunque no

era necesaria mucha concentración y menos aún inteligencia. Ahora ella era aceptada porque la abuela estaba contenta.

Kate no tuvo más remedio que enfrentarse a Diego en la cena y se angustió tan pronto como lo vio porque sus ojos se encontraron de inmediato. Fue un alivio que la abuela fuera a cenar también y en esa ocasión Javier se acercó a ella.

—¿Es esto prudente, abuela? —preguntó con una sonrisa.

—Quizá no —sonrió a su vez—, pero la vida ha vuelto al monasterio. Ahora tengo algo que esperar de cada día debo inspeccionar la gran sala y está mi nieta.

—Cuando regreses a casa estaremos desolados —comentó Javier, teatral y le sonrió a Kate.

—Pasará mucho tiempo antes de que se vaya —doña Elvira le indicó a Javier que la acercara a la mesa—. La gran sala llevará algo de tiempo. Después, quizá quiera remodelar la capilla. Puede mejorar mucho.

Kate miró a Diego, pero éste negó con la cabeza y la miró con frialdad al notar que ella sospechaba que de nuevo tramaba algo en su contra. Sin embargo, hubo algo más profundo en sus ojos.

—Cuando Kate se marche, la echaré mucho de menos —comentó Liliana—. Quizá me marche con ella.

—Parece que Kathryn es insustituible —sonrió Diego, observándola—. Pero se está agotando mucho al trabajar demasiado.

Kate miró a Liliana, que se encogió de hombros.

Créeme, Kathryn, no se lo dije así. Sólo le mencioné a Diego que trabajabas mucho.

—Siempre lo hago… —se defendió Kate.

—Entonces te tomarás un descanso —la interrumpió

Diego—. Mañana me iré a la costa y te llevaré conmigo. —Yo… tengo a muchos trabajadores aquí —protestó

Kate, atónita.

—Les darás instrucciones y te tomarás el día libre…

—Kate podría ir conmigo —intervino Javier, que miró a su hermano con enfado. Pero Diego ni se inmutó.

—Necesita reposo. Contigo, sólo iría de club nocturno en nocturno. Además, la he visto contemplar el mar con añoranza. No olvides que en Inglaterra, el mar está a su alrededor —se dirigió de nuevo hacia Kate—. ¿Y bien?

—Yo… ¿qué se supone que debo decir? —se puso nerviosa al recordar que ansió mucho salir con Diego antes.

—Debes decir «muchas gracias» y aceptar con agrado —declaró Diego con una sonrisa.

Al parecer, todo eso divertía mucho a la abuela. Liliana también se esforzaba por contener la risa, pero Javier estaba muy disgustado; sin embargo, Diego los ignoró a todos y siguió mirando con fijeza y burla a Kate.

—Gracias —contestó la chica con rebeldía—. De veras trataré de estarte agradecida.

Kate se encontró con la inteligencia mirada de la abuela y quiso esconderse bajo la mesa. ¿Cómo se las ingeniaba Diego para ponerla en esas situaciones? No quería que la llevara al mar como si fuera una niña. Él no tenía la menor idea de cómo tratarla.

A pesar de todo, partió con Diego por la mañana temprano después de contestar a las preocupadas pre

guntas de los trabajadores, quienes ya dependían de su buen juicio para todo. Diego la esperó con paciencia y por una vez sin

sarcasmo.

—Espero que no lamentes esto —comentó la chica, tensa, cuando se marcharon.

—¿Lamentarlo? ¿Tienes la intención de causarme problemas?

—Me refería a los obreros —frunció el ceño—. Supón que pase algo malo.

—¿Qué puede pasar? Si algo sale mal, lo corregirán y yo lo pagaré. Te preocupas innecesariamente.

—No es cierto —replicó Kate—. El dinero no será de ayuda si se estropea algo invalorable.

—Eres demasiado perfeccionista —murmuró él—. Olvídate de las construcciones y concéntrate en la gente, para variar.

— Prefiero las construcciones — hablan.

—Si nos vamos a pelear todo el día, no ganarás nada con este paseo —murmuró Diego—. Será mejor quc estemos de acuerdo en hablarnos lo menos posible

—No sé por qué te has molestado en traerme —in. sistió Kate y él se rió con ironía.

—Quizá me gustaría saber por qué puedes fascinas a mi madre, mi hermano y mi abuela y pelearte sólc conmigo. Debe haber algo que no capto.

—¿No has pensado que es porque no eres como lo demás? —preguntó con acidez. Cerró los ojos y se re. costó, decidida a no decir nada más.

—¿Tú sí lo has pensado? —inquirió él.

Kate mantuvo los ojos cerrados e ignoró la profun. dir voz de Diego. Se arrepintió de ir al mar, debié insistir en quedarse. Incluso debió quedarse en Inglaterra, pero Diego logró hacerla volver a España y ahora ya era tarde, pues Kate se estaba encariñando mucho con la abuela y con Liliana. En cuanto a Diego, no se atrevía a pensar mucho en él, aunque constantemente aparecía en todos sus pensamientos. Era mejor seguir peleando.

El trayecto hasta el mar duró más de lo que Kate había calculado. Desde la altura del monasterio, parecía muy cercano, pero se había olvidado de la sinuosa carretera, y lo había hecho con facilidad al igual que ahora también olvidaba Londres y su vida allá. Era como si siempre hubiera vivido allí por la forma en que el paisaje y la gente formaban ya parte de su vida.

Era cierto también que el trabajo en la gran sala no se parecía a ninguno que la chica hubiera realizado antes. Lo que pasaba era que estaba muy comprometida con ello, como si le perteneciera. Había empezado a considerar ese sitio como su hogar y a la familia Álvarez como a su propia familia.

Miró con disimulo a Diego. Tenía ese aspecto intimidante, aunque estuviera tranquilo y conduciendo hacia el mar. De nuevo, Kate se sintió como una chiquilla. Nunca había conocido a un hombre como él.

La sensación opresiva y la falta de aire regresaron y Kate se sintió asustada al pensar que Diego sólo tenía que tocarla para que se tranquilizara otra vez. Diego la miró y ella desvió la vida.

—Pareces tener poca autoridad hoy —notó él—. ¿No deseas saber adónde te llevo?

—Al mar —Kate volvió la cabeza—. Cuando se es niño, en Inglaterra basta con decir que va uno al mar, y tú me tratas como a tal.

—Qué antagonismo —se burló Diego—. He hablado con mi madre y te he obligado a descansar. Después de todo, es culpa mía que estés aquí. No quisiera que enfermaras por querer terminar tu trabajo con rapidez para deshacerte de nosotros.

—No estoy tramando nada por el estilo —jadeó Kate—. Sólo estoy interesada, eso es todo.

—Un día alejada del monasterio aumentará tu interés y también me aliviará la conciencia.

—¿Acaso tienes? —preguntó burlona.

—A veces —se encogió de hombros y cambió de tema para hablar de algo que Kate habría preferido no mencionar—. ¿Has estado enferma?

—No. Sólo triste —dijo Kate cortante, pero Diego insistió.

—A veces estás muy pálida. El trabajo de la sala puede esperar. ¿Por qué no descansas y lo retomas después?

—No hay «después» —le aseguró—. Vivo en Inglaterra. Esto es sólo un trabajo y cuando lo termine, volveré allí.

—¿Te alegrarás de irte de España? —preguntó—. Entonces, la abuela no te ha conmovido, ¿verdad?

—Demasiado —confesó con amargura—. Sabías que sería así. Y tu madre y Javier también me agradan —añadió sin mencionarlo a

él. Diego sonrió al contestar.

—Ha ganado una familia, señorita, aunque uno de sus integrantes no le agrade. Te costará mucho trabajo marcharte…

—¿Me estás amenazando? —Kate lo miró con ira y su tensión aumentó. Él ni siquiera la miró, pues su vista estaba fija en la carretera y el mar.

—No amenazo, Kathryn, sólo hago promesas.

Hubo algo en su voz que la hizo observarlo. Diego se volvió y por un momento sus miradas se encontraron, antes de que él se concentrara otra vez en el camino.

Llegaron a un pueblo de pescadores y Diego se detuvo en una pequeña tienda, entró en ella y salió con varios paquetes bajo el brazo. Los metió en la parte posterior del coche y condujo hacia las afueras del pueblo.

Hacía mucho calor en la costa, Kate quiso desperezarse como un gato al sol y contempló el agua verde azulada del mar. Quería salir del coche, pero se contuvo y no le pidió que se detuviera. No obstante, Diego debió intuir lo que sentía al asegurar:

—Nos detendremos pronto. Entonces podrás ir al mar.

—Me bastará con verlo. De todas formas, no he traído el bañador.

—Lo he traído yo por ti… —declaró—. Hice que una sirvienta subiera a tu habitación esta mañana; y no me preguntes que «cómo me atrevo» —señaló cuando la vio abrir la boca—. Me he acostumbrado al— hecho de que eres muy capaz de estar a disgústo antes que complacer a alguien.

Eso la hizo sentirse como una chiquilla malcriada y Kate se juró que no se pondría el bañador ni se mojaría los pies. No obstante, su resolución desapareció al ver la bahía en la que aparcaron. Era un inmenso arco de agua clara, rodeado de dunas y tan tranquilo que supo que no había nadie en kilómetros a la redonda.

—Dejaremos aquí el coche —Diego salió y cogió las bolsas—. Ahora caminaremos a la playa —fue al portaequipajes y sacó varias toallas enrolladas—. Tú lleva esto. Yo llevaré la comida.

Al parecer, las bolsas contenían la comida, lo que sorprendió a Kate. En Diego habría sido más normal que se detuvieran frente a un lujoso restaurante. Eso demostraba que nunca se conocían bien a la gente. pensó Kate.

—Tu bañador está en las toallas —le informó—. Yo llevo puesto el mío.

—¿Esperas que me cambie en la playa? —inquirió molesta y él alzó las cejas, fingiendo sorpresa.

—No. a menos que desees hacerlo. Hay una cueva, ven. Puede ser que quieras estar enfadada todo el día, pero yo tengo intenciones de nadar.

Extendió la mano y ella lo ignoró, segura de que podía bajar sola por la empinada pendiente. Sin embargo, cuando sintió que se caería aceptó de buen grado la mano morena y fuerte que la ayudó y evitó que rodara cuesta abajo. Kate quedó desconcertada cuando Diego no comentó nada y sonrió al imaginarse rodando sobre la arena; entonces Diego la miró divertido.

—Es difícil tener una prima —murmuró—. Nunca iré en busca de otra.

—No te preocupes, pronto me iré —le asombró que al pensar en su regreso no experimentó ningún consuelo, así que se mordió el labio inferior y sintió alivio al oír suspirar a Diego burlonamente.

—Supongo que planeas estropearme el día, ¿verdad? Tendré que echarte al mar.

Sí había una pequeña cueva, que no era más que una hendidura formada por el mar en las rocas, pero ofrecía un poco de intimidad. Diego dejó las bolsas en la entrada y permitió a Kate decidir si quería nadar o quedarse enfurruñada. La chica se sentó a mirar el mar y luego vio a Diego caminar a la playa. Su bañador mostraba sus piernas morenas y fuertes.

Cuando Diego se metió en el agua de cabeza, Kate no pudo esperar más, se cambió tan pronto como pudo, apretándose contra el muro de la cueva para tener más intimidad y corrió al mar, antes de que Diego emergiera.

Al parecer, Diego estaba de humor para jugar. algo de lo cual Kate nunca lo habría creído capaz. Diego apareció cerca de ella y avanzó de modo tan amenazador que Kate gimió y se alejó nadando. Diego la alcanzó y ella miró sus ojos brillantes y sus dientes muy blancos contra la piel bronceada, entonces él la agarró de los hombros y la sumergió en el agua.

Kate sintió pánico y alargó las manos para asirse. Sus dedos frenéticos se encontraron con la suavidad del pecho de Diego hasta

alcanzar sus hombros para emerger. De pronto Diego la cogió de la cintura y la alzó en el aire, observando su expresión desesperada.

—¿Me tienes miedo? Si quisiera deshacerme de ti, nunca recurriría a la violencia —por un momento, la sostuvo de la cintura y la miró a los ojos. El hecho de que Diego la tocara hizo desaparecer su tensión. Kate trató de apartar la mirada, pero no tuvo éxito.

—No te entiendo —dijo con voz temblorosa y tímida. Y Diego le sonrió de un modo preocupante antes de dejarla tocar el fondo arenoso de la bahía.

—¿Esperas hacerlo? Estás demasiado concentrada en pelearte conmigo como para empezar siquiera a entenderme. Sospecho que ni siquiera te comprendes a ti misma.

—Sí me comprendo. Sé muy bien adónde me dirijo… lo que hago con mi vida.

Diego asintió y sonrió con ironía.

—¿Vas a probarte a ti misma que vales tanto como cualquier hombre? ¿Es esa la única pasión que tu madre te dejó? —la vio echarse el pelo para atrás con irritación y él se apartó con suavidad, hundiendo los dedos por entre los mechones empapados—. No puedo decidir si debo apiadarme de ti o culparte o si deberías ser sacudida o consolada.

—No soy una niña indefensa.

La miró con sorna y sus ojos recorrieron su cuerpo, cubierto sólo por el bikini.

—Quizá deberías hacer más caso de tu cuerpo… la inteligencia no es suficiente para vivir las cosas más dulces de la vida —sugirió.

—La vida es dulce conmigo —señaló Kate, algo desesperada, pero él solo sonrió.

—¿En serio? —la atrajo hacia él hasta que el agua no los separó más y sus piernas se encontraron—. ¿Es le suficientemente dulce, Kathryn?

Capítulo 7

DIEGO la soltó y se alejó de ella con poderosas brazadas y Kate lo observó alejarse. No lo entendía; luchaba contra él porque se sentía aprensiva cuando él estaba cerca. Por primera vez en su vida se sentía insegura. Cuando la tocaba era como fuego, una fuente de poder que amenazaba con fusionarla a él. Eso hacía desaparecer su ansiedad, la protegía y excitaba de una manera que nunca antes había experimentado.

Se sintió muy irritada. ¿Qué estaba pensando? Diego había irrumpido en su vida, demandante y con arrogancia. Ahora estaba jugando a algo… sin duda pensando en la felicidad de la abuela. Kate era feliz en Inglaterra con su trabajo, cuando él no la conocía en absoluto y ella estaba a salvo sin conocerlo.

Salió del mar y empezó a caminar hacia la cueva. De pronto empezó a llover; la lluvia fue tan repentina y copiosa que corrió para refugiarse. Un instinto piadoso la hizo coger la ropa de Diego para que no se empapara. Tuvo la certeza de haber hecho una buena acción, se sentó en la arena y contempló la lluvia que azotaba la playa.

Diego no llegaba. Al principio. Kate pensó que habría decidido quedarse en el agua, ya que de todos modos estaba mojado. Pero el tiempo pasó y él no aparecía. Kate empezó a sentir ansiedad y por fin se aventuró afuera para mirar el espumoso y embravecido mar. Sabía que las tormentas eran imprevisibles en el Mediterráneo, no había truenos, pero el mar ya no era un sitio seguro. Se quedó parada bajo la lluvia, sin saber qué hacer, temerosa por Diego.

Diego apareció de pronto y la agarró del brazo para guarecerla en la cueva antes de que ella pudiera darse cuenta de que él estaba a salvo.

—¿Dónde estabas? —Kate se volvió hacia él con resentimiento y su ira trató de ocultar la tensión que aumentaba en su interior y el alivio por verlo.

—Podría preguntarte lo mismo. De hecho, te he estado buscando.

No era cierto. No podía haberse molestado en eso.

—¿Quieres decir que no pensaste que tendría la sensatez de salir del mar con esta lluvia?

—Tal vez —empezó a secarse con tal calma que la hizo sentirse peor. Diego se alejó con los hombros muy rígidos.

—¡Eres imposible! No merece la pena tratar contigo, ¿verdad? Pudiste haber…

—¿Temiste por mí? Pareces una esposa regañona. ¿Significa acaso esto que mi fiera prima tiene un lugar suave en el corazón, incluso para mí?

—Significa que me preguntaba cómo podría volver al monasterio si te ahogabas —declaró Kate con acidez. ocultándose detrás de las duras palabras—. Notarás que he recogido tu ropa. Tuve la ocurrencia de pensar que las llaves del coche estarían en tus bolsillos.

—No me he ahogado. Puedes tranquilizarte —le puso una toalla seca en los hombros—. Sécate y cámbiate —sugirió con suavidad—. No es necesario esta tan tensa, Kathryn.

Kate se puso rígida, casi sin poder respirar y Diego la tffró con intensidad.

Me aseguraste que no estabas enferma —le recordó—, pero tiemblas y estás muy pálida y angustiada… ni tu acerba lengua lo puede ocultar. Sabes que soy demasiado fuerte como para que me venzan unas cuantas olas, ¿no?

Kate bajó la vista y negó con la cabeza.

—A veces… a veces… —dijo con voz temblorosa—, no puedo… Desde el entierro… —no sabía por qué se lo contaba y a Diego por si fuera poco, pero dejó que la abrazara; la rodeó con un brazo y con la otra mano le acarició la nuca y la hizo apoyar la cabeza en su hombro.

—¿Y yo empeoro las cosas? —le levantó la cara para mirarla, pero ella negó con la cabeza.

—En realidad, no. Sólo sucede y no puedo controlarlo, pero

cuando me tocas…

Se interrumpió, atónita por su confesión, pues había pronunciado las palabras sin pensar. Diego la contempló antes de acercarla más a su cuerpo.

—Cuando te toco, todo desaparece —le sonrió al verla confundida—. No es un secreto, ya lo sabía. Te ha sucedido antes y no soy totalmente estúpido. Puedo sentir que te relajas. Quizá tengo dedos mágicos, ¿no?

Kate ignoró el comentario y sintió que se derretía. Cuando Diego la besó, no hizo nada por evitarlo, todo su cuerpo se relajó y disfrutó de una extraña paz. Qué raro que ese hombre arrogante tuviera el poder de relajarla así. Era fiero, voluntarioso, explosivo, y ella de todos modos se tornó lánguida en sus brazos, como si el resto del mundo dejara de existir.

Diego levantó la cabeza y la miró a los ojos, entonces buscó de nuevo sus labios y la abrazó como más fuerza. Cuando la soltó. Kate se sintió perdida y sintió que no la siguiera besando. Ahora que ya no la rodeaba con sus brazos sintió frío.

—Sécate y vístete —murmuró Diego—. Ya han terminado los cuidados médicos y el paciente parece haberse recuperado, no me gustaría generar un estado más grave —su tono era un poco retador. Kate se volvió y cogió una toalla del suelo.

—No puedo vestirme contigo aquí —tartamudeó. Apenas ahora se daba cuenta de que se había aferrado a su cuello al ser besada.

—Nos daremos la espalda. Te prometo que no miraré.

Todo fue muy vergonzoso y Kate no quiso volverse ni siquiera vestida. Temía enfrentarse a esos ojos burlones, porque ahora Diego tenía una gran ventaja: podía hacerla derretirse y lo sabía. Kate casi podía sentir sus brazos alrededor de su cuerpo y era atemorizante estar tan confundida y perdida.

Cuando se volvió, Diego abría las bolsas, le entregó un poco de comida. El café todavía estaba caliente y él le señaló que los recipientes eran adecuados para ese tipo de día de campo.

—No planeaba que pasaras el día en una cueva —murmuró, avergonzado, mientras comían y miraban el salvaje mar—. A veces, la lluvia empieza y termina en forma inesperada en estos lugares, aunque todavía no estamos en época de lluvia. Quizá tendremos fuertes tormentas este año.

Kate sabía que decía eso para hacerla sentirse mejor y sintió mucha gratitud.

—Gracias por… por…

—¿Besarte? —inquirió él con suavidad—. Ha sido un placer, señorita. Cuando quieras, contigo es seguro, creo. Hay pocas probabilidades de que surja una pasión desatada cuando te desagrado tanto. No creo que te obsesionen tus deseos, como le pasó a tu madre. «demás, está Merrol, ¿verdad?.

—Sí —contestó con amargura, resentida por la suave burla—. No creo poder olvidar a Félix con facilidad.

—¿No? —dejó su café en el suelo y alargó una mano hacia ella. Kate trató de alejarse, al ver la malicia de su mirada—. Vamos a ver —la abrazó y la hizo yacer en la arena de la cueva. El peso de su cuerpo la hizo mantenerse inmóvil—. Ahora, preciosa, háblame de Merrol.

Tomó su rostro entre sus manos y empezó a besarla con lentitud y profundidad hasta hacerla temblar. Le besó los ojos, las mejillas, el cuello y Kate no se resistió cuando le tocó un seno y volvió a besarla largamente mientras la acariciaba.

Cuando la soltó, Kate casi sollozaba de pánico por los sentimientos que tenía que reprimir. Diego la contempló largo rato.

—El cuerpo lo desea, pero no la mente —notó. Estaba un poco ruborizado, lo cual demostraba que también estaba conmovido. Se sentó y la ayudó a hacer lo mismo. Kate se puso de pie inmediatamente; no quería mirarlo y mostrarle lo vulnerable que era a su lado.

—¿Crees que nos podemos ir? —miró hacia afuera. La lluvia ya había amainado—. Como has dicho, una cueva no es muy divertida.

—Podría serlo —murmuró él— si uno tuviera al compañero adecuado. Por desgracia, no lo somos el uno para el otro y, estoy de acuerdo, no es muy divertido. Sin duda, te emociona más dar instrucciones a los trabajadores.

—¡Por supuesto! —afirmó Kate, tensa. Cogió las toallas mojadas y salió de la cueva.

Toda la excursión habría sido un gran error. Kate temblaba, asustada como nunca antes por lo que sentía. De regreso, tuvo que quedarse en el coche esperando mientras Diego visitaba muchos lugares, incluyendo una granja donde una chica muy guapa salió a

despedirlo. Deseó que en el futuro Javier pudiera acompañarla; ya era bastante mayor para hacerle frente. Diego la hacía sentirse vulnerable y eso no le agradaba. No le gustaba la forma en que seguía recordando lo que había sentido al ser abrazada y besada por él, pero sobre todo, le disgustaba la mirada sarcástica de Diego. Parecía creer que había anotado un punto más en una batalla por la supremacía. En ese momento, Kate decidió que terminaría la sala grande y volvería a Inglaterra.

Cuando llegaron, había visitas en la casa. Kate deseó huir inmediatamente a su habitación, pero Diego la agarró del brazo. Estaba muy desarreglada no obstante, Diego la presentó en ese estado a unos extraños. Su pelo, habitualmente dócil, estaba enredado por el mar y la arena, y caía sobre sus hombros como una masa de rizos rojizos y dorados. Su ropa también dejaba mucho que desear, pues tenía arena adherida y estaba muy arrugada. Kate se sintió incómoda al entrar en el salón.

Era una pareja de hermanos: Cristina y Enrique Serrano. Y por la forma en que Diego saludó a la chica, casi con ternura, Kate pensó que había dilucidado un pequeño misterio; era obvio que la mujer de su vida era ella. Cristina era pequeña y morena y tenía un rostro vivaz y alerta.

—¿Es tu prima, Diego? —preguntó con voz dulce—. Nos encontramos con Javier hoy y no dejó de alabar a su nueva prima. Así que tuvimos que venir a conocerla, ¿verdad, Enrique? —se dirigió a su hermano.

—Sí, y no es ninguna desilusión —observó a Kate con tanto descaro que Liliana se molestó y frunció el ceño.

—Queremos mucho a Kathryn declaró la madre de Diego— La abuela la adora —en su voz había una advertencia que aclaraba que, si querían seguir siendo bienvenidos en esa casa, no debían propasarse con la nueva prima.

Kate le estuvo mu agradecida y se disculpó antes de que sirvieran el café, pues no tenía la menor intención de ser mirada con burla por Diego y de presenciar cómo la chica coqueteaba con él y en cuanto a Enrique era demasiado descarado para su gusto. Kate fue a su habitación para darse un baño y lavarse el pelo. Se

quedó allí lo más que pudo y sólo volvió a bajar cuando se aseguró de que servirían la cena.

Diego la abordó tan pronto como entró en el salón.

—No espero normalidad en la hija de Lucía —susurró molesto—. Sin embargo, estaría bien que fueras cortés. Sabías que teníamos invitados y te has quedado en tu habitación deliberadamente.

—No son mis invitados —replicó Kate. Ahora que ya se había cambiado, su pelo lucía glorioso con sus ondas y rizos y su vestido de color crema se amoldaba perfectamente a su cuerpo. Se sentía de nuevo lista para entablar la lucha, sobre todo después de que Diego la había besado en la cueva mientras Cristina lo esperaba en la casa.

—Tú vives aquí. Por lo tanto, debes estar presente cuando haya invitados.

—No vivo aquí y hago lo que me viene en gana… —se acaloró, pero Diego la agarró del brazo y la condujo al centro del salón.

—No discutiré contigo. Sería difícil si de nuevo perdieras el aliento y tuviera que besarte. Cristina nunca creería la explicación.

Kate no pudo defenderse y se alegró mucho cuando Javier se acercó a saludarla.

—Me he enterado de que estás pintando la sala grande —comentó Cristina con desdén mientras cenaban—. ¿Es así como te ganas la vida?

—Sí, soy pintora y decoradora… —sonrió Kate. Se disponía a explayarse en el tema cuando Diego la cortó.

—No es tal cosa —informó—. Kathryn es diseñadora de interiores y es la mejor empleada de una de las más prestigiosas compañías de Inglaterra. Nos ha sido… prestada —añadió mirando a Kate con furia.

—¿Cuánto tiempo tardarás? —preguntó Cristina sin ninguna sonrisa y Kate la miró con amabilidad.

—No mucho. Tengo demasiado trabajo en Inglaterra como para quedarme más de lo necesario. Claro que regresaré con regularidad —añadió—. Según Diego, aquí me necesitan.

—Todos te necesitamos aquí —afirmó Javier y le cogió una mano—. Y, hablando de necesidades, ¿vendrás conmigo a la ciudad mañana por la noche? Hoy has salido con Diego y creo que ahora es mi turno.

—¿Has salido hoy con tu prima? —Cristina clavó los ojos en

Diego.

—Tuvimos un día de campo en una cueva —miró con sarcasmo a Kate—. Fue muy interesante, una buena forma de conocer a alguien.

Kate no sabía qué quería implicar con ese comentario. pero el efecto fue eléctrico. Todos les miraron y ella sólo se ruborizó. Diego la observaba con igual intensidad y Kate ansió que se la tragara la tierra. Más tarde, mientras subía a su dormitorio, encontró a Diego en el pasillo.

—¿Cómo te atreves a ponerme en semejante situación? —susurró con furia.

—¿En qué situación?, sólo he dicho la verdad —la miró, retador—. Ya te he dicho que tienes la cualidad de no hacer escenas en público, pero quizá seria más fácil para ti que las hicieras. La furia contenida puede provocarte otro ataque de tensión y entonces yo tendría que volver a ayudarte y sería difícil hacerlo en el pasillo.

—Eres odioso —exclamó Kate.

—Cristina no lo cree así, pero no importa, prima —se rió—. Mañana saldré por unos días. Creo que estarás más tranquila sin mí.

—Por supuesto —replicó Kate y se fue mientras él se quedaba mirándola, una vez más.

Diego salió al día siguiente a la costa del sur, a Málaga, donde la familia Álvarez tenía muchas propiedades. Kate se alegró de no tener que luchar con él. Javier se quedó más tiempo en casa y Kate supuso que los hermanos tenían un acuerdo para que uno de ellos siempre se quedara en el monasterio, ya que la abuela era muy vieja. Claro que Javier no se tomaba muy en serio sus obligaciones y casi todas las noches invitaba a Kate a salir, pero ella se negaba. Estaba trabajando mucho y se sentía cansada, pero sobre todo, sólo quería ser un familiar lejano para Javier. Su atención constante la preocupaba y sabía que eso molestaba a Diego. Sin embargo, Kate no quería tener problemas y tampoco quería ser muy dura con Javier ya que, en el fondo, él era muy amable.

A medida que pasaban los días, la sala estaba más hermosa y cuando el efecto se hizo más obvio, el entusiasmo de los empleados aumentó. Liliana pasaba mucho tiempo mirando y charlando con

Kate cuando el trabajo no era muy pesado y siempre se aseguraba de que la joven descansara en los jardines después de comer. La abuela a veces las acompañaba y poco a poco, Kate se integraba más en esa familia que en un

principio rechazó. Ahora, no tenía ningún deseo de marcharse del monasterio. Un día tuvo que salir de la casa para ir a comprar pintura para que el trabajo no se detuviera. Javier ya se había ido y no quedaba otra alternativa que ir ella misma a la ciudad. Eso preocupó a Liliana.

—Puedes coger uno de los coches, Kathryn, pero no es un trayecto fácil hasta que se sale de las montañas, además, parece que va a llover.

Kate estaba divertida y conmovida por su preocupación.

—Estoy acostumbrada a conducir en Londres —sonrió—. En cuanto a las montañas, tendré cuidado. Un poco de lluvia no va a preocuparme.

—Puede que no sea sólo un poco, Kathryn. Ya es la época de lluvia y puede haber muchas tormentas. Las carreteras de las montañas son muy peligrosas. Me angustiaré mucho hasta que hayas vuelto.

Kate dudó. No quería angustiar a nadie y menos a Liliana, pero era muy impaciente y ya quería ver los frescos del techo terminados. No quería confesar que quería terminarlos antes de que Diego regresara. Era muy importante para ella recibir su aprobación. Casi se sacudió a sí misma; aun si lo aprobaba, Diego nunca se lo diría. Además, ¿qué le importaba eso a ella?

—Volveré enseguida —aseguró con alegría—. ¿Has dicho que me puedo llevar uno de los coches?

—Claro, aunque no sé qué pensará Diego…

—¿Objetará algo a que coja prestado uno de sus coches? —se acaloró, pero Liliana negó con la cabeza.

—Si objeta algo, será porque te he permitido arriesgar la vida.

Kate se quedó atónita hasta que evocó la furia de Diego al verla subir por los andamios. Eso preocuparía a la abuela y ésa sería la fuente de preocupación de Diego.

Kate meditaba en eso mientras conducía por la carretera. El cielo estaba azul, hacía mucho calor y no se imaginaba que lloviera en un día tan bonito. En cuanto a Diego, si se enfadaba, sería sólo

porque siempre quería molestarla. Además, ni siquiera se enteraría.

Fue fácil cuando llegó a la carretera principal y la ciudad le pareció conocida. Halló con rapidez a los proveedores de pintura, pero le pareció que aún era muy temprano, así que aparcó el coche y se pasó un poco de tiempo mirando los escaparates; hasta se compró un vestido y un par de zapatos.

Para cuando decidió regresar, era más tarde de lo que pensó. Comenzaba a oscurecer, pero estaría de vuelta para la cena, y al día siguiente, se continuaría el trabajo en los frescos y nada se retrasaría.

Oscureció deprisa, no sólo porque así sucedía en esa parte de España, sino porque el cielo adquiría un aspecto amenazador. Antes de que Kate llegara a la carretera de la montaña, empezó a llover y mientras iniciaba la larga y peligrosa subida al monasterio, recordó las palabras de Liliana.

Era muy difícil ver y la lluvia era demasiada para los limpiaparabrisas. Kate miró a los lados y pudo ver que había torrentes en las cunetas debido al agua que resbalaba de la cima de las montañas, pero era agua lodosa.

Kate pensó en deslizamientos de rocas y deslaves y agradeció la protección que le brindaban los árboles. Había truenos, pero no rayos y el sonido del agua ahogaba el del motor. Estaba asustada y rogó llegar pronto al monasterio para refugiarse en él.

De pronto, hubo un ruido ensordecedor y, sin más advertencia, un árbol cayó en la carretera. Kate pisó

el pedal del freno y el frente del coche casi tocó el árbol. Eso la atemorizó más que cualquier otra cosa, pues aún estaba muy lejos del monasterio.

Kate salió del coche y de inmediato la lluvia le pegó la blusa y la falda al cuerpo. La luz de los faros le permitió ver la imposibilidad de seguir adelante. El árbol bloqueaba completamente el paso y, aunque no era un árbol gigante, parecía demasiado pesado. De todos modos tenía que intentarlo, así que empezó a empujar el árbol, aunque sabía que era un esfuerzo inútil.

Kate estaba tan absorta y llorando de frustración que no vio las luces que se acercaban, en dirección opuesta. Sólo cuando estuvo bien iluminada, alzó la vista y se quitó el largo y mojado pelo de la cara. No tuvo tiempo ni de hablar cuando oyó la voz de Diego.

—¡Kate! ¡Ven! —salió del coche y la chica lo vio con claridad, gracias a los faros de los dos vehículos.

—No puedo mover el árbol, ayúdame a…

—Ven, Kate. ¡Ahora!

La urgencia de su voz la hizo reaccionar, se acercó y Diego la levantó por encima del árbol sin soltarla hasta haberla metido en el coche. Kate estaba tan atónita que no pudo decir nada. De pronto se dio cuenta de que Diego daba marcha atrás a gran velocidad.

—¡El coche! ¿No podemos mover el árbol con…?

Diego llegó a un claro y luego se oyó el sonido que Kate había temido en su subconsciente: el rugido de rocas y tierra que caían. Se volvieron y la chica vio que los faros del otro coche se levantaban en el aire. El vehículo fue arrastrado como un juguete por una cantidad aterradora de rocas, árboles y lodo.

Diego condujo con rapidez para ponerse a salvo y !'ate se aferró al asiento, horrorizada. Parecía que toda la montaña se derrumbaba tras ellos.

Diego no dijo nada; incluso cuando el peligro había pasado y vieron enfrente el monasterio, guardó silencio. Kate tampoco era capaz de pronunciar palabra, sólo podía pensar que la pintura estaba perdida y que Diego la había llamado «Kate». Él podía haber muerto… ni siquiera se atrevía a mirarlo.

En el monasterio había un gran alboroto y Liliana al ver a Kate, la condujo con firmeza a su habitación.

—Ha habido un deslave —tartamudeó la chica con labios temblorosos mientras Liliana le quitaba la ropa con decisión y la bañera empezaba a llenarse de agua caliente.

—Una inundación repentina —explicó—. Eso es lo que me temía.

—Lo siento, Liliana. Diego pudo haberse matado.

—No pensó mucho en eso. Sólo se preocupó por ti —Liliana parecía molesta y Kate se echó a llorar, desahogando al fin su terror y su sentimiento de culpa. Liliana se acongojó y la abrazó.

—Ya, ya —la apaciguó—. Todos estábamos asustados por ti. La angustia se expresa de diferentes formas. Diego ha ido a cambiarse y a asegurarle a la abuela que estás bien. Después, supongo que tendrás que verlo.

—¿Qué… va a decir? —preguntó Kate. Ya no sentía deseos de

imponerse ni de discutir.

—No me atrevo ni a pensarlo —murmuró Liliana con una sonrisa—. Puede ser muy intimidante, tu única oportunidad es parecer impotente. Métete en la bañera, Kathryn. Llámame si me necesitas, si no, te veré en la cena. Dejaré que practiques tu actitud indefensa.

Eso no le hizo ningún bien. Kate estaba sentada con su bata puesta, tomando té caliente y muy asustada todavía, cuando Diego entró sin siquiera llamar a la puerta.

La miró con furia mientras se acercaba y Kate se

puso de pie con rapidez. Diego no dijo nada y ella sintió que sólo tenía un segundo para disculparse. Diego parecía dispuesto a golpearla.

—Lo… siento —se apresuró a decir—. Perdóname por haberte puesto en peligro, por lo del coche y…

—¿Y qué pasa con la ansiedad que le has producido a mi madre y a la abuela?

—Era un día caluroso, soleado y no me di cuenta… necesitaba pintura…

—¿Y dónde está tu pintura ahora? —rugió él sin pensar en el escándalo que armaba ni en que la estaba aterrando.

—Ya… no está —tragó saliva.

—Está donde está el coche, donde también tú podrías estar —la agarró de los hombros—. Estás tan decidida a salirte con la tuya en todo, igual que Lucía.

—¡No! Ella no era como yo. Era suave y amable…

—¡Ah! Así que reconoces que lo eres. ¿Estás de acuerdo con que sólo piensas en pelear con todos y ser la mejor?

—Te he dicho que lo siento —tartamudeó y sus ojos se anegaron de lágrimas—. No entendí que…

—Querrás decir que no estabas dispuesta a escuchar ni a recibir consejos —la interrumpió de nuevo con furia.

—Nunca he estado en una región como ésta —exclamó Kate. Las lágrimas rodaron por sus mejillas y lo miró con resentimiento. A Diego no le importaba verla temblorosa y acongojada—: No podía anticipar lo que pasaría. ¡Te pagaré el maldito coche!

Eso pareció ser la gota que derramó el vaso. Diego la agarró con tanta fuerza de los brazos que la levantó del suelo.

—¿Te atreves a sugerir que me he angustiado por el coche? —rugió—. Tu vida pudo terminar en sólo un segundo y me insultas ofreciendo pagarme un trozo de metal.

—¿Por qué no? —inquirió llorosa, demasiado asustada como para quedarse callada—. No soy tu prima en realidad. No soy nada para ti.

—Sí, lo eres —gruñó, amenazador—. Eres una irritación diaria, una oponente fiera que no necesito. Eres dominante y orgullosa y escondes tu femineidad detrás de una lengua acerba. Tu estupidez no tiene límites, es casi sobrenatural, y la mía debe ser similar para habérmelas ingeniado y hacer que te quedaras aquí.

Kate se encogió por primera vez en su vida. Le dolieron mucho su furia y sus palabras, pero le dolía más la forma en que le apretaba los brazos y de nuevo empezó a llorar.

Diego la soltó y la miró mientras acariciaba los sitios que había lastimado con sus dedos.

—¿Así es como te sales con la tuya? —murmuró—. ¿Así es como tienes éxito cuando todo lo demás falla? ¿Me miras con tus ojos azules llenos de lágrimas y pones un aspecto derrotado? ¿Se supone que yo debo sentir lástima y responder a tu conmovedora mirada?

—Nunca estoy derrotada y no supongo que alguna vez sientas algo —murmuró Kate con voz trémula.

—Te equivocas —susurró y la acercó—. Siento miedo, igual que cualquier hombre, cuando te veo de pie y empapada con una montaña a punto de caerte encima. El coche y tu pintura están en la ladera, bajo las piedras y el lodo. Tú también…

—¡Calla! ¡Por favor, calla! —Kate se tapó la cara con las manos. Diego la abrazó con fuerza y apoyó el rostro contra sus mejillas húmedas.

—Deja de llorar, Kate —dijo con voz ronca—. El monasterio es inexpugnable. Estás a salvo y aunque la

gran sala tenga que terminarse con barniz rojo, nunca más irás sola a la ciudad.

Kate alzó la vista al oírlo tenso y Diego tomó sus labios de un modo profundo y explorador acariciándole el pelo mojado mientras la besaba durante interminables minutos.

La paz y una excitación que estaba más allá del sentido común la invadieron. Cuando Diego se separó, ella sólo pudo observarlo

fijamente.

—¿Por… por qué has hecho eso? —preguntó con la tonta esperanza de que él le dijera que le importaba. Pero Diego no lo haría.

—Imaginé que te había puesto tensa —se burló y sus ojos no mostraron ninguna emoción—. Parece que he adquirido el deber de tranquilizarle. Esta vez pensé que era mejor actuar antes de que lo suplicaras por necesidad.

Kate se volvió, confundida, sin que él pudiera ver que deseaba suplicarle que la abrazara de nuevo.

—Supongo… que la abuela se ha angustiado —susurró.

—Supones bien. ¿Por qué te imaginas que me he enfurecido tanto? —añadió con fría ironía. Salió de la habitación y Kate, con el corazón acelerado, miró la puerta cerrada. Después de todo, quizá era por la abuela, aunque eso no explicaba por qué la había llamado «Kate». La chica reprimió una débil esperanza, una esperanza que no deseaba en absoluto. La locura sí existía, pero ella no enloquecería al pensar de manera distinta con respecto a Diego, porque él nunca sería para ella.

Kate se preparó para ir a cenar y luego fue a ver a la abuela. Cuando empezó a disculparse, le sorprendió Qbe la anciana sólo la abrazara y la hiciera sentarse a su lado.

—No diré nada —prometió doña Elvira—. Te has dado un buen susto y, en cuanto a las regañinas, me imagino que Diego ya se ha hecho cargo de eso.

—Se podría decir que sí —murmuró Kate y se ruborizó cuando le dio un vuelco el corazón al oír el nombre de Diego.

—Estaba muy preocupado —se rió la abuela—. Se fue de aquí como si el diablo lo persiguiera cuando fue a rescatarte. Las montañas no son lugares apacibles, niña. Sólo te pediré que recuerdes eso siempre.

Kate asintió. Recordará eso durante el resto de su vida, una vida que aún conservaba gracias a la rapidez con la que Diego había reaccionado.

Durante la cena, le sorprendió que Javier estuviera en casa. Su primo le contó que la policía había cerrado la carretera temporalmente. Al parecer. había otra ruta más larga y Kate deseó haberlo sabido antes. Parecía que nadie iba a contarle a Javier lo

sucedido. Kate, por su parte, no se atrevía a mirar a Diego. Éste no le habló en toda la noche, pero de nuevo su mirada capturaba la de Kate cada vez que ella alzaba la vista.

Capítulo 8

LLOVIÓ durante dos días, pero Kate siguió trabajando. Los hombres llegaron tarde, pues la ruta corta continuaba cerrada, pero fueron y el trabajo progresó. Diego llamó por teléfono y la pintura llegó. Su mirada le hizo saber a Kate que ella habría podido hacer lo mismo si tan sólo hubiera querido pedir ayuda.

Ahora no sólo la irritaba, Kate estaba incómoda junto a él y eludía una verdad que le acosaba. Diego seguía saliendo con regularidad y Kate se sentía tan mal al verlo marcharse que una noche aceptó salir con Javier.

La llevó a un casino, lo cual la sorprendió. Era un lugar espléndido y Kate se alegró de llevar puesto un vestido de seda azul oscuro y de haberse arreglado con esmero.

El edificio era muy antiguo y tenía restaurante y pista de baile, pero lo que emocionaba a Javier era el casino en sí. Kate se dio cuenta de que mientras cenaba. Javier disfrutaba de su compañía, pero que sólo pensaba en jugar.

—¿Qué pasa? —preguntó Kate al oírlo maldecir en voz baja.

—Diego acaba de entrar con Cristina. No imaginé que vendría aquí. De hecho, pensé que estaría fuera toda la noche. Él no aprueba mi pasatiempo.

—¿Qué pasatiempo? —preguntó Kate con inocencia.

—Las mesas de juego —confesó, tímido—. Estaba a punto de introducirte en el arte del juego, pero él seguramente intervendrá.

—Lo dudo —estaba segura de que a Diego no le importaba lo que ella hiciera y esperó que no los viera. No deseaba verlo junto a Cristina Serrano, pero sus esperanzas desaparecieron cuando un camarero acercó dos sillas a la mesa de Javier y ella.

—Espero que estéis de acuerdo —comentó Diego. Ignoró a Kate

y se concentró en su hermano—. Como somos de la misma familia, me parece poco amistoso ocupar dos mesas.

—Desde luego. Nos… alegra, veros, ¿verdad, Kate? —Javier buscó el apoyo de Kate a quien no le agradó ver a Diego con Cristina ni que esta la mirara con desagrado.

—Claro —murmuró y apartó la vista. Eso no evitó que Diego se sentara con ellos. Durante la cena, Kate trató de no hablarles. Sólo cuando Cristina mostró ansiedad por ir a jugar, Diego le pidió a Kate que bailara con él.

—Pensé que iríamos al otro salón… —Kate miró a Javier, pero éste estaba feliz de haber encontrado una aliada en Cristina.

—Hay mucho tiempo, Kate. Baila con Diego y luego veremos.

—Sí, luego veremos —dijo Diego con sarcasmo y Kate observó que los otros dos se dirigían al casino como si les fuera la vida en ello. La chica se volvió a Diego, quien la miró con burla.

—¿Son jugadores habituales? —estaba sorprendida. —Sólo aficionados —le aseguró—. Muchas personas tienen pasión por el juego.

—¿Tú también?

—Supongo que sí. Juego en los negocios, aunque Javier se emociona en las mesas de juego de vez en cuando.

—¿Y Cristina?

—Supongo que tendrá otras cosas que hacer dentro de poco.

Cuando se casaran; no podía implicar otra cosa. Después de bailar, Diego la llevó al casino.

Fue un descubrimiento, el techo era de cristal azul y brillaba con las luces de las lámparas doradas y las paredes parecían estar tapizadas de seda. Kate se detuvo para admirarlo todo.

—Veo que tu única adicción es la decoración —parecía divertido.

—El techo es un poco exagerado —sin hacer caso del comentario, Kate siguió observando el brillante techo mientras Diego la conducía junto a Javier y Cristina.

—Tu pareja —anunció Diego a su hermano, quien se avergonzó.

—Lo siento, Kate. A veces tarda unos años en conseguir un sitio y todavía no lo hemos logrado.

—Hay mucho tiempo —señaló Cristina—. Sólo son las diez y no me he apresurado a cenar para no jugar. Quizá tu prima inglesa se

sienta cansada, Diego —añadió, retadora.

—Trabaja todo el día y no puede quedarse en la cama hasta las doce de la mañana —mee pronto Diego se enfadó—. Tú juega, yo llevaré a Kathryn a casa.

Kate estaba demasiado atónita como para molestarte porque de nuevo la tratara con formalidad y Cristina estaba más perpleja aún

—¿No quieres jugar, Kate? —preguntó Javier, avergonzado.

—No —la interrumpió Diego de nuevo—. Basta con un jugador en la familia. Os dejaremos jugar en paz. Además, Cristina ha traído su coche, así que no me necesita en absoluto.

Cristina se ruborizó al oír ese comentario.

—Si prefieres la compañía de tu prima a la mía…

—No es eso —murmuró Diego—. Pero esta noche parece que la han abandonado y creo que me necesita.

—Yo puedo acompañarla —pero Javier fue detenido por Diego.

—Por supuesto que no. Quédate a divertirte. Como mañana es domingo, todos podremos descansar.

—¿Por qué has hecho eso? —inquirió Kate con furia, cuando entraron en el coche—. Me has hecho quedar como una chiquilla consentida que exige que la lleven a casa y has hecho que Javier parezca un niño inmaduro.

—Ahora quizá te des cuenta de que no es bueno salir con mi hermano —señaló con calma—. Cristina también necesitaba una lección y Javier a veces sí actúa como un niño.

—Y tú seguramente no —replicó Kate, irritada por ser utilizada para darle lecciones a Javier y Cristina.

—¿Preferirías que fuera un adolescente fogoso? —la retó ¿Me mirarías entonces para ponerme en mi lugar, Kathryn? Sé cuál es mi lugar: debo hacerme cargo del monasterio, del negocio familiar y de mi tranquilidad; soy lo que soy.

—Un hombre irritante y frío —concluyó Kate, con sarcasmo.

—Eso me parece más aceptable —puso en marcha el motor y se concentró en la carretera.

Tardaron mucho en llegar al monasterio, así que Kate estaba casi dormida cuando aparcaron en el patio.

—Hemos llegado —susurró Diego y ella abrió los ojos.

—Eso veo —se dispuso a salir pero él la detuvo de la mano.

—No alientes a mi hermano, no puede contigo y hay una chica

que lo quiere mucho. Será una buena esposa para Javier y mi abuela y mi madre también la estiman.

—No tengo intenciones de alentarlo —Kate trató de soltarse—. ¿Acaso la abuela aprueba a Cristina?

—No mucho —la observó—. Y mi madre tampoco, como ya habrás notado.

—Qué difícil para ti —lo desafió—. Cuando te cases con Cristina, habrá muchos problemas aquí —de pronto, sus ojos se llenaron de lágrimas y reprimió sus pensamientos.

—Soy capaz de resolverlos. Después de todo, me las arreglo contigo y eres casi tan problemática como Lucía.

—La abuela la quería —Kate se volvió.

—También te quiere a ti y tú la dejarás —declaró él con ira—. ¿Acaso te sorprende que el amor me parezca una emoción muy superficial?

—Bueno, por desgracia sólo lo puede sustituir el odio.

—Existe el deseo. No puedo creer que alguien con un carácter tan apasionado como el tuyo no lo haya experimentado.

—Tienes creencias muy raras —murmuró Kate ansiando irse.

—No me eres indiferente —la mirada de Diego hizo temblar a Kate, por su intensidad—. Si así fuera, no quería besarte cuando estás tensa, ni querría abrazarte cuando estás desesperada. A veces pienso en ti.

—¡Gracias! No quiero que te tomes la molestia de hacerlo. Pronto terminaré la sala y volveré a Londres. Antes de visitar a la abuela, nos escribiremos y nos pondremos de acuerdo para que, cuando yo venga, tú estés ausente.

—Te he dicho que no me eres indiferente —la agarró del brazo cuando Kate trató de salir—. También te he dicho que existe el deseo.

La abrazó antes de que ella pudiera huir, pero sin resultado.

—¡Dios! Estate quieta. Has ansiado esto toda la noche, igual que yo.

—No es cierto —jadeó, horrorizada al no sentir ninguna paz, sino una intensa y creciente excitación.

—Lo es. ¿Por qué crees que siempre nos estamos peleando, prima?

—No soy tu prima —se acaloró Kate y quiso apartarse.

—No, no lo eres —susurró, ronco—. Y no sabes cuánto me alegro de que sea así —la abrazó más y capturó sus labios para abrirlos.

Kate sabía que debía luchar para defenderse. Pronto quedaría arrastrada por la excitación y nunca más podría recuperarse. Deseaba estar cerca de ese hombre que la despreciaba tanto y que la hacía quedarse en el monasterio, sólo por el bien de su abuela.

—Kate.

Cuando se separó, la chica intentó morderlo, pero Diego echó la cabeza hacia atrás y evitó la agresión y se vengó de inmediato. Sus dientes aprisionaron el labio inferior de la chica, quien se paralizó de inmediato, esperando sentir dolor. Sin embargo, Diego le besó el labio con pasión, haciéndola gemir. Luego la observó un segundo y capturó su boca en un beso más profundo.

Kate no sabía qué sucedía. La sensación que se apoderaba de ella era totalmente nueva y tan inaceptable que lanzó una exclamación de angustia, pero la necesidad de quedar lihre desapareció como por arte de magia. Su cuerpo se relajó y le devolvió el beso a Diego con ansia febril.

Diego le acarició la espalda y la ayudó a acercarse más. Estaban en medio de un torbellino de sensaciones, de un vibrante reconocimiento sexual. Todo parecía girar alrededor de Kate y se aferraba al cuello de Diego.

Gracias a un instinto más fuerte, Kate logró apartarse.

—¡No! —gimió cuando Diego trató de besarla otra vez. Le puso las manos en el pecho—. Ni siquiera me gustas; fuimos enemigos desde el principio.

—Más que eso —ya no tenía un aspecto elegante, sólo era un hombre frustrado. Kate podía oler la fresca fragancia de su piel y el aroma más intenso del deseo. Diego tenia la frente sudorosa y le acarició un muslo a Kate con lentitud.

—Yo… no te he besado. Has sido tú… yo tengo mi propia vida.

—Y un amante —rugió él—. Recuérdalo cuando Javier se te acerque de nuevo. No puede hacerte frente y no volveré a tener problemas en la familia.

—Me voy a casa —Kate trató de soltarse, pero Diego se negó a soltarla.

—Sería prudente que lo hicieras. Por algún tiempo, me alegré

mucho de que en realidad no fueras pariente mía, pues no dudaba de lo que llegaría a suceder.

que no lo haría. En cierto modo, tenía razón, debía irse porque él empezaba a significar demasiado para ella, siempre estaba presente en sus pensamientos y la pasión que había experimentado en sus brazos era algo completamente nuevo para ella.

Estaba segura de que Diego se casaría con Cristina. Él casi lo había confesado. ¿Y qué le importaba a ella? Se desvistió y se fue a dormir, pero no lo logró, entonces empezó a caminar por el dormitorio, vestida con su bata, tratando de negar lo que sentía. Abrió las ventanas para tratar de tranquilizarse respirando el aire de la noche, pero fue inútil. De pronto oyó ruido de pasos abajo y vio que Diego estaba en el patio y también caminaba de un lado a otro, tenso o quizá furioso; Javier no estaba vuelto y Cristina estaba con él.

De pronto, Diego se detuvo y alzó la vista. Kate retrocedió, esperando que no la hubiera visto, se quitó la bata y suspiró, lista para acostarse. En ese momento, Diego entró, furioso y recorrió con la mirada el cuerpo delgado y el camisón de satén.

—¿Esperabas a Javier?

—No lo miró con furia, pero no le sorprendió que pensara, como de costumbre, lo peor de ella—. ¿Puedes irte? Esta es mi habitación, no el salón.

—No permitiré que mi hermano salga otra vez contigo. Quiero que me lo prometas.

—No te prometeré nada —sintió ira al verlo exigente y arrogante, cuando no hacía mucho había confesado que la deseaba, pero eso era lo único que Diego era capaz de sentir—. Puede ser que gobiernes este lugar y a todos sus habitantes, pero no a mí; tal vez esté más a salvo con Javier que contigo, de cualquier manera, haré lo que quiera cuando estés en La Rioja —añadió con rabia.

—Entonces, cancelaré mi viaje —se acercó, amenazador—. No desearía regresar y encontrar este lugar perturbado.

—No canceles nada por mí —Kate se alejó y trató de ponerse la bata—. Prometeré cualquier cosa con tal de deshacerme de ti.

—¿En serio? —le puso la bata en los hombros—. No me puedes apartar, Kathryn. Me necesitas, ¿verdad? —insistió.

—No. Puedo hacerle frente a cualquiera.

—Salvo a mí —se dio cuenta de que estaba temblando—. Ya no eres una niña. Si Javier se te acerca demasiado. lo destruirás con tu lengua acerba.

—Entonces no necesitas quedarte, a menos que quieras protegerlo de mi maldad.

—Quizá sólo busco un pretexto para quedarme —la hizo volverse y la contempló con intensidad.

Kate lo miró, perpleja y su furia desapareció, pero en ese instante, Javier, pasó frente al dormitorio cuya puerta estaba abierta y frunció el ceño al verlos.

—Ya veo por qué querías acompañar a Kate de regreso —comentó antes de irse a su habitación. Diego sólo alzó una ceja y Kate se ruborizó.

—¿Qué va a pensar ahora? —replicó, molesta, mientras se ponía la bata.

—Me imagino que cree que estoy muy interesado —murmuró él —. Y como ése es el caso, tendrá más cuidado en el futuro. No le gusta hacerme enfurecer.

Así que de eso se trataba todo: un accidente planeado, llevarla de vuelta a casa fue algo planeado, igual que el viaje a la playa. Kate palideció y lo miró con amargura.

—Puedes mejorar la situación —señaló—. Háblale de íti apartamento en Londres y de los hombres de mi vida.

Diego la miró con ganas de matarla antes de salir del dormitorio.

Kate se sentó en la cama, temblando. De todas maneras, pensaba lo peor de ella. A pesar de su desdicha, Kate logró dormir y cuando los primeros rayos del sol atravesaron la ventana, sintió que la sacudían con suavidad para despertarla.

—Kathryn.

Al oír la voz de Diego, se despertó de inmediato, asustada al verlo inclinado sobre la cama, contemplándola con intensidad.

—¿Qué pasa? —trató de incorporarse, segura de que algo le había pasado a la abuela para que Diego fuera a despertarla.

—Nada que deba alarmarte —le aseguró—. Hoy ha empezado la primavera y tengo algo que enseñarte.

Kate miró a su alrededor y Diego se rió.

—No está aquí, sino afuera. Apresúrate, quiero que veas que el

sol ilumina el valle.

—Tengo que vestirme.

—¡No! Ven como estás. No hay tiempo que perder —sacó la gruesa bata del armario—. Esto evitará que tengas frío —la extendió, esperando que ella se la pusiera.

Kate suspiró, resignada, de todos modos ya había visto en camisón la noche anterior, así que salió de la cama y caminó hacia él. Diego no dijo nada, pero como Kate no se abrochaba la bata deprisa, le apartó las manos y lo hizo él mismo. Diego era irritante, se frustró la chica, e imposible de entender. Hacía unas horas le había ordenado que volviera a casa y esa mañana, acudía a su habitación como un enamorado en una cita secreta. Kate se ruborizó al pensarlo y se alegró de que Diego no lo notara.

Afuera hacía fresco y Kate caminó tan rápido como Diego. Llegaron junto al muro, detrás de la casa y Diego la agarró de los hombros y la hizo volverse hacia el valle donde el sol salía ya de detrás de las montañas. Fue como si un escenario se iluminara. Kate lanzó una exclamación.

Cuando el valle se llenó de vida, la vista fue maravillosa. Los acres de árboles desnudos estaban llenos de flores y adornaban todas las colinas con su colorido en tonos de rosa, lila y blanco.

—¡Oh! —Kate estaba feliz. Ansiaba mirarlo todo, pero era tan bello que le costaba trabajo percibirlo.

—¿Te gusta, Kathryn? —la voz profunda de Diego la sacó de su trance, pero no pudo apartar la vista del escenario.

—Es precioso —susurró.

—Cuando viniste la otra vez, ya había pasado la época —murmuró él—. Es una vista demasiado hermosa como para no verla. Mira el Cristo.

Kate profirió otra exclamación al verlo. También tenía un manto de flores y la luz iluminaba su sereno rostro.

—¡Gracias, Diego! Muchas gracias —lo miró con ojos brillantes y él la contempló con una sonrisa.

—Ven. Iremos hasta el Cristo.

—No estoy vestida —protestó.

—Permanecerás dentro del coche. Hará demasiado frío como para que salgas afuera. Además, no te alarmó que yo te viera así, ¿por qué te alarma que otros lo hagan?

—Tú me has hecho venir —jadeó mientras Diego la apresuraba.

—Ya no podía esperarte más —afirmó—. Estoy despierto desde hace horas.

Diego sacó el coche y condujo hacia el valle. Kate sólo sonrió. ¿Qué importaba si toda España la veía?; se hallaba junto a Diego y no estaba enfadado. Se dio cuenta de que podía ser un hombre maravilloso.

La ruta hacia el Cristo era muy empinada y tortuosa, al lado de un precipicio, pero Diego condujo con rapidez y habilidad. Subieron y subieron hasta llegar a la base de la estatua. Aquello fue aún más sorprendente. Diego detuvo el coche.

—Ven afuera para que lo veas —la ayudó a salir del vehículo.

El viento era frío, pero Kate sólo se abrigó más y miró hacia la inmensa estatua. Las flores eran bellísimas.

—Mira el valle. Desde aquí lo puedes observar todo.

Kate se volvió y no pudo creer lo que veía. Las flores se esparcían a kilómetros de distancia y formaban una alfombra de belleza. La lluvia había llenado de vida las colinas. Las flores silvestres lo invadían todo con sus colores alegres y luminosos.

La pequeña iglesia brillaba a la luz del sol, pero lo que dominaba la escena eran los capullos que se extendían hasta el horizonte, bellos y mágicos.

—¿Por… por qué me has traído aquí? —le tembló la voz al darse cuenta de que Diego estaba muy cerca, detrás de ella.

—Tal vez sólo para darte una alegría —murmuró. Kate se volvió a mirarlo y Diego la cogió de la mano—. Estás helada. Vamos al coche y a desayunar.

Kate se desilusionó al ver que Diego ya no sonreía y luchó por ocultar sus sentimientos. Parecía sombrío y tenso.

—He pasado gran parte de la noche pensando —confesó—, tratando de imaginar la clase de vida que llevas —la observó con intensidad—. ¿La disfrutas? ¿Sales con frecuencia al teatro, a restaurantes?

—Claro —susurró la joven—. No me quedo sentada en mi apartamento.

—Eres una mujer moderna; debe haber hombres en tu vida.

—¿Qué quieres preguntarme, Diego? —lo encano, ruborizada y molesta—. ¿Quieres saber con quién me acuesto?

—¡No! —gruñó—. También he pensado en eso y he decidido que no es algo que me incumba. Tienes una vida que pertenece —puso en marcha el motor del coche y condujo con rapidez. En poco tiempo, Kate estuvo de regreso en el monasterio y en su habitación. Por un momento. Diego pareció enfadado y celoso. Kate contempló su reflejo en el espejo, sin poder vestirse para desayunar: la invadía un ansia vibrante. Diego tenía razón, ella lo necesitaba y quería que él también la necesitara.

A pesar de todo. Diego se marchó. Cuando Kate al fin bajó, ya se había ido y la chica se sintió desilusionada. Además, Javier estaba de humor petulante.

—Has visto las flores —notó—. Vi que Diego entraba en tu dormitorio esta mañana.

Era un comentario que traería problemas y Liliana se sobresaltó, a punto de escandalizarse, como quería Javier.

—Sí, es tan hermoso. Ha sido muy amable por parte de Diego ir a despertarme. Nunca las vi cuando vine aquí antes —le sonrió a Liliana—. Me ha llevado hasta el Cristo.

—Tal vez quería que vieras cómo luce la iglesia con las flores —intervino Javier—. Quiere casarse ahí con Cristina.

Aquello fue como una puñalada para Kate. Por una vez en su vida, no tuvo nada que contestar y Liliana parecía muy tensa y molesta. Era obvio que no apromaba a Cristina Serrano y Kate no dudaba que Diego tomara una decisión sin importarle la aprobación de su familia.

Javier se marchó satisfecho y Kate fue a la sala para trabajar antes de que los hombres llegaran. Era un día tranquilo y el sol iluminó los colores pálidos, el rojo, los azules y el dorado de los frescos. Ya casi estaba todo terminado y Kate podría marcharse pronto. Cuando volviera al monasterio, evitaría encontrarse con Diego y decidió que no asistiría a su boda.

No era sólo esa casa y las dos mujeres que vivían allí lo que la conmovía, incluso quería a Javier, aunque éste se portara a veces como un chiquillo consentido, sino también Diego. Sus sentimientos hacia él ya no eran de irritación y molestia. Todo el monasterio parecía vacío cuando él no estaba allí y así sería siempre. Poco a poco, él había entrado en su corazón como ninguna otra persona lo había logrado y al igual que Lucía, Kate había hallado al hombre

adecuado, pero a diferencia del compañero de su madre, Diego había encontrado a alguien más.

Capítulo 9

FUE una semana larga. Javier se enfurruñó y luego volvió a coquetear con ella. Kate tuvo que ser muy firme.

—No soy una adolescente, Javier. Soy una adulta difícil y este tipo de actitud me molesta mucho. Prefiero que me trates como a una prima.

—¿Y cómo te gusta que te trate mi hermano? —inquirió, otra vez petulante.

—Con Diego. no tengo elección —susurró Kate—. Le desagrado.

—¿Y tú…?

—Ya basta, Javier —y se alegró cuando no se habló más del tema.

Kate decidió llevar las cosas a un punto en que la gran sala ya no necesitara de su supervisión. La semana se acercó a su fin y el trabajo también. El lugar estaba hermoso y ahora, Kate podía marchase cuando quisiera.

El sábado por la mañana, Liliana se disponía a salir, al igual que Javier.

—¿Por qué no me acompañas, Kathryn? —la invitó la señora—. Has trabajado demasiado últimamente y la sala está casi terminada. Yo saldré todo el día y la abuela dormirá toda la tarde.

—Preferiría quedarme, gracias —sonrió Kate—. Descansaré en el jardín. No me importa estar sola— la chica no quería esforzarse por ser amable con desconocidos, pues se sentía muy triste.

Cuando se fueron, recordó los muebles del desván. Si elegía ahora los muebles que quería, los restauradores podrían recogerlos el lunes. Les dejaría un plano para que pudieran colocarlos en donde deseaba v después se marcharía a casa y trataría de olvidar a Diego, una vez más.

Todo estaba silencioso en el desván, pero la luz del sol entraba por las enormes ventanas. Se podía ver a kilómetros de distancia y parecía que nadie había visitado esa parte de la casa en mucho tiempo, salvo cuando Liliana y ella lo hicieron.

Kate empezó a inspeccionarlo todo metódicamente. Cuando se ocultara el sol, ya no tendría luz y quería organizarlo todo ese día. Había mucho donde escoger, aunque sólo algunos muebles eran adecuados para la gran sala. Quedó absorta en su tarea y sólo cuando la luz disminuyó. Kate supo que pronto oscurecería. Ya había terminado lo que quería hacer y se dirigió hacia la puerta que la llevaría abajo. Estaba cerrada. Al principio, Kate no lo pudo creer, pero la puerta debió cerrarse sin que se diera cuenta y como no había un picaporte interior, Kate estaba atrapada. Consultó su reloj y pudo ver que eran las cuatro. Liliana regresaría tarde y Javier también. La abuela estaba dormida y Esther estaría en su habitación, cuidándola. Su única oportunidad era que una sirvienta subiera y que la oyera y empezó a golpear la puerta. Debían ser por lo menos las seis. Kate ya no podía ver su reloj en el desván a oscuras, le dolían las manos de tanto golpear y le ardía la garganta de tanto gritar. Se sentó junto a la puerta, preguntándose si alguien la encontraría. Fue una locura no decirle a nadie dónde iba a estar.

Se asomó por las ventanas, pero estaban muy altas.

Quizá pudiera salir ayudándose con la luz del sol… al día siguiente. La idea de pasar allí la noche era aterradora y eso le dio nuevas energías entonces volvió a golpear la puerta y a gritar.

Estaba sentada en el suelo cuando la puerta se abrió. Era Diego, Kate lo vio gracias a la luz que llegaba de la escalera. Corrió hacia él y le echó los brazos al cuello cuando la abrazó.

—¡Me he quedado encerrada! No podía salir. He estado aquí durante horas. ¡Diego, por favor, abrázame! —se agarró a él. Diego la sacó del desván y cerró la puerta, luego la miró al pálido rostro que estaba lleno de polvo y la cogió en brazos para bajar por la escalera.

—¿Cómo logras sobrevivir? —masculló él—. Debería encerrarte en tu habitación y darte de comer a través de la puerta, pero te las ingeniarías para golpearte contra la ducha.

—La puerta se cerró sin que me diera cuenta —su voz sólo era un susurro, después de tanto gritar—. Estaba demasiado alto como

para salir por la ventana.

—¡Madre de Dios! —la apretó en sus brazos.

Kate estaba tan cansada que sólo apoyó la cabeza contra su hombro y cerró los ojos. Se sentía más a salvo que nunca cerca de él. Diego la llevó a su dormitorio y la sentó en una silla.

—Quédate aquí, te traeré algo de beber. No te muevas ni un centímetro —ordenó y salió, exasperado. Kate se quedó temblando, ¿cómo se las arreglaba Diego para estar siempre a su lado cuando lo necesitaba? Estaba perpleja.

Fue a darse un baño. Se sentía sucia y magullada y le dolían las manos, así como una rodilla que se había golpeado en la oscuridad. El agua caliente fue una delicia.

Diego regresó antes de lo que esperaba. —¡Kathryn!

La chica notó que estaba furioso por no verla y trató de gritarle a su vez, pero se quedó sin voz. Sólo tuvo tiempo de envolverse con una toalla antes de que Diego abriera la puerta del baño y la mirara con ira.

—Eres la mujer más desobediente y voluntariosa que existe —rugió—. ¿Por qué no me has contestado?

Kate sólo sacudió la cabeza y se aferró a la toalla, ansiosa.

—Yo… yo… —fue lo único que pudo decir. Diego entendió lo que pasaba y sonrió, divertido.

—¡Ajá! Has perdido el arma más grande: tu lengua está silenciosa —la agarró del brazo y la condujo al dormitorio. Cogió su bata como si tuviera derecho a hacelo la extendió y Kate logró ponérsela sin avergonzarse demasiado, y consciente de que Diego se reía de su apuro.

Cuando estuvo bien cubierta, la miró a los ojos.

—De veras, creo que estás a mi merced —musitó—. Lo pensaré. Mientras tanto, tómate este té y este coñac. Yo me iré a considerar las ventajas de la situación —se dirigió a la puerta—. Te quedarás en la cama para que descanses antes de la cena. Creo que, incluso para una chica que vale tanto como un hombre, has recibido un buen susto. Creo que solían encerrar ahí arriba a los monjes recalcitrantes y se olvidaban de ellos —añadió burlón. Kate no respondió nada, sólo lo miró fijamente y Diego dejó de reírse—. Cuanto más te miro, más convencido estoy de que me necesitas —susurró—. Quizá si tuvieras voz lo admitirías.

Por nada del mundo: estaba Cristina y Diego nunca

amaría a nadie. Jamás sentiría lo que Kate. La chica tan sólo bajó la cabeza y Diego se marchó

Kate durmió y se despertó a la hora de la cena. Había recuperado la voz, aunque aún estaba ronca. Javier seguía fuera, pero Liliana ya estaba en casa. Cuando entró en el salón, Kate se dio cuenta de que Diego, quien la contemplaba, no le había contado nada acerca de su aventura, a su madre y ella tuvo que confesarlo todo cuando Liliana le preguntó el motivo de su ronquera.

—Me quedé encerrada en el desván —estaba avergonzada, consciente de que Diego la miraba—. Grité durante horas hasta que… Diego llegó a casa y me encontró.

—¡Kathryn! Es culpa mía. Debí advertirte que hay que dejar la puerta abierta. Yo misma me quedé encerrada de recién casada, estaba aterrada. A Gerardo le pareció muy divertido —añadió con una sonrisa al recordarlo.

De tal padre, tal hijo. Diego la observó y Kate se ruborizó.

—Ha sido culpa mía —señaló Kate—. Como de costumbre, me apresuré a hacer las cosas.

—Pero no es gracioso —prosiguió Liliana—. Podías haberte quedado allí toda la noche.

—Pensó en salir por las ventanas —comentó Diego.

—¡Kathryn! —se escandalizó Liliana—. Yo no lo consideré ni por un segundo cuando estuve encerrada. Eres más audaz que yo.

—Y es probable que viva menos tiempo —se burló Diego—. Mientras esté aquí, deberíamos contratar a un vigilante.

—Ya casi he terminado —informó Kathryn, ronca—. La semana próxima regresaré a mi trabajo en Londres.

—Kathryn —Liliana se puso triste—. Te echaré mucho de menos. Te has convertido en parte de nuestras vidas.

Kate esperaba que Diego dijera que también formaba parte de la vida de la abuela, pero él guardó silencio. Sólo la miró con gran intensidad durante toda la cena. Cuando terminaron de tomar el café, la chica huyó a su habitación.

Sin embargo, no llegó hasta allí, pues Diego la siguió y la agarró del brazo antes y la condujo hacia su estudio, sin decir nada.

—¿Cuándo piensas irte? —cerró la puerta y se apoyó en ella. Su expresión ocultaba muy bien sus sentimientos.

—La semana próxima… quizá el miércoles. Si los hombres vienen a por los muebles el lunes, puedo dejarles un plan de lo que tienen que hacer.

—¿Sueles hacer eso? Pensé que una perfeccionista como tú se aseguraba de terminar un proyecto y de que quedara bien.

—Normalmente, no me iría hasta verlo terminado todo —confesó—. Pero, normalmente, no vivo donde trabajo: voy a la oficina todos los días y a casa por las noches. Esta vez, las cosas son distintas.

—Esta vez estás con tu familia y Merrol está muy lejos —replicó él—. Sospecho que también echas de menos la diversión nocturna.

—Como ya has sacado tus propias conclusiones, no discutiré contigo —Kate estaba harta—. ¿Te importa si me voy a dormir? Hoy no ha sido uno de mis mejores días.

—Nunca más volverás y lo sabes —la agarró de los hombros con fuerza—. Estás desertando de este lugar…

—Como hizo mi madre… ¡Lo sé! —exclamó con amargura—. Todo lo que hago, todo lo que digo; siempre me echas la culpa…

—¿En serio? —la miró largamente. inmóvil—. ¿Te culpo tanto? Estoy a tu lado cuando me necesitas, listo para abrazarte. ¿no? A pesar de creer que soy un salvaje, acudes a mí —le acarició una mejilla y luego la abrazó con fuerza—. Has prometido volver.

—Y lo haré —luchó por zafarse de unos brazos que no contenían amor—. Tú también hiciste una promesa. Dijiste que no estarías aquí cuando yo viniera.

—¿Y es eso lo que quieres? —la soltó, triste—. ¿No verme más?

Kate ansió decirle que estaba equivocado. Pero, consideró, ¿qué sentido tenía?

—¡Sí! No te importa a quién hieres con tal de mantener el estricto control. Si quieres que la abuela me vea, tendrás que irte de aquí; si estás presente, volveré a casa.

—No estaré aquí —le aseguró sin expresión y la vio alejarse.

En su habitación. Kate dio rienda suelta a sus emociones y lloró mientras se desvestía. Pensar en no ver más a Diego era una pesadilla, una sentencia de muerte. Yació en la cama y lloró hasta que le ardieron los párpados. No oyó que alguien había entrado ni se percató de que Diego la observaba.

—Tantas lágrimas terminarán con tu fuego interior —susurró.

Kate se sentó y se enjugó el rostro.

—Crees que puedes entrar aquí… —sollozó.

—Sí, creo que puedo —murmuró y cerró la puerta. Luego puso a Kate de pie—. Y creo que me necesitas tanto como yo a ti.

—No necesitas a nadie y mucho menos a mí… —pero se interrumpió cuando él la abrazó.

¿Eso crees? Este es un juego que inventamos para ocultar nuestros sentimientos. Te deseo como nunca he deseado a ninguna mujer y ningún otro hombre podrá domesticar a una mujer como tú, Kate.

—¿Quieres que esté domesticada? —lo miró. Diego le quitó las lágrimas de las mejillas, con suavidad.

—No, te deseo como eres, como la mujer que prometías ser cuando eres sólo una jovencita. Todos estos días me iba de casa, para alejarme de ti, cuando en realidad ansiaba llevarte conmigo.

—Yo… volveré…

—Ya no basta —la miró con fiereza y la abrazó más fuerte—. Te quiero aquí, a mi lado.

—Hasta que te cases con Cristina —le recordó Kate, ;on amargura.

—¿Quién es Cristina? —susurró antes de besarla.

Una inmensa alegría invadió a Kate y hundió los ledos en el pelo de Diego. Él la acercó más aún y el ahondo el beso hasta marearla.

—No estés tensa, cariño —murmuró sobre su piel)ero puedes jadear tanto como quieras. Te pase lo que e pase, sientas lo que sientas, aquí estoy.

¿Sintiera lo que sintiera? Kate se sentía feliz, como si flotara en las nubes que Diego había creado para ella.

—Diego —no era miedo ni protesta, sólo el deseo de oír su voz.

—Estás a salvo conmigo, Kate —le aseguró al acostarla con cuidado en la cama y abrazarla—. Hay muchas formas de amar —le acarició una mejilla. Kate percibía su cálido aliento el calor de su cuerpo junto al suyo y cerró los ojos mientras la besaba—. Me dijiste que no eres asustadiza —le recordó—. ¿Tienes miedo ahora?

Kate negó con la cabeza, muy emocionada y Diego le cubrió el acelerado corazón con una mano.

—Entoncese mírame, Kate pidió con voz profunda. Ella abrió los ojos y quedo hipnotizada, de nuevo, por la intensidad de su mirada.

Diego le acarició un seno mientras la contemplaba y Kate sintió que se estremecía.

Sus dedos excitaron el pezón y Diego bajó la cabeza hasta cubrir los labios de Kate con los suyos. Al encontrarse sus bocas, el fuego explotó entre ambos y los cogió por sorpresa.

El ambiente se electrizó de deseo y Kate gimió. Se besaron con pasión durante varios minutos y luego se miraron a los ojos.

—¡Dios! Dije que te deseaba, pero no sabía cuánto.

Kate buscó su boca y se regocijó cuando él la besó y amoldó el delgado cuerpo de ella al suyo. Se apretó contra él y Diego la aceptó como si fueran dos mitades de un mismo todo.

—No necesitas hacer esfuerzos por acercarte, cariño —jadeó Diego—. Te estoy esperando. He estado esperándote desde que volviste aquí —la abrazó con mucha fuerza—. Te prometí seguridad, pero ahora ya no estoy seguro de poder cumplir esa promesa.

El camisón de Kate se había deslizado de un hombro y Diego le recorrió con los labios hasta un seno descubierto.

—Déjame mirarte, Kate —pidió con voz ronca. No esperó respuesta, pues sabía que no era necesaria. Le quitó el camisón para descubrir la sedosa belleza de sus senos y Kate se rindió con un gemido de alegría cuando Diego le besó el tierno pezón.

Ella se movió contra él y lo hizo olvidar su promesa. Quería tocarlo, entonces Diego se quitó la camisa y la chaqueta y las arrojó al suelo sin dejar de besarla. Kate sintió su piel contra la de él, su piel bronceada y velluda contra sus suaves senos.

—Libérame de mi promesa, Kate —pidió al ver el contraste de sus pieles. Sus ojos brillaron al sentirla estremecerse de deseo—. Dime que sí.

—Sí —fue sólo un gemido, pero bastó. Diego le quitó el camisón y la devoró con la mirada antes de hundir el rostro entre los senos.

—Kate… durante tanto tiempo —la colmó de besos hasta dejarla sollozando en sus brazos, esperando la posesión que la uniría a él. Al principio, Kate no oyó que alguien llamaba a la puerta.

—¡Kate, kate!! —era Javier y la chica alzó la cabeza. —No, Kate. Quédate conmigo —gruñó Diego. —Es una llamada de Inglaterra. Es el señor Merrol —gritó Javier.

—Tengo… que contestar —murmuró Kate.

—Ve a contestar, entonces —se apartó de ella y le arrojó la bata que estaba en el suelo; luego la miró con intensidad, furioso.

Ella se vistió con rapidez mientras Diego se ponía la camisa. Todavía no estaba listo cuando Kate salió de la habitación. Javier la esperaba en el pasillo. Kate sabía que estaba ruborizada, alborotada… aún temblando con un ansia ardiente que nada podía apagar.

—Iba a llamar otra vez —susurró Javier—. Creí que no me habías oído.

—Estaba… dormida —mintió Kate—. Tuve que… ponerme la bata.

—Creo que soñabas —sugirió Javier con sorna—. Creó oír que hablabas contigo misma… en dos voces.

—Dudo que hayas oído algo, pues estas puertas son muy macizas —lo cogió del brazo—. ¿Puedes acompañarme al teléfono? Sigo medio dormida y tengo miedo de tropezar en la escalera.

Javier la acompañó, aunque estaba claro que no la creía nada.

Y todo para nada. Félix sólo la llamaba para saber cómo iba todo. Kate estaba furiosa y tuvo ganas de matarlo. Por fin, colgó y se tornó más sensata. ¿Qué demonios le pasaba? Estaba Cristina. Diego sólo la deseaba, pero Kate también lo deseaba y lo amaba y era lo bastante española como para luchar por el hombre que podía hacerla feliz.

Diego la esperaba en el vestíbulo. Estaba pálido y Kate caminó hacia él lentamente.

—¿Te marchas? —le puso una mano en la barbilla y otra en el hombro.

—No, no si tú no lo deseas —decidió Kate en ese momento. Diego sólo la contempló antes de abrazarla con fuerza.

—Quiero que te quedes. ¿Acaso no lo he dado a entender desde que llegaste? —la besó largo rato—. Creo que ha sido bueno que Merrol llamara. Nunca había suplicado que me liberaran de una promesa —le acarició la mejilla—. Mañana hablaremos, Kate —susurró—. Mi enfado por Merrol me ha hecho recobrar la sensatez.

La chica se preguntó a qué se refería, pero Diego sólo la besó antes de irse a su estudio. Kate subió por la escalera y vio a Javier, furioso, que se alejó, confirmando sus sospechas.

A la mañana siguientes, Kate se encontró con que Diego estaba muy molesto.

—Tengo que salir. Quería estar contigo, pero hay problemas en el hotel que estamos construyendo en la costa. Acompáñame.

—No… puedo. Los trabajadores…

—Siempre son ellos, la sala, tu trabajo —murmuró, burlón—. Tal vez sea mejor así. Tendríamos que pasar la noche allí y, ¿quién sabe lo que sucedería? Acompáñame al coche entonces —le pasó un brazo por los hombros, acercándola y sonrió—. Kate —se apoyó contra el coche y la contempló a la luz del sol para besarla—. Esto sólo prolonga la agonía. Regresaré mañana y entonces hablaremos. Mientras tanto…

—No subas por escaleras, no visites el desván, no conduzcas un coche —concluyó la chica y recibió una sonrisa deslumbrante.

—No quiero aprisionarte, erres una oropéndola y así sólo morirías —le acarició el pelo—. ¿Me esperarás? —fue casi humilde.

Kate estaba radiante. Los hombres llegaron a recoger los muebles y ella pensó en cómo colocarlos. La sala quedaría hermosa, magnífica. Suspiró de satisfacción y fue a ver a su abuela.

Doña Elvira no estaba de su acostumbrando buen humor.

—Liliana ha venido a verme. Dijo que la sala está terminada.

Sí. Sólo necesita los muebles que ya están restaurando. Tienes que venir a verla —trató de alegrarla un poco.

—No estoy segura que querer hacerlo. Tú ya estarás dispuesta a irte.

Kate estuvo a punto de negarlo, pero se contuvo. Después de todo, ¿qué fue lo que Diego dijo? ¿Qué prometió? Nada. Ella era quien estaba enamorada. Diego mencionó que el amor sólo era pura imaginación y ni siquiera había dicho cuánto tiempo más quería que se quedara. No quiso herir a la abuela otra vez. Cuando Diego regresara, hablarían, él se lo había asegurado.

—Vendré con frecuencia —murmuró.

—Soy una vieja egoísta —palmeó la mano de Kate—. Ve a la sala mientras me visto. Iré a ver de qué es capaz mi nieta. Según Liliana y Diego, la sala grande hace que ahora toda la casa quede mal. Quizá pudiéramos mantenerte siempre ocupada con una habitación tras otra —se rió.

Los trabajadores llegaron, retiraron todos los andamios y se

quedaron a admirar su propio trabajo, luego se volvieron de la misma manera a Kate. Ella los había hecho dar lo mejor de sí mismos y se fueron esbozando sonrisas, que eran de afecto por la chica.

—Es hermoso, señorita —comentó el hombre que se había encargado de los frescos que ahora devolvían su antigua gloria al techo.

Sí, era hermoso. Todo estaba transformado al igual que Kate, cuya expresión fue de sorprendente suavidad. Diego había hecho desaparecer la amargura de su fuego y la había convertido en amor. Ahora ya no podría vivir sin él.

Capítulo 10

DESPUES de la cena, Kate fue a su dormitorio. Era feliz; nada era seguro, pero estaba muy satisfecha con su trabajo y esperaba con ansiedad a Diego que regresaría al día siguiente. Alguien llamó a la puerta. Era Javier.

—Acabo de ver la sala —anunció—. Está muy hermosa, Kate. Eres algo así como un genio.

—En realidad, no. Sólo soy una profesional y mi trabajo me interesa mucho —le aseguró.

—¿Te irás ahora a casa? —susurró y eso alertó a la chica. Kate recordaba muy bien que la noche anterior Javier había presenciado desde lo alto de la escalera, que Diego la besaba.

—Tal vez.

—Desde noche he estado pensando en qué decir —Javier suspiró y la miró fijamente—… cómo hacértelo saber…

—¿Qué tal si dejas de andarte con rodeos? —preguntó Kate con firmeza. La preocupaba la expresión triste y ansiosa de Javier.

—Se trata de Diego —señaló apresurado para que no lo interrumpiera—. Está haciendo contigo lo mismo que ha hecho antes con tantas otras mujeres. Y tú sabes cómo te quiero, Kate.

—Sí. lo sé —Kate se dispuso a ponerlo en su sitio, de una vez por todas, pues no quería oír nada en contra de Diego.

—Y todo es por mí —añadió, tenso, porque se daba cuenta de que no lo escucharía—. Te he visto con él. os vi anoche. Es difícil creer que alguien tan inteligente como tú, quien debe recordar cómo te echó de aquí la última vez, haya caído bajo su hechizo. Todas las mujeres en las que me he interesado tienen el mismo destino. Diego las aleja de mí porque ha decidido desde hace mucho con quién debo casarme.

—No te creo —se ofendió Kate.

—No esperaba que lo hicieras, pero te enviaron lejos muy deprisa la otra vez, aunque la abuela quería que os quedarais tú y tu madre. Cristina fue primero mi chica y ahora Diego va a casarse con ella, lo cual termina con el asunto.

—¿Estás diciendo que ama a Cristina? —susurró Kate, quien evocó la forma en que Diego trataba a la joven española y lo que decía de ella.

—No lo creo —declaró Javier—. Dudo que quiera a alguien, aparte de la abuela y a nuestra madre. Pero debe casarse y Cristina es un buen partido, pues es de buena familia. La recepción de la boda será en la sala grande. Siempre se usó para eso, por eso Diego quería que la remodelaras con rapidez.

No podía ser cierto, la remodelación era para mantenerla cerca de la abuela. Pero, ¿por qué Diego la echó de la casa cuando ella tenía diecisiete años, si sabía que Lucía también tendría que irse? Seguramente, la abuela quería que su madre se quedara a su lado.

—Sólo estoy tratando de que no sufras más, Kate. Muchas mujeres se han enamorado de Diego. Es guapo, rico… lo tiene todo.

Javier se marchó y la duda quedó sembrada. Kate fue a ver a su abuela y fue muy fácil obtener informaWIón de ella.

—La sala grande siempre se ha usado para recepciones importantes —confirmó la señora—. Cuando me casé, así fue y Diego también tendrá su recepción allí, ahora que ya está remodelada. Él mismo me lo ha dicho —la anciana la miró detenidamente.

—¿Abuela? —Kate se detuvo en el umbral—. No quiero entristecerte, pero, ¿por qué dejaste que mi madre se marchara, cuando yo era una adolescente?

—Diego así lo quiso —de inmediato, la anciana se entristeció mucho—. No hace nada sin un buen motivo, niña. En aquel entonces, el motivo me pareció adecuado, pero yo no sabía que Lucía moriría pronto —suspiró—. Ahora quizá yo ya no quiera esperar ni ser paciente. Los sueños no existen; las cosas suceden o no suceden.

Con seguridad, Diego le había contado a doña Elvira que Javier se estaba mezclando con la prima que apenas tenía diecisiete años. Y como la abuela nunca imaginó que su hija moriría pronto, estuvo

de acuerdo en que se marcharan. Ésa parecía ser la verdad.

Javier estaba en el vestíbulo y encaró a Kate con ira.

—Has ido a ver a la abuela —la acusó—. Debí saber que mi palabra no te bastaba… aunque mi intención fuera protegerte…

—Puedo cuidarme sola, Javier —declaró con firmeza—. Te he dicho que ya no soy niña. Lo que sí necesito es que mañana me lleves al aeropuerto temprano. ¿Lo harás?

—Te llevaré, Kate… —aceptó después de dudarlo un momento —. Si en serio quieres irte.

—Sí, lo deseo —lo miró furiosa—. ¿No es eso lo que esperabas, primo? —lo vio palidecer y luego ruborizarse. Si se hubiera quedado, Javier nunca más la molestaría, pues ahora sabía que su petulancia no lo llevaría a ninguna parte con ella. Lo cual era una lástima porque, a pesar de todo, Kate lo quería.

Cuando regresó a Londres, el ímpetu con el que Kate vivía desapareció por completo. Ya no había pasión en ella y a pesar de que había dejado España sin darse la oportunidad de acusar a Diego, éste seguía dominando sus pensamientos. Además, ¿de qué podía acusarlo? Él no le prometió nada, sólo le ofreció deseo.

Lo único bueno fue que Félix la recogió en el aeropuerto y se hizo cargo de todo. Pero su jefe ya no era un refugio; el único refugio era el tiempo. Kate se sentía sofocada en su apartamento y se alegró mucho cuando esa noche Félix llegó con una serie de fotografías. Quería que Kate remodelara una casa en el campo, lo cual ayudaría a la chica a no pensar más en Diego.

Kate estaba preparando el café cuando alguien llamó a la puerta como si quisiera tirarla. Félix fue a abrir inmediatamente y Kate lo siguió. Ambos estaban alarmados.

Y vaya si era necesario el valor. Diego estaba furioso y su ira aumentó al ver a Félix.

—¿Vive aquí? —le preguntó con rabia ignorando a Kate.

—No, claro que no, yo…

—Entonces, ¿podría marcharse? —sugirió Diego, iracundo.

—Bueno, sí… si eso desea —Félix empezó a recoger los planos y las fotografías con rapidez—. Te veré mañana, Kate —logró pasar junto a Diego, quien exclamó:

—¡Ya no la verá más! ¡Ella se irá a casa!

—Esto… de acuerdo - Félix huyó con gran alivio.

Diego cerró la puerta y se enfrentó a Kate, quien ya salía del trance de la primera sorpresa.

—Te dije que no quería saberlo, pero no es así. Debo saberlo aunque eso me mate —gruñó Diego. Kate estaba demasiado atónita como para decir nada y él la agarró de los hombros con fuerza—. ¡Dime! ¿Es Merrol? ¿O él sólo quiere sustituir a alguien más? ¿De quién se trata?

—De nadie —replicó Kate, comprendiendo al fin. Seguía azorada por verlo allí y estaba molesta por su arrogancia—. Salgo con gente, a veces con hombres, pero sólo son amigos. Me dejan en la puerta y, aun si no fuera así, eso no te incumbe…

—¿Siempre? —la agarró de la barbilla con demasiada fuerza.

—¡Siempre! Yo… nunca… nunca… pero si te imaginas que puedes venir aquí y…

Diego respiró hondo, casi con dolor. Kate se sorprendió al ver que sus labios estaban blancos y su rostro tenso por el control que ejercía sobre sus sentimientos. El la miró a los ojos con intensidad.

—Si me hubieras dicho que había alguien. un hombre… —la contempló largo rato y luego. jadeante la abrazó, apretándola contra su cuerpo, tenso por la frustración—. He pasado unas noches de agonía de celos desde que regresaste a España, pero ya no las volveré a sufrir.

Kate se soltó. sabía que era ahora o nunca, porque si Diego seguía abrazándola, se rendiría, así que se apartó de él.

—No sé por qué crees que puedes irrumpir así en mi casa —le daba la espalda—. ¿Y cómo supiste que yo estaba aquí?

—Sabía que regresarías a tu refugio a sufrir. Salí tras de ti antes de que pudieras hacerte daño. Ésa es mi función, ¿no es así?

—No volveré, así que no sé para qué te has tomado la molestia de venir —dijo Kate con voz temblorosa.

—He venido porque la culpabilidad ha hecho a mi hermano confesarlo todo —murmuró—. Sé qué te dijo. Lo admitió todo al ver mi expresión cuando regresé a casa y no te vi. Ya me encargaré de él después.

—Por mí no lo hagas —repuso Kate con amarguraYa acabé la gran sala, así que puedes casarte allí. Y no culpes a Javier por esa información. Fue la abuela quien me lo dijo.

—No me sorprende. Acostumbro a comentarle mis planes. La

sala está muy hermosa. Deberías estar orgullosa de ello.

—Lo estoy —admitió—. Podré imaginar cómo te casas allí.

—Quiero casarme en la iglesia blanca —le informó—. La recepción será en la sala grande, y estará llena de flores blancas para contrastar con los tonos rojos y dorados, ya lo he pensado muy bien.

— Brillante. Otro genio en la familia —Kate se dispuso a marcharse, pero Diego la detuvo, la alzó en brazos y la apretujó contra su cuerpo. Ella empezó a forcejear.

—Estás echando llamas y chispas —murmuró Diego, inmovilizándola—. Te estás quemando, pues quémame a mí también, oropéndola. Ven a España y cásate conmigo. Te imagino a mi lado en la gran sala, el blanco de tu vestido sobre el dorado y el sol haciendo brillar tu hermoso pelo de fuego. Nunca renunciaré a ese sueño.

Kate abrió mucho los ojos y entreabrió los labios. Diego le sonrió de tal forma que hizo que le diera un vuelco el corazón.

—Di que si, mi maravillosa y salvaje Kate— suplicó — . ¿Cómo podré vivir si no aceptas? Te amo.

—Diego, sí —aceptó Kate y le echó los brazos al cuello—. ¿Cómo podría yo vivir también? ¡Te amo! ¡Te amo tanto!

—Me doy cuenta —murmuró al besarle las mejillas.

—Eres el hombre más altanero, arrogante y testarudo del mundo —gruñó Kate y se estremeció cuando él le besó el cuello, las orejas, los labios.

—Pero eso ya lo sabes, cariño —se rió—. Ya me lo dijiste antes —dejó de reírse al mirarla a los ojos—. También soy el hombre que te ama como un loco, que se preocupa cuando no te ve y te desea siempre —la hizo deslizarse hasta el suelo y tembló cuando ella no le quitó los brazos del cuello. La amoldó a su cuerpo y sus labios se unieron, incendiándola, excitándola—. Si no te poseo ahora, me moriré —gruñó sobre sus labios—. Ya me has dicho que no hay otro hombre. Dime que yo soy el único y déjame quererte. Dime que sí, cariño.

—Sí —admitió ella y su cuerpo tembló cuando la cogió en brazos. La llevó al dormitorio y la puso sobre la cama, para admirarla a la suave luz de las lámparas.

—Te deseo, Kate, pero esperaré —prometió.

Ella lo abrazó y Diego se acercó con un gemido de alegría; la cubrió con su cuerpo y su deseo la estremeció. De nuevo, Kate se tornó ansiosa y jadeante en sus brazos, mientras Diego la desvestía. Ambos suspiraron de placer cuando al fin se abrazaron, piel contra piel.

—Eres todo lo que he deseado, todo lo que tanto he esperado —murmuró Diego sobre su mejilla—. Cuando miraba las pálidas flores imaginaba que algún día tú también compartirías ese maravilloso espectáculo y también nuestra felicidad. Y eres más de lo que soñé, más de lo que esperé. Kate, dime otra vez que me amas, que no estoy imaginando este paraíso.

—Te amo —confesó la chica, buscando sus labios—.Eres paz y seguridad, alegría y emoción. ¡Diego, mi amor!

Ahondaron sus besos más y más y Kate hundió los dedos en su brillante pelo negro. Diego le mordisqueó el lóbulo de la oreja hasta hacerla temblar de placer, hasta hacerla buscar su boca con una urgencia imposible de controlar.

—¿Es esto lo que quieres, amor? —la besaba en la boca mientras la acariciaba. Kate se rindió por completo, permitiendo la invasión, arqueando su cuerpo hacia el de Diego, con un ansia desesperada que aumentaba segundo a segundo.

Diego parecía envolverla en un manto cálido, la acercaba más y más y Kate se perdió en la magia, suave, deseosa.

Cuando lo oyó murmurar su nombre una y otra vez Kate se dio cuenta de que Diego ya no se podía controlar. Jadeaba y estaba tan agitado como ella y movía las firmes manos con impaciencia sobre ella y sus dedos buscaban con frenesí el centro tierno e hinchado de los senos.

Volvió a besarla con lentitud y cuidado y el placer la inundó cuando Diego frotó su mejilla contra su sedosa piel. Entonces la apretó con fuerza cuando la oyó gemir.

—¿Qué quieres? —inquirió, ronco—. ¿Quieres que te tome ahora y que nunca más te deje ir? ¿Te digo qué es lo que yo quiero? Quiero tu piel contra la mía, así, sin nada que nos separe nunca. Quiero capturar tu belleza salvaje, brillante. Quiero hacerte el amor hasta que ansíes más y más.

Kate estaba invadida por un tormentoso deseo. Puso una mano detrás de la nuca de Diego para acercar sus labios a los de ella, pero Diego bajó la cabeza y su cálida boca capturó el delicado y erecto pezón hasta que Kate lanzó una exclamación de placer.

Kate se arqueó hacia él cuando Diego le besó de manera erótica la curva de la cintura y el estómago.

—¿Ahora? —murmuró, ronco—. ¿Me deseas ahora, cariño?

La abrazó con fuerza y la miró con pasión mientras ella le acariciaba las mejillas.

—Por favor, Diego —gimió.

La tomó con ternura y sus labios ahogaron un grito de Kate. Diego apartó la cabeza y la contempló, ardiente.

—Mi fiera y hermosa Kate —murmuró—. Por fin me perteneces. Ya terminó el dolor, dulce amor, y el paraíso empieza.

Fue un paraíso en el que Kate deseó quedarse cuando al fin retornaron a la tierra. Diego la envolvió con sus fuertes brazos y Kate lloró de felicidad. Cuando terminó la tormenta de alegría, la miró con calidez y adoración.

—Mi amor, contigo la vida es brillante y maravillosa y llena de dicha —le enjugó las lágrimas y le sonrió—. ¿De verdad creías que podías escapar de mí?

—Pensé que te ibas a casar con Cristina —dijo Kate con voz trémula.

—¡Dios! —alzó las cejas, sorprendido—. Es imposible, la conozco más de lo que se imagina. Es una chica que quiere hacerse rica con facilidad. sin trabajar. Se acercó a Javier y, como a ella también le gusta la vida nocturna y el casino, a mi hermano le gustó mucho la idea.

—Así que se la quitaste —murmuró Kate.

—Era la solución más fácil. Pero nunca la he besado siquiera —aseguró, fiero—. Ella estuvo muy complacida cuando la invité a salir. Supo dónde estaban el poder y el dinero y. aunque me ponía los pelos de punta, Javier quedó a salvo de sus garras.

—La saludaste con mucho cariño cuando regresamos de la playa —protestó Kate.

—Le hablé con suavidad —la corrigió—. Estabas presente y quería darte la impresión de que era importante para mí.

—Lo lograste —se quejó Kate y Diego se rió al abrazarla.

—Necesitaba un refugio. No estaba seguro de que me aceptarías y después de besarte en la cueva ya no sabía qué hacer.

Kate se relajó en sus brazos y luego encontró el valor para hacerle la pregunta que la había atormentado durante tanto tiempo.

—¿Por qué nos enviaste de regreso hace ocho años? —aun ahora temía la respuesta—. Sabías que era Javier quien me acosaba. pero me echaste la culpa e hiciste que nos fuéramos.

—No me tortures. Kate —gimió—. ¿Imaginas que no me torturaba lo suficiente al ver que la abuela miraba las fotos y suspiraba pensando en Lucía?

—Ella estuvo de acuerdo en que nos fuéramos. Se lo pregunté —confesó Kate con voz temblorosa y triste por verlo atormentado.

—Tenías diecisiete años —le acarició el deslumbrante pelo—. Llegaste como una brillante estrella al monasterio. Tus ojos eran como terciopelo azul. tu pelo una nube de fuego, eras encantadora, grácil, ansiosa y llena de vida. Yo tenía veintiocho años y me había enamorado de una chiquilla que sólo tenía diecisiete. Me pregunté cuánto tiempo más podría soportar sólo mirándote. Y luego Javier te llevaba a todas partes con él

dejándome con la agonía de temer por ti. Conozco bien a mi hermano y cuando lo sorprendí besándote, supe que tendrías que irte, por tu bien y el mío. La abuela estuvo de acuerdo, pero dudo que se lo dijera a Lucía.

—Y luego te olvidaste de mí —replicó Kate y le acarició los labios. Diego le besó cada uno de los dedos y la miró con seriedad.

—Hubo otras mujeres, cariño. Tenías diecisiete años y ocho años es mucho tiempo. Pensaba en ti con mucha frecuencia, me preguntaba cómo eras, cómo habrías cambiado e imaginaba que tendrías una vida establecida en Inglaterra. Decidí hace mucho tiempo que no eras para mí. No tuve proyectos románticos como ir a buscarte cuando tuvieras edad para casarte conmigo. Eso terminó incluso antes de que empezara, eras una estrella brillante y fugaz que pasó por mi vida.

—Tal vez no te habría vuelto a ver nunca más —se lamentó Kate y Diego la acercó más.

—Cuando recibí la carta de Lucía, mi tormento no conoció límites. Le quité a la abuela la oportunidad de estar con Lucía y ahora era demasiado tarde. Me apresuré a ir a Inglaterra con la

esperanza de que estuviera viva, pero no había nadie allí. Los vecinos me dijeron que habías ido a la iglesia a llevar flores —la apretó contra su pecha—. Te vi, con tu brillante pelo flotando en el frío viento, y los hombros caídos y quise mantenerte cerca de mí, a salvo. Cuando te volviste, me di cuenta de que no me reconocías, de que tu hermoso rostro estaba inexpresivo y que tu fuego había muerto, —entonces todo mi amor por ti volvió a nacer. Supe en —se momento que nunca más volvería a dejar que te :marcharas.

—¿Lo sabe la abuela esta vez? —inquirió Kate y Diego la miró con una sonrisa en los ojos.

—Sí. Creo que de todos modos lo habría adivinado, s muy perspicaz. Cuando le dije que te amaba se puso muy contenta. Sin embargo, yo no estaba tan contento-frunció el ceño—. No sabía qué pensar acerca de Merrol.

—Si alguna vez yo coqueteara con él, huiría de inmediato —se rió Kate.

—Tendría que hacerlo —aseguró Diego, con fiereza.

—¿Y qué va a pasar con mi trabajo? —se preocupó Kate, después que Diego la llenó de besos.

—Ya te he dicho que no te mantendré cautiva —le recordó con suavidad—, pero tampoco podría vivir si decidieras quedarte en Londres. Tengo que administrar todos los negocios familiares y es un deber que no puedo ignorar. He pensado en el problema y me preguntaba qué pensarías acerca de trabajar en España. Merrol quiere expandirse allí. Serías la representante de Merrol y Jones en España; yo te daría el capital.

—No temas —se rió Kate—. Me encantaría hacer ese trabajo, pero nunca podría ser la socia de Félix. Dones murió hace muchos años, así que Félix es el dueño de la compañía. Prefiero trabajar para él, de lo contrario sería una pesadilla.

—Entonces, ¿estás de acuerdo con mi sugerencia? —Diego estaba feliz—. ¿Trabajarás siempre en España?

—Con gusto —le echó los brazos al cuello—. Félix quería un punto de apoyo y ésa soy yo. Además, tendremos una familia y yo me haré cargo de que el monasterio siempre esté hermoso. ¿Y qué pasará con Javier? —se preocupó.

—Sí, Javier —Diego frunció el ceño—. Le he dado mucha libertad, pero ahora tendrá que trabajar lo que le corresponde. Cada

vez que haya que viajar, él tendrá que ir porque yo no te dejará ni por una noche siquiera. Cuando se case, estará demasiado ocupado como tara continuar su vida de clubes nocturnos y casinos.

—¿Crees que es prudente obligarlo a casarse con alguien a quien no quiere? —Kate lo miro con severidad.

—¿Que no quiere? —se rió, divertido y sorprendido— . No lo has visto con ella. Mientras estuviste en España, ella estuvo en los Estados Unidos con sus padres, pero cuando regrese, Javier será otra persona y la seguirá como un perrito faldero. La adora.

—Entonces, ¿por qué no se casa con ella de una vez?

—Ella lo está haciendo esperar. Es una chica muy sensata.

—Entiendo —sonrió Kate—. Me pregunto cómo me hace quedar eso a mi. Tal vez debí adoptar la misma línea de acción.

—¿Lo lamentas, Kate? —la miró con ansiedad y dejó de sonreír al tomar su rostro entre sus manos.

—No. Te amo, Diego. y no puedo ser paciente. Te amo y te necesito ahora. Siempre te necesitaré.

No había ningún otro hombre en el mundo que pudiera hacerle sentir el amor que le inspiraba Diego, ninguno que pudiera adueñarse de su corazón.

—Yo también te necesito —confesó él con una profunda dicha en los ojos—. Será mejor que nos apresuremos a contraer matrimonio en la iglesia blanca del valle.

Feliz, Kate lo miró con una brillante sonrisa. No sabia cuánto tiempo más durarían las flores, para que pudieran ser una alfombra de belleza que marcara el camino hacia la iglesia, pero aunque ya no estuvieran, el recuerdo permanecería junto a la certeza de que todos los años florecerían otra vez.

—La abuela no podrá ir allí —Kate se dio cuenta de que, aun para ese día tan especial, doña Elvira no podría salir del monasterio.

—Entonces se perderá la ceremonia —aseguró Diego—. Ella lo sabe, pero podrá estar presente en la celebración que tendrá lugar en la gran sala que has restaurado con tanta belleza. Será una excelente ocasión para inaugurarla. En cuanto a la ceremonia, sólo necesitamos estar tú y yo. Será nuestro día… un día que recordaremos siempre.

Kate lo miró con una gran sonrisa y Diego la tomó en sus brazos.

—Como verás, te conozco. Te entiendo. Incluso cuando nos peleamos, en el fondo somos uno. ¿Te he atrapado, dulce amor mío? —preguntó sobre sus labios.

—Para siempre —confesó ella.

—¿Y si te hago el amor otra vez ahora, no tratarás de escapar de mí?

—¿Acaso me dejarías huir? —bromeó Kate.

—Nunca, nunca, nunca —murmuró él al acercarla.

Kate se estremeció de placer cuando las caricias de Diego la hicieron derretirse de nuevo sobre él.

—Le contaré a Félix tu estupendo plan —suspiró, extasiada.

—Pero no ahora —suplicó Diego con suavidad y la besó en los labios—. El plan que tengo en este momento nos concierne sólo a ti y a mí, mi adorable Kate.